Liadan Ní Chuinn

Traducción de Magdalena Palmer

Todos siguen aquí

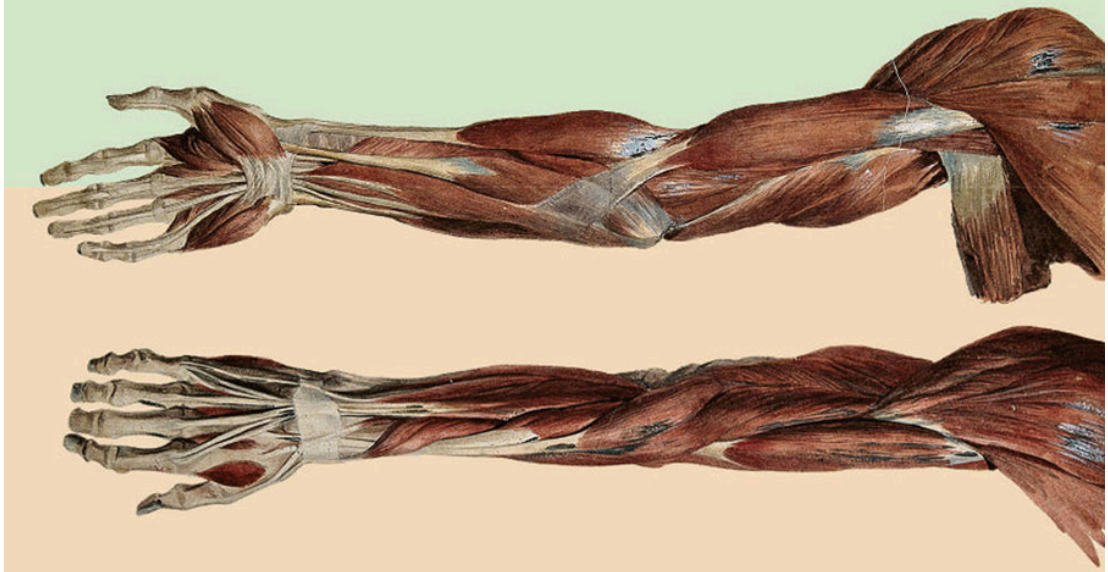


Feltrinelli

Liadan
Ní Chuinn

Traducción de Magdalena Palmer

Todos siguen aquí

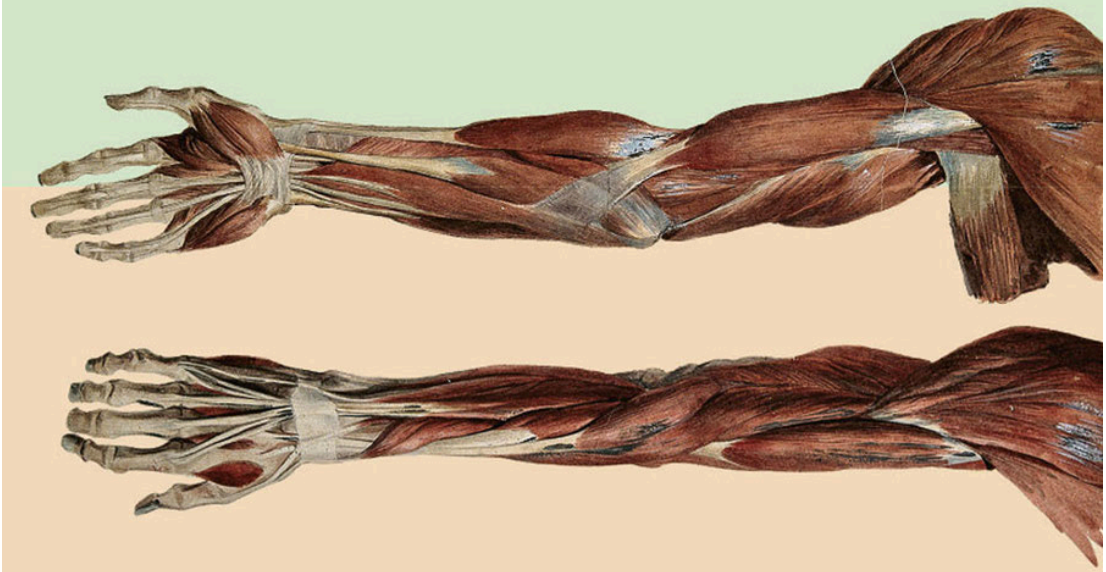


Feltrinelli

Liadan Ní Chuinn

Traducción de Magdalena Palmer

Todos siguen aquí



Feltrinelli

Índice

Portada

Vamos todos

Amalur

Mary

Rusia

La novena

Daisy Hill

Agradecimientos

Créditos

Vamos todos

1

A mis padres los asaltaron antes de que yo naciera. Justo dos noches antes. Me parece importante. No sé por qué. Salían de la ciudad por una carretera cada vez más estrecha, una en mal estado, cuando un coágulo de gente, con máscaras y barras de hierro, los obligó a pararse. Como mi padre iba al volante, fue él quien frenó.

Los de la carretera gritaron: fuera del coche.

Mi padre dijo: Paula. (Eso fue lo único que dijo. No se le daba bien tranquilizar; cuando se murió el perro, se suponía que tenía que darnos la noticia con delicadeza, pero le preguntamos: ¿Cómo está?, y él dijo: Muerto.)

Los de las barras de hierro gritaron: fuera del puto coche.

Mi padre salió. Uno de ellos le quitó la cartera y revisó su documento de identidad. (Querían asegurarse de que solo asaltaban a católicos. En su carnet ponía Michael Madigan, así que se llevaron el coche.)

Los de las barras de hierro gritaron: ¿y esa qué coño hace?

Mi madre no había salido del coche. Estaba embarazadísima de mí. Llevaba el cinturón de seguridad muy prieto y no encontraba el cierre a oscuras. Respiraba de una forma espantosa. Tenía mucho miedo.

Mi madre quizá dijera: Michael, o quizá: Estoy atrapada. No dijo nada que pudiera oírse. Los hombres enmascarados se acercaron. Reventaron el parabrisas.

Mi madre no gritó, pero las esquirlas del cristal se le clavaron en la cara y el cuello. Pensó que a lo mejor nunca podría volver a moverse, aunque al final el cinturón de seguridad cedió y mi madre se desplazó como si se estuviera derritiendo. Mi padre se la llevó al arcén. Se quedaron junto al arbusto donde crecen las moras y se desangran los tejones, y los tipos de las barras de hierro se largaron en el coche. Mis padres se quedaron allí, a oscuras. Era una noche muy fría. Aún no existían los móviles, pero mi madre no quiso parar en ninguna casa para usar un teléfono fijo. Estaba demasiado asustada.

Yo nací dos noches después. En las fotos salgo de color rosa, Michael Madigan sonríe y mi madre tiene cortes por toda la piel, ya son costras, algo como coordenadas/pecas.

Fue mi padre quien nos contó lo del asalto. Dijo que se debió a las tensiones de aquel entonces: la Orden de Orange quería desfilar por comunidades en las que no era bienvenida. Mi padre había decidido que ese era el motivo debido a la época/el lugar/el objetivo de los salteadores. Mi madre jamás lo mencionó. De ser por ella, nunca nos habríamos enterado. Solo sé lo que me contó mi padre. (Murió cuando nosotros empezábamos a ser personas: Bernie tenía ocho años, y yo, doce.) Yo digo que mi madre estaba asustada, allí atrapada en el coche. Digo que pensó que nunca podría volver a moverse. Pero en realidad no lo sé. Porque ella nunca me lo contó.

Veo ese asalto por todas partes. Me parece importante. No sé por qué. Lo percibo en algunas cosas, como si aún no hubiese terminado. Lo percibo en las normas que ella tiene. Lo veo en la forma en que vivimos. Lo veo en lo que ella considera progresista. Dice que nunca nos habría puesto nombres irlandeses. Tampoco nos deja llevar cosas de la Asociación Atlética Gaélica si vamos al centro. No sé cómo explicarlo. Lo veo en ella. Bernie habla de los veintiséis condados y los seis, pero mi madre dice el Sur para referirse a la República de Irlanda, para referirse al Estado Libre, para referirse (según donde nos encontremos exactamente) a cualquier lugar de

cualquier punto cardinal: este, sur, norte, oeste. (Nos molesta a los dos, pero Bernie es más directa. Le dice: ¡Eres una particionista, Paula!)

Lo percibo en la forma en que mi madre quiere a Bernie (ferviente, sin complicaciones) y en la forma en que me ve a mí (guardando las distancias).

Mi madre es distante. Dice, por encima del ruido de la tele: ¿Adónde dices que vas, Jackie? Dice, me pregunta mientras dan anuncios: Jackie, ¿tienes novia?, y se queda esperando la respuesta porque no lo sabe/no se ha dado cuenta/ no se entera.

No creo que me culpe. Sería una estupidez. Pero a veces me lo planteo. Me parece importante. Si no hubiese estado embarazada, habría podido salir del coche. Los cristales no la habrían cortado. No habría sangrado. Si no hubiese estado embarazada, no se habría quedado atrapada sola a oscuras mientras los hombres enmascarados se acercaban. No habría visto a Michael Madigan salir del coche y dejarla dentro. No se habría quedado plantada en el arcén con los pies hinchados, muerta de frío. Yo estaba en su vientre. Casi había nacido.

He intentado contárselo a Bernie. No le importa. Me dice: Joder, Jackie. Me dice: No puedes psicoanalizarlo todo. Me dice: Es por decir esas cosas que no apruebas el examen de conducir.

Bernie no me odia por eso, pero ella no estaba allí.

2

Nos dan unas charlas bajo el título de «Limpieza y mantenimiento». Hay muchas reglas. No es fácil encontrar el camino al Departamento

de Anatomía porque la universidad quiere que esté escondido: alguna vez han intentado robar huesos.

No sé si me caen bien mis compañeros. Dejo que lo que dicen me resbale hasta que pueda decidir. Nos sentamos apretujados. Hay cientos de ordenadores portátiles.

El profesor pasa una presentación en PowerPoint con fotos de diferentes herramientas/instrumentos: pinzas, tijeras quirúrgicas, bisturís en una bandeja de acero. Los colores se diluyen al pasar por el proyector. En cada diapositiva hay un encabezado con el nombre completo del profesor y la larga retahíla de sus ocho títulos académicos.

El profesor habla de la importancia de Anatomía. Nos muestra bocetos del cuaderno de Da Vinci. Nos dice que son cruciales; nos dice que son fundamentales. (Vi los bocetos de Da Vinci en el museo. Eran espantosos: dibujaba a los gitanos como si fueran depredadores, como ladrones. Deseé que alguien dijera que esas imágenes, reproducidas en papel grueso y enmarcadas, eran terribles.) El profesor dice que lo más importante es el respeto. El profesor dice que, si faltamos a una clase, se nos sancionará; que tendrá consecuencias graves, potencialmente devastadoras, para nuestra carrera; que lo que veremos en las sesiones es muy amplio; que una vez expulsó a un alumno por presentarse a la clase de disección mascando chicle.

Es entonces cuando la persona que tengo al lado me da un codazo. La chica que está al final de nuestra fila sonríe y, cuando todos nos hemos vuelto hacia ella como girasoles, hace un globo de chicle rosa cubierto de saliva.

A los demás les parece buenísimo. Me avergüenza tanto estar con gente que lo encuentra divertido que empiezo a sudar. Se marchan todos muy despacio después de la clase, en grupo, haciendo planes. No quiero que me caigan mal tan pronto (es la segunda semana).

Voy andando a casa.

Llego mucho antes de que Bernie vuelva de clase.

Pongo la tele. No me importa quién esté hablando.

Me aburro.

Me conecto al Portal del Estudiante. Hay vídeos que tenemos que ver para las clases de disección. El profesor dijo que se denegaría la asistencia a cualquiera que no los hubiera visto, que el Portal del Estudiante compartía esa información. (Bernie diría: un Estado de vigilancia.) La carpeta se llama Anatomía. Los vídeos duran tres minutos cada uno. Los han filmado en plano sobre el hombro. Creo que solo dos personas han participado en su producción: las manos de la cámara y las manos del bisturí. Tres personas, me corrijo. Tres personas. Las manos cortarán la piel de la tercera.

Las pálidas manos dan la vuelta al bisturí; una voz en off define y explica ciertas características. Después, las manos y el bisturí se mueven hacia la superficie plana que tienen debajo, se acercan, mientras la cámara capta las pecas y los folículos pilosos: la superficie es piel. El bisturí la corta como si fuese jabón; unas pinzas sustituyen al bisturí para retirar una primera y fina capa de epidermis.

No quiero distraerme, pero el vídeo es lento e irreal. Hay reflejos por toda la pantalla del ordenador, huellas dactilares y las marcas que ha dejado mi madre intentando limpiarlas.

Miro el móvil (la primera señal de Falta de Respeto).

Mi madre ha mandado un vídeo al grupo. Nos reenvía a Bernie y a mí cosas que le llegan por WhatsApp. Arriba siempre aparece la advertencia: reenviado muchas veces. Equivale a aquellas cadenas de correo que recibíamos Bernie y yo de pequeños: fotos/animaciones/historias que se reenviaban una y otra vez.

Recuerdo cadenas con sustos, con oraciones, con faltas de ortografía, larguísimas: si no envías esto a quince personas, cuando despiertes el payaso asesino estará en tu cama.

Fue entonces cuando murió Michael Madigan. No hay ninguna relación entre ambos hechos; solo era la misma época. Bernie y yo nos sentábamos frente al ordenador, empujando atrás el respaldo de la silla giratoria, y mi madre se sentaba en el sofá para cuidar de Michael Madigan. Así fue como sucedió. Nosotros discutíamos delante del ordenador y en otro lugar de la casa se oía el ruido de la ducha, los sonidos imprecisos de mi madre aseando a Michael Madigan, el sonido del agua y del desagüe y de un extractor lento y ruidoso, el aire húmedo y suave, cálido y translúcido, que escapaba del baño. Nuestra madre lo traía de vuelta a la sala donde estaba la tele, empujando su silla de ruedas con cuidado. Ponía una película (Jungla de cristal/La jungla 4.0/La jungla: un buen día para morir), bajaba las persianas, colocaba una toalla, le cortaba las uñas cuando estaban blandas y maleables y le empujaba las cutículas hacia abajo. Le preparaba una loción exfoliante con aceite de coco y azúcar moreno grueso, le sumergía los pies en un recipiente con agua tibia (la palangana de las vomitonas) y le frotaba con una mano enfundada en un guante exfoliante rosa hasta que las piernas desnudas de Michael Madigan quedaban cubiertas de rollos de piel muerta. Le secaba las piernas con cuidado y se las untaba con otra loción que olía a flores de fábrica. Le afeitaba la barba y le cortaba los pelos de las orejas con unas tijeras pequeñas y curvas. Ahora nos oiría cuando le hablásemos. Le ponía una manta sobre las rodillas. Se sentaban en el sofá, frente al televisor; Bernie y yo nos sentábamos detrás, frente al ordenador. No sé. Así fue como pasó. Había analgésicos. Había infección. Había jeringas/alarmas/enfermeras que decían: Nunca he visto nada igual. Era…, había… Después conocí todos esos colores: marrón orina, negro saliva, amarillo vómito, rojo sangre. Todos esos trocitos. Todas esas manchas. Bultos. Una columna vertebral doblada, unos hombros encorvados. Michael Madigan necesitaba un ciclo tras otro de antibióticos intravenosos y mi madre nos consideraba demasiado

pequeños para dejarnos solos en casa, así que íbamos todos en coche al hospital y luego ella empujaba la silla de ruedas. Mi madre se sentaba a su lado en el sofá, nosotros enfrente, y le contaba lo que nos había dicho Bernie, que estaba en casa de una amiga medio viendo Titanic y que, justo cuando el barco empezaba a hundirse, le había comentado a la madre de su amiga: Esto me da mala espina. Qué graciosa, habían dicho. Habían llorado de la risa. Bernie y yo la escuchábamos. Michael Madigan llevaba una bata de felpa y unas zapatillas desechables en los pies. Nuestra madre le contó lo que había dicho Bernie. Se lo repitió.

Michael Madigan perdió grasa en partes donde yo ni siquiera sabía que la hubiese. Cuando la tía Shauna finalmente parió a sus bebés, aquellas cosas chiquititas vestidas de rosa, todo el mundo decía: Pordiós, qué pequeñas son; y que parecía imposible que todos hubiéramos sido alguna vez así de pequeños, que todos hubiésemos crecido a partir de algo tan diminuto. Pero eso fue lo que pasó, Michael Madigan adelgazó tanto que de pronto ya no parecía imposible. De haberlo doblado y empaquetado, habría tenido el mismo tamaño que esos bebés: prematuro, inacabado.

La carne se esfumó de las muñecas, las manos y los dedos de Michael Madigan hasta que la alianza le resbaló del dedo. Es otra infección, dijo la enfermera. Es peligrosa. Todo es peligroso. Pero no había nada que hacer. Michael Madigan no podía hablar. Nadie podía ayudar. Mi madre estaba allí todo el tiempo, cuidándolo. Le acariciaba la cara.

Jackie, dice Bernie.

Doy un respingo.

Te has dejado la puerta de la calle abierta, me dice. No abierta del todo, pero bueno.

Cierro la sesión del ordenador.

Va a la cocina y enciende la tostadora. Se apoya en la encimera con el móvil en la mano, esperando.

Le digo: ¿Te acuerdas de Ash?

No quiere levantar la vista, pero al final dice suspirando: ¿El perro?

También dice: ¿Por eso tienes esa cara?

Hace largas pausas entre frases.

Le digo: Estaba pensando en papá.

Bernie dice: ¿En Michael?

Bernie dice: ¿Por qué?

Unta la tostada. Solo come Flora. Pregunta: ¿Mañana también vas?

Sí. De nueve a cuatro.

Puaj.

Se tumba en el sofá y se come la tostada. Parece compadecerse de sí misma por tener que encontrarse con esto (yo) al volver a casa. Mira el móvil. No se levanta.

Mi madre llega más tarde. No tiene mal aspecto. Dice: Me comería una vaca entera, lo que significa que comerá tostadas, y luego: Parece que haya explotado una bomba aquí, Jack, mientras mira mi bolsa encima de la mesa y mis botas en el suelo. Se sienta en el sofá y le da un bocado a la tostada. Dice: Bernie, cariño, ¿alguna novedad?

Bernie empieza a contar algo sobre unos profesores. Llega al momento culminante de la gracia y mi madre se echa a reír.

Cuando hay una pausa, digo: Oye, este fin de semana iré a ver a la tía Shauna.

El ambiente cambia tan deprisa que se nota físicamente.

Bernie dice: ¿Por qué?

Mi madre se levanta. Se sacude las migas de la ropa de trabajo. Dice: Bien, Jackie, ahora ya eres mayor. Haz lo que quieras.

No quiero disgustarla. Pero así son las cosas.

Mi madre se va arriba.

Bernie me mira como si yo fuese un bicho raro.

¿Qué?, le suelto.

Ella dice: ¿Qué haces?

Pero no quiere una respuesta, solo preguntarme.

Escuchamos el ruido que hace nuestra madre en la escalera, su paso firme. La escalera de esta casa es tan empinada que resulta peligrosa. Poco después de mudarse aquí, nuestra madre cayó por un tramo entero y se rompió las costillas. Las fracturas en las costillas no se curan como otras. Incluso ahora, a veces gime al moverse.

Cuando Michael se puso enfermo, ni siquiera podía subir por la escalera. Estaba confinado en la planta baja, como antes el perro. Mi madre le puso una cama junto al sofá y creo que ella tenía que dormir ahí abajo con él. No estoy seguro. Creo que no lo recuerdo todo.

Cuando éramos pequeños, nuestra madre nos decía que notaba algo en el rellano: una presencia, la de una persona que había vivido aquí. Decía que era amistosa y que no debíamos tenerle miedo. Yo

nunca noté nada. Bernie decía que ella sí, pero con eso solo se refería a que estaba asustada. Nadie volvió a mencionarlo tras la muerte de mi padre. Los fantasmas solo son interesantes si no tienes uno propio.

3

Nos han enviado la distribución de los grupos por correo electrónico. Yo estaré en el segundo.

El ambiente en las taquillas es caótico. Necesitamos un cuaderno de prácticas para la sesión. Necesitamos monedas para la taquilla. Mientras nos ponemos las batas y las identificaciones, el primer grupo cruza las grandes puertas de dos hojas y nos pasa por delante. La chica que hacía globos con el chicle es la última de la fila. Me dice: ¡Está genial!, y sonríe con los dientes visiblemente húmedos.

Un estudiante de posgrado comprueba nuestra identificación en la puerta, la escanea con un lector de código de barras y nos dice que nos busquemos sitio en una estación de trabajo, y los alumnos se van sentando en los taburetes, todos nos sentamos en los taburetes de las estaciones de trabajo como si la estación de trabajo no fuese una mesa sobre la que reposa un trozo amarillento de persona. Un chico con el que coincido en alguna asignatura se sienta en el taburete de al lado. Me pregunta: TodobienJackie, en una sola palabra. Es casi tan alto como yo.

Nuestra mesa tiene una etiqueta plastificada que dice estación 8 y preguntas, impresas y plastificadas, al lado: riñones/su supervivencia; inervación simpática/parasimpática; vasos sanguíneos, linfa, ¿sus fuentes y drenaje? En nuestra mesa hay un abdomen completo. Está seco/conservado en silicona. Es viejo, por

lo que una parte se está desprendiendo en copos plastificados. Huele mal. ¿Quéteparece?, dice mi compañero, acercando la cara. ¿Quédirías, arteria renal? ¿Eh?

En la estación 6 hay una pierna de persona, cortada por el muslo, que llega hasta la espinilla.

En la estación 11 tienen preguntas sobre las glándulas salivales. Les ha tocado la cabeza de alguien. Aunque la mitad de la cara, dividida por una línea vertical, se ha vaciado para mostrar las glándulas, la otra mitad es normal, solo una cara fría y cérea: una nariz arrugada, una ceja, pestañas, vello en las fosas nasales, el cuero cabelludo desnudo de una cabeza rapada.

Mi compañero coge la cabeza. La sostiene en la mano.

Aprieto el estómago contra la mesa. Respiro por la boca.

Me hace una pregunta.

No lo sé.

Le hacen una pregunta.

Nadie sabe nada.

En aquellas charlas tituladas «Departamento de Anatomía: Limpieza y mantenimiento», nos dijeron que todos los cadáveres del departamento eran donaciones. La gente conocía el trabajo de la universidad. Lo meditaban. Nos elegían. Lo sé. Sé lo que dijo el profesor. Aprieto el estómago con fuerza contra la mesa. Pero ¿sabían esas personas que no iban a quedarse enteras? ¿Firmaron que se les podía cortar la cabeza? Eso son unos ovarios. Eso es un torso. Eso es el pene de alguien, con el vello púbico aún intacto. Aquí hay extremidades y dedos, amarillos y descamados. ¿Sabían que los trocearían en mesas de disección, rodeados de preguntas y

páginas plastificadas? ¿Y si pensaban que la donación de su cuerpo curaría el cáncer?

A ver, no pueden contármelo. Tan solo están ahí, sobre la mesa. Personas de mi edad (con resaca/coqueteando) se inclinan sobre los cuerpos e intentan responder preguntas que no entienden.

El tiempo pasa muy despacio. La gente empieza a marcharse temprano.

Hay una chica que está encajando huesos. Su compañero le hace una pregunta y ella responde alegremente: ¡Solo estoy jugando!

El chico con el que coincido en alguna asignatura me pregunta si quiero que vayamos a comer cuando esto acabe. Le digo: No.

4

Conozco la historia, pero no a las personas. Esto es lo único que sé, hechos resumidos en una sola línea: al padre de mi padre, Jackie, y al hermano mayor de mi padre, Ciarán, los metieron en un campo de internamiento. Jackie murió siete años después. Ciarán consiguió sobrevivir once. He buscado en internet algunas de las cosas que el ejército británico les hizo a los cientos de civiles que se llevaron y mantuvieron cautivos sin ninguna acusación formal: torturas mediante ahogamiento, inyecciones, descargas eléctricas, simulacros de ejecución, inanición, privación del sueño, privación sensorial, acoso con perros, arrastrarlos atados a vehículos.

No sé si a Jackie y Ciarán les hicieron todas esas cosas; los internaron en esas cárceles y nunca volvieron a ser los mismos. Sé que murieron (siete/once años después).

No sé cómo le afectó a Michael Madigan.

Esta es mi familia: Ciarán era un año mayor que Kate, que era dos años mayor que Michael, que era cuatro años mayor que Shauna. De modo que, cuando los soldados británicos entraron por la puerta y se llevaron al padre y al hermano de mi padre, Ciarán, mi padre tenía quince años y su hermana Shauna, once, y su hermana Kate, diecisiete (pero ella emigró, así que ¿qué es para nosotros ahora?).

Sé que Ciarán murió cuando tenía veintitantos años.

Su padre murió antes, cuando todos eran aún muy jóvenes (aunque no tan jóvenes como Bernie y yo cuando murió Michael Madigan). Su padre murió siete años después de la redada/internamiento. Shauna todavía iba al colegio. Mi padre estaba en Belfast, en la Politécnica. Cuando Jackie murió, Kate se fue a Estados Unidos y ya no volvió.

Eso es lo único que sé.

Le mando un mensaje a Shauna por WhatsApp. Ella sigue viviendo cerca de donde crecieron, y es quien se ha quedado con la granja y con lo que queda de la casa. Su marido cría ganado en algunos de los campos, que se están convirtiendo en cañaverales.

Me responde muy rápido. Dice: Hola sobrino precioso! M encntará veros a ti y Bernadette!, aunque yo no le he mencionado a Bernie.

Me dice que puedo ir, así que iré.

Bernie sube a mi habitación. Es tarde. Se tumba en la cama como si fuera suya.

Le he enviado un mensaje a Shauna, le digo.

Así que irás, dice. Se vuelve y me da la espalda.

Puedes venir si quieres.

Sí, dice. Lo sé.

Salen ruidos de su móvil. Hay gente gritando en las historias de Instagram y sonido de bailes, TikToks y vídeos de reacciones. Luego deja el teléfono y todo se queda en silencio. La habitación está a oscuras. Su respiración suena vagamente asmática.

Se ha dormido.

No la muevo. Hace frío en la habitación; se despertará cuando lo note.

Escucho los ruidos que hace Bernie. Me resultan muy familiares. Compartimos habitación durante un tiempo absurdamente largo porque mamá no quería volver a cambiar la distribución de la casa; todavía había…, la casa tenía sitios…, las cosas estaban donde Michael Madigan las había dejado.

Bernie ronca. Siempre ha hablado en sueños. A veces decía mi nombre y me despertaba. A veces hablaba y hablaba, y solo me despertaba cuando a ella le daba por callarse.

Una vez, mamá la encontró en el rellano con los ojos muy abiertos: Bernie, cariño, ¿qué haces?, le preguntó, y Bernie respondió: ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí?

Mi madre le dijo lo que se les suele decir a los sonámbulos: Vamos, estás soñando, vuelve a la cama. Pero Bernie estaba enfadada, nerviosa y alterada.

Mamá la cogió de las manos. La llevó a nuestra habitación. Me dijo: Jackie, no te levantes. Tiró de Bernie hasta su cama. Se tumbó a su lado. Yo las veía a la luz del pasillo, veía a mi madre acariciándole la espalda. Le dijo: Mi niña, no pasa nada. Parecía que Bernie estuviera

llorando. Dijo: No lo entiendo. Mi madre se quedó allí tumbada. No recuerdo que se marchara.

5

Hoy es nuestro primer día de disección. La sesión anterior fue de prosección: alguien había hecho todos los cortes por nosotros. Me encuentro al mismo grupo en las taquillas. Son las 8:47 de la mañana.

Me concentro mucho en abrocharme la bata. Sostengo mi tarjeta de identificación en el ángulo correcto para que la escanee el técnico. Me pongo los guantes. Todos avanzamos lentamente arrastrando los pies. Me miro los zapatos por debajo de la bata blanca, miro al desconocido que tengo delante. Lo hago con cuidado, lo hago con toda mi concentración, aunque después tengo que entrar igualmente en la sala, y el frío que hace allí me entristece y me asusta.

La sala es enorme. Tiene un techo muy alto, abovedado. Es fría como una nevera. Delante de nosotros, en hileras, hay mesas de acero inoxidable con ruedas; todas tienen una figura cubierta con una sábana de plástico. Parece una morgue/una pesadilla y huele como una carnicería, pero con el añadido de los productos químicos. El profesor está aquí, aunque no por mucho tiempo; nos ponen excusas. El profesor empezará y luego mi grupo quedará bajo la tutela y el cuidado del técnico. El profesor dice: Si os notáis raros, podéis iros. ¿Queda claro? Os vais. Comprendo entonces que esta es solo la primera de nuestras sesiones.

Me noto raro. Siento el entumecimiento, la sensación de estar a punto de hacer algo que nunca podré deshacer.

El técnico dice: Buscad todos una mesa.

La gente empieza a desplazarse a las mesas, empieza a agruparse alrededor de los contornos disimulados/ocultos.

El técnico dice: Grupos de cinco como máximo.

Me junto con los mismos. Nos quedamos en el rincón más alejado. Lo hago simplemente porque es fácil, porque ya tengo la sensación de haberme perdido algo crucial, de que todos se conocen de otro lugar, de antes. Se acercan dos más. Estos chicos nuevos llevan la identificación visible en el bolsillo superior de su bata blanca de laboratorio. La foto es de cuando estaban en bachillerato.

Debería sentir más de lo que siento. Quiero morderme las uñas, pero todos llevamos unos guantes azules muy gruesos. Pienso en el vídeo que he visto, en dedos que sostienen bisturís.

El profesor dice: Retirad las sábanas.

Hacen una demostración en la mesa más cercana al profesor. Retiran las sábanas, tres capas de diferentes plásticos, y vemos un cuerpo desnudo sin la mitad superior de la cabeza, es decir, sin cerebro ni cráneo que lo sostengan.

El chico con el que coincido en alguna asignatura retira nuestras sábanas.

Hay una mujer muerta desnuda con media cabeza.

El profesor le dice algo al técnico. Se hablan en voz baja, sin prisas. Al principio hay silencio, solo se oye nuestra respiración, pero luego los que están junto a los cadáveres también empiezan a hablar entre sí. En este rincón, un chico les pregunta a los demás: ¿Dónde habéis estudiado?

El profesor se marcha. El técnico ocupa una posición central.

Bien, dice el técnico. Tranquilos.

El técnico dice: Despacio, cuando estéis listos, quiero que toquéis vuestro cadáver. Y presiona con el guante azul el cuerpo que tiene más cerca.

Los chicos de la foto de bachillerato se miran. Sé que serán los primeros en tocar a nuestra mujer. Le presionan el antebrazo (primero suavemente, luego con fuerza) y se ríen. El otro chico toca el hombro de la mujer. Le frota la piel con las yemas de los dedos enguantados. Dice: Esto parece Re-Animator. La risa es rápida, áspera.

No me miran, pero sé que saben que no quiero hacerlo. Presiono con el dedo el brazo de la mujer. Incluso a través del grueso guante azul, se nota rígida y extraña, su piel parece cuero embalsamado.

Bajo la mano.

En la mesa central, el técnico está cortando la piel de un hombre, retirando capas, internándose en su tejido adiposo. El técnico habla de bisturís y los alumnos de la mesa central inclinan el cuello sobre el cuerpo. Quieren verlo todo. La gente ya es así: necesita ir por delante.

El técnico coge un gran recipiente metálico, de acero inoxidable, como la mesa, y dice: ¡Esto es muy importante! ¿Me escucháis todos? Tenéis que depositar todo lo que extraigáis de vuestro cadáver en el recipiente del final de la mesa. ¡Fijaos! Cada mesa tiene uno, ¿veis? Debéis poner todo lo que saquéis del cuerpo en el cuenco correspondiente, porque el contenido de estos cuencos se devuelve, junto con la persona, a la familia. Es fundamental que todos los tejidos se mantengan juntos y no se mezclen.

A continuación, el técnico coloca piel en el recipiente que le corresponde a ese cuerpo, además de fascia blanca y grumos de grasa amarilla.

A uno de los chicos le ruge el estómago y los demás se desternillan de risa.

Miro a nuestra mujer. Aunque solo conserva la mitad de la cara, es suficiente para ver su nariz, que está rota y doblada a un lado por el peso del cuerpo, que ha permanecido desplomado sobre sí mismo durante los meses transcurridos hasta su preparación.

Uno de los chicos dice: He oído que todo el líquido se concentra en ciertos lugares. En las zonas donde hay grasa acumulada, se licúa completamente durante el embalsamamiento, así que, cuando cortas, toda la grasa y el formaldehído son una mezcla líquida. Cortas y te salpica. Lo juro por Dios. Mi hermano, que está en cuarto, dice que le salpicó en los ojos.

Eso es todo por hoy.

El técnico nos mira mientras nos vamos.

6

El perro murió dos años antes que Michael Madigan. Él nos recogió del colegio al día siguiente, tras la noche en que mamá se lo llevó corriendo al veterinario. El perro se llamaba Ash. Era grande y bueno (un galgo adoptado).

Bernie y yo íbamos en la parte trasera del coche con el cinturón de seguridad abrochado, mirándonos. Estábamos callados, esperando a que Michael nos dijera cuándo volvería Ash a casa. Tenía que decírnoslo en algún momento.

Pero no decía nada.

Al final le preguntamos a la vez: ¿Dónde está Ash? ¿Está enfermo? ¿Está en casa?

Michael Madigan dijo: Está muerto.

No dijo nada más. Quizá una vez: Va, Bernie, porque Bernie estaba llorando (lloraba desconsoladamente). Se limitó a conducir. Llegamos a casa. Mamá salió a recibirnos y cogió a Bernie en brazos (aunque ya tendría unos seis años).

Michael Madigan nos había dicho «Está muerto» no porque fuese malo o cruel. Lo dijo con suavidad, y solo porque era verdad.

Cuando teníamos esas edades, seis y diez, Bernie todavía iba en sillita en el coche y se sentaba justo detrás de él, pero yo estaba al otro lado y podía verlo en diagonal. Le veía parte de la cara y me acuerdo de algunos detalles que quizá ella no recuerde (barba oscura, tez clara y pecosa, la manga del jersey doblada en la muñeca, uñas mordidas, pecas en las manos).

Lo recuerdo de formas en que ella no puede.

Conduce con una sola mano y, si le es posible, con ninguna. Cuando hay un segundo de sol, baja la ventanilla y saca todo el brazo fuera del coche. Conduce como si fuera lo más sencillo del mundo. Conduce como si estuviera soñando. Si alguien se le cruza o no le deja salir, o si nos metemos en un atasco al volver del colegio, a él le da igual. Pone música. Su banda favorita del mundo es Simple Minds. Su álbum favorito es Street Fighting Years y lo pone, sin parar, del tema 1 al 11. No es su preferida, pero no le disgusta «Belfast Child». Tamborilea en el volante con los dedos, mueve la cabeza, pero nunca sigue bien el ritmo. Va pronunciando la letra a coro.

Yo no sabía que iba a morirse. Nadie lo sabía.

Él conduce y Bernie habla en voz alta en la parte trasera del coche. Lo llamo Michael Madigan, como si así lo convirtiera en alguien que no es mi padre. Me sabe mal, pero eso pone distancia entre nosotros.

Mueve la cabeza, de forma errática, al ritmo de una música interminable, hasta que el tema 11 se convierte en el 1, una y otra vez, sin cesar, mientras nos lleva a casa, a casa, a casa.

7

No puedo dejar de pensar en Anatomía. Hay muchas caras allí, frías como en un velatorio, que se vuelven hacia mí desde su mesa y esperan que les diga: Puedo identificar la glándula submandibular, y tocarla, y señalarla, como si eso fuera normal, saludable y bueno.

Me miro las manos y veo las de Michael Madigan. Pecas, uñas mordidas. Tenía callos en las palmas. Llevaba alianza antes de que le resbalase del dedo.

Es viernes. Bernie va al instituto, pero yo no me levanto. Tengo alguna clase, pero no iré. Esta semana, los días que no tengamos clase, vamos a abrir a una persona y le vamos a retirar la piel y a seguir hurgando hasta la grasa (tejido adiposo). Pienso en las salas (neveras), en todos los despojos fragmentados. Me asusta saber que lo haré. Me asusta que no me importe.

Bernie llega a las cuatro a casa, pero no viene a verme.

Cuando llega mi madre, oigo el murmullo de su charla y luego cómo sube la escalera. Lo hace aún más despacio de lo habitual. Abre la puerta de mi cuarto y se para en el umbral, incómoda. Dice: Bernie me ha dicho que estabas aquí arriba. Pienso: Mi madre debería

haber tenido solo hijas. No sabe qué hacer conmigo. Lo pienso. Casi lo digo.

Mi madre dice: ¿Te has levantado de la cama hoy?

No respondo.

Me dice: ¿Cómo te encuentras? Bernie dice que está preocupada por ti.

Se producen largas pausas cuando hablamos, como ese retraso temporal en las llamadas intercontinentales o el intervalo necesario para transmitir mensajes mediante intérpretes.

Le digo: Es asqueroso, supongo. Es muy bestia. Todo lleno de cuerpos y cabezas y no te puedes ni inmutar.

Mi madre dice: Joder, Jackie. ¿Es por eso? ¿Por la carrera? No te gusta, dice encogiéndose de hombros. Pues la elegiste tú.

Después bajo a prepararme unas tostadas con alubias. Mi madre y Bernie están viendo un DVD en el portátil de Bernie y comparten un par de auriculares blancos. Por lo que veo en la pantalla, parece Tiana y el sapo. Bernie es un poco infantil para esas cosas.

Mi madre me dijo que ponerle Bernadette había sido idea de mi padre. A mí me pusieron Jackie por el padre de mi padre, pero eso fue cosa de ella; cuando nació Bernie, fue Michael Madigan quien hizo todas las propuestas. Le gustaba mucho Bernadette. Ni siquiera sabía decir por qué.

Bernie descubrió información sobre la santa en Wikipedia: no aprendió nada de francés hasta los trece años; hablaba occitano (Bernie dijo: Una reina de las lenguas minoritarias). Pero no creemos que Michael Madigan le pusiera ese nombre por la santa. Fue por Bernadette McAliskey. Bernie se leyó su libro en un PDF que encontró en internet: nacemos en un sistema injusto; no estamos

preparados para envejecer en él; escribía cosas así. Tuvo una gran influencia en el Movimiento por los Derechos Civiles de aquí. Fue imprescindible, dice Bernie. Esencial.

Estas Bernies forman parte de cómo se ve a sí misma. Me parece que son importantes. Las sostiene sobre las palmas extendidas, como esos iconos de Jesús que lo representan con agujeros en las manos.

La hacen ser quien es.

Bernie es buena en un sentido en que yo no. Es algo que está ahí, en lo que nos distingue. Como cuando las cosas de Michael Madigan se estropearon por la humedad. No lo supimos hasta que empezamos a vaciar su despacho para que Bernie y yo no tuviéramos que seguir compartiendo habitación. No lo supimos hasta que mamá sacó aquella caja de un estante y la abrió, y las cosas de Michael Madigan, los papeles, estaban húmedos y cubiertos de moho, y entonces supe, sentimos, que llevábamos mucho tiempo haciendo eso, intentando no darnos cuenta de que la casa estaba cada vez más débil y deteriorada sin un Michael Madigan que la reparase: las bombillas se fundían y no se reemplazaban, las persianas se rompían, la ventana de la salita de la tele se había atascado y no podía abrirse. Fue Bernie quien abrazó a mi madre mientras lloraba. Fue Bernie quien le hizo tomar líquidos. Nuestra madre se acurrucó en posición fetal y Bernie le decía: Lo siento mucho mucho, y yo la oía, pero era incapaz de decirlo. No sé por qué. Comprobé que las puertas delantera y trasera estuvieran cerradas con llave. Corrí las cortinas de todas las habitaciones. Las oía. La tela de la blusa de mi madre hacía ruido cuando Bernie le frotaba la espalda.

Después de eso, vaciamos por fin el despacho de Michael Madigan. Nos llevó mucho tiempo. Ahora duermo ahí. Lo único que me queda es lo que recuerdo; yo tenía doce años cuando murió y, antes de eso, recuerdo estas últimas cosas: las uñas de Michael Madigan bien

cortadas, sus manos tan quietas que no podían agarrar nada, el sonido de un horno con ventilador calentándose, Bernie y yo sentados comiendo de la bandeja, los ojos de Michael Madigan (llorosos, sanguinolentos, asustados), mi madre tarareando mientras le untaba la loción en la piel agrietada, aplicándola con cuidado, con calma, hasta cubrirla por completo. Michael, decía ella, Michael, no te preocupes. Todas las noches dejaba una bolsa de agua caliente en la cama de Bernie y en la mía. La radio estaba encendida. Nos tumbábamos al lado de nuestro padre tan apretujados que podíamos sentir los movimientos de los demás al respirar. Una vez que empezó, no hubo forma de detenerlo. Se extendió. Le invadió todo el cuerpo.

Al principio parecía que no había nada grave, y realmente no lo había, salvo que le temblaban las manos y a veces se caía al bajar por la escalera empinada. Y por eso fue al médico. Pensó que necesitaba medicamentos/quizá gafas. Pero luego se puso enfermo, no estaba bien, le costaba mantenerse erguido en la silla, la camisa del pijama le venía grande, se le marcaban las costillas en el pecho ondulado, intentaba hacer reír a las enfermeras, escuchaba a alguien hablar sobre la medicación y fingía que se disparaba con los dedos, pero su cuerpo era como el de un muñeco, flojo e inmóvil. Sin peso, sin grasa. Huesos. Articulaciones. Miraba las cosas, pero no las veía. Había cosas que no se podían demostrar sin su participación, y era en plan: ¿Está ciego? ¿Nos oye? Era el final, pero yo no sabía que era el final. Si le cojo la mano y la aprieto hasta que se caliente, ¿lo nota? ¿Sigue existiendo dentro de su cuerpo?

Mi madre nos decía que sí. Mi madre nos decía que él pensaba cosas sobre sí mismo y sobre nosotros, y que decía «Os quiero» para sus adentros cuando le dábamos las buenas noches.

Pero sé que por la noche, tumbado allí, escuchando la respiración de Bernie a mi lado, pensaba que, si él no sabía lo que estaba pasando, sus pensamientos solo podían ser como los de mi hermana cuando hablaba en sueños: algo lleno de preguntas/miedo.

Por la noche, pienso: si él sabía lo que le estaba pasando, ¿no es peor?

8

Bernie tiene los ojos hinchados cuando se despierta. Gimotea. Pero acaba levantándose de la cama porque viene conmigo. Caminamos hasta el pueblo y luego tomamos el autobús en el centro. Tardaremos una hora y media. Le envío un mensaje a Shauna y ella nos está esperando en la parada de autobús cuando llegamos. Ha hecho que sus hijas salgan del coche, así que están de pie a su lado, vergonzosas. Niñas, dice Shauna, ¡son vuestros primos! Y nos sonríe como si nunca nos hubiéramos visto.

¡Vaya!, dice Bernie. ¡Qué mayores estáis!

Nueve, dice Shauna, como si fuera un milagro.

Las conocemos, pero no las vemos a menudo. Tienen nombres como de perfume. Tenían tres años cuando Michael murió. No lo recuerdan. Nos subimos al coche y nos lleva a su casa.

Vive en una casa rural, nueva. Grande de esa forma que resulta un poco innecesaria, con asfalto en la entrada y un grifo del que sale agua hirviendo. Pero Shauna es simpática. Habla mucho. Llama a Bernie «Bernadette». Dice: ¿Qué queréis comer? ¿Unas tostadas? ¿Con mantequilla? Dios, es muy temprano. Habla tanto que empieza a agobiarme, y Bernie me da un empujoncito porque no respondo a sus preguntas.

¿Querías ver la granja, Jackie?, repite Shauna. Es muy simpática.

Yo digo: Sí.

Ella asiente. Seguro que te gusta volver a verla.

El marido de Shauna llega a casa. Shauna dice que ha estado jugando al golf. Él sonríe, pero no se molesta en entablar una charla trivial (como decir: Hola). Shauna le pregunta si puede cuidar de las Niñas y él vacila.

Cuando por fin dejan que Shauna se marche, subimos a su coche. Bernie se sienta delante, lo que por alguna razón hace reír a Shauna, y yo me siento detrás, mirándola en diagonal. Me cuesta creer que tuviera con nuestro padre la misma relación que Bernie tiene conmigo, que pudiera haberlo conocido tanto como yo conozco a mi hermana. Habla mucho, incluso mientras conduce. Pasamos por casas de nueva construcción que, según ella, no estaban antes. Ahora hay una casa en cada terreno, nos dice, como si ella misma no viviera en una casa nueva construida en un terreno antiguo.

Hacía tanto que no veníamos aquí que no me lo espero, y el desvío me sorprende. Shauna aparca en la hierba y dice: Subiremos andando.

Espera a que Bernie y yo salgamos del coche, y habla de los bichos en el parabrisas, de que ahora casi no hay. Antes, en septiembre, el parabrisas se llenaba de bichos, dice. Pero supongo que vosotros no os acordáis.

Bernie niega con la cabeza.

Shauna suspira. Lo veo en la tele. Hay preocupación al respecto. Cuando los insectos desaparezcan, desapareceremos todos. Eso dicen.

La seguimos colina arriba. Ni Bernie ni yo llevamos calzado adecuado. Shauna señala el ganado de su marido en el terreno vecino. Dice que antes esto era un prado, pero ahora todo está cubierto de juncos y no sabe por qué.

Seguimos andando. Hay dos árboles doblados sin hojas, dos edificios anexos derruidos y lo que queda de la casa. Desde esta distancia parece que el tejado sea verde, pero al acercarnos vemos que es liquen/musgo/tejas podridas.

Es una casa de una planta. Las ventanas están rotas y la puerta principal está abierta. Me acerco a la entrada. El vestíbulo tuerce bruscamente a la derecha. Hay un Sagrado Corazón de Jesús mirándome; tiene debajo una lámpara vieja y roja que antes brillaba en rojo.

El viento es ruidoso e intenso. Hace frío.

Bernie habla con Shauna y noto en su tono que está enfadada conmigo. Se siente incómoda, finge que no lo está y me culpa por ello. Le pregunta a Shauna por la casa. Dice: ¿No era demasiado pequeña para tanta gente?

Shauna responde: Ay, Dios, claro que sí. De niños, durante mucho tiempo, dormíamos todos en la misma habitación, y luego, cuando ya fuimos demasiado mayores para eso, a Kate y a mí nos pusieron en el cuarto de nuestros padres. Siempre éramos dos por cama. Y además se quedaba a dormir gente, ya sabéis, los primos. Venían en verano porque el campo era más seguro que la ciudad. Qué locura.

Hablan de cosas triviales. Bernie quiere saber cuándo compraron un televisor y si conocían a sus vecinos. Espero hasta que parece que no queda tiempo y entonces lo digo.

Digo: Cuando encerraron a Jackie y a Ciarán…

Shauna responde enseguida, tan deprisa que habla casi a la vez, y entonces sé que todo este tiempo ha estado preparándose, ha estado esperando: No me acuerdo, cariño, dice. En serio, Jackie, no me acuerdo.

Bernie me está mirando fijamente. Hace mucho frío. Nadie dice nada.

Mi cabeza es un torbellino. Pienso en las personas (inocentes) que sacaron a rastras de sus casas y de sus pisos de ladrillo rojo para llevarlas por estas viejas carreteras a campos de internamiento. Personas que con sus impuestos pagaban al mismo ejército que se las llevó. Recuerdo sus nombres: Jackie, Ciarán, Michael… Quiero conocerlos. Necesito verlos. Son mi familia. Son el padre de mi padre, el hermano de mi padre y mi padre. Siento que me sube la sangre a la cabeza. Este es nuestro hogar, ¿no? De aquí venimos todos. Entonces ¿por qué no están? ¿Por qué no hay nadie aquí?

Shauna dice: Una noche íbamos en coche, tu padre conducía. Entonces estudiaba en la Politécnica, pero había venido a pasar el fin de semana. Estábamos Kate, tu padre, un amigo mío y yo. Nos pararon en un control y le hicieron salir del coche. Llovía. Era casi de noche. Los soldados iban armados. Le hicieron desnudarse.

Shauna dice: Estábamos en el coche. No pudimos hacer nada. Eso fue lo que pasó. Ninguno de nosotros dijo nada. No sé cuánto tiempo estuvo ahí fuera. Yo lloraba y Kate se enfadó conmigo por eso. Tu padre volvió al coche. Estaba empapado. Nos llevó a casa.

Bernie dice, con voz aguda y nerviosa: Mi madre me contó algo sobre una redada nocturna. Entraron y se llevaron a vuestro padre, y tú llorabas o algo así, y vuestra madre gritaba, pero no la dejaban acercarse a ti.

Shauna dice: Se creen muy valientes.

Dice: Lo hacen para desquiciarte. Dice: ¿Y a que funciona?

Eso es todo lo que está dispuesta a decir sobre lo que le pasó a Ciarán.

Me quedo muy quieto. El viento sopla con fuerza. Ya no queda nadie que pueda responder a mis preguntas. Entonces ¿cómo puedo decirles que todavía lo percibo? Están aquí, dentro de mí, coágulos, bultos, válvulas en el corazón que nunca se me cierran del todo, cosas que no se dicen, como si eso las volviera invisibles. Miro la casa (ventanas horribles, puerta rota) y veo a los soldados británicos. Miro a ese Jesús (oigo oraciones/veo luces).

Bernie está diciendo: ¿Y has leído lo que hicieron los británicos en Kenia? Ni te lo imaginas. Literalmente ni te lo imaginas. Se interrumpe, algo incómoda. Dice: Jackie, ¿qué te pasa?

Shauna dice: Ay, Jackie. Ay, Jackie, cariño. Se acerca para abrazarme, pero no llega muy alto. Creo que Bernie va a soltar algo (¡Puaj!), pero no dice nada.

Shauna dice: Es difícil, cariño. Lo sé.

Es muy amable.

Es triste ver todo esto así, dice.

Yo digo: Sí.

No sé qué esperaba.

Algo vino a buscarlo, se apoderó de él y lo devoró. ¿Ese algo vive aquí? ¿Lo siguió hasta la ciudad? ¿Por qué pienso en él? Todo está así: baldío, podrido, invadido por los juncos, roto. No se puede revertir ni deshacer nada.

Shauna dice: Al menos quedaos a comer. Aquí arriba hace frío, ¿no? Lo dice en voz baja, como si alguien más pudiera oírla: Esto es un poco lúgubre.

9

Cuando él nos llevaba en coche a algún sitio, nos hacía deletrear palabras al azar. Decía «cosechadora», «polígono industrial» o «peatón». A Bernie se le daba muy mal, pero siempre ha sido más pequeña que yo.

En la escuela primaria tuve un profesor que nos decía que debíamos amar a Dios más que a nuestra familia. Yo me lo tomé muy en serio; es decir, me preocupaba. Le pregunté a Michael Madigan si amaba a Dios y él vaciló.

Quiero saber más de lo que nadie puede contarme. ¿Era feliz? ¿Estaba contento? ¿Estaba satisfecho con su vida cuando esta empezó a acabar? ¿Estaba enfadado? ¿Estaba enfadado por lo de Jackie, por lo de Ciarán, por el internamiento, por la noche en que los soldados lo desnudaron delante de sus hermanas, por la noche en que irrumpieron en su casa, por todas las noches que vivió cuando las cosas eran horribles y estaban mal? ¿Quién era él? ¿En quién me convierte eso a mí?

¿Me echaba de menos?

Tenía barba, pecas y unas cejas grandes y oscuras. No tenía ni las manos ni los brazos especialmente blancos. Cuando enfermó, mi madre le afeitaba la barba. Michael Madigan no se parecía en nada a sí mismo.

¿Sabía Michael Madigan la puta mierda que sería esto, con él muerto para siempre, sin un solo día de alivio, sin siquiera poder verlo una hora, sin que él pudiera sentarse en el sofá y sacarme de quicio y, por una vez en mi vida, permitirme respirar?

Dije que estaba pensando en él y Bernie me preguntó: ¿Por qué?

Lo recuerdo más que ella, pero eso solamente hace que me sienta más solo.

No era viejo. Ni siquiera ahora lo es.

Un día, Shauna vino a verlo. No se trajo a su marido ni a sus hijas. Era casi el final, pero entonces yo no lo sabía.

Shauna fue muy amable. Dijo: Paula, acabo de escuchar un programa de radio precioso en el coche y me he acordado de ti. Deja que lo ponga un momento, para que veas a qué me refiero. Mi madre sacó su pequeño transistor. Shauna buscó entre las emisoras hasta llegar a una donde sonaba «Bí Thusa Mo Shúile». Era ese tipo de programa: música coral católica, temas que cantaría un coro aficionado en misa. Me transporta al pasado, dijo Shauna con los ojos muy abiertos. ¿A ti no? Y luego: Oye, que lo escuche Michael.

Mi madre dijo: Bueno… Vaciló. Dijo: Todavía está en la cama. Dijo: Sí, claro, que lo escuche. Subió el volumen y le llevó la radio a mi padre.

Yo dije: No le va a gustar nada. Le encantan los Simple Minds.

Por Dios, Jackie, dijo mi madre. Es tan pesimista, le dijo a Shauna. Dejó la radio junto a mi padre y volvió con Shauna a la cocina. Nos había preparado té a todos. Shauna habló de su coche nuevo. Habló de su marido. Habló de la granja: su marido había visto unos juncos en uno de los terrenos y no sabía de dónde habían salido. Me he devanado los sesos, dijo Shauna, pero nunca había visto juncos allí. Habló de las Niñas. Todavía eran muy pequeñas, pero crecían según lo previsto, decía el médico. Mamá le preguntó si quería comer unos gofres de patata y Shauna dijo que no le diría que no, Paula, no te diré que no. Mi madre se inclinó para encender el horno. Se oyó el siseo del gas.

Para cuando me acordé de que la música de Shauna seguía sonando junto a mi padre, el pobre llevaba cuarenta minutos de programa

coral. Seguro que para él era una tortura. Estaría furioso. Odiaba ese tipo de música. Seguro que le habría dicho: ¡Joder, Shauna!, ¿y llamas música a esto? Le habría dicho: Te voy a enseñar yo lo que es música, y habría sacado un CD y habría insistido en escucharlo entero.

Bernie se echó a reír y eso me hizo reír a mí también. Mi padre llevaba cuarenta minutos escuchando esa estúpida música coral, nos estábamos meando de risa, Shauna se tapaba la boca con las manos para contener las carcajadas y la radio seguía sonando.

Pero eso fue solo al principio, porque acabó siendo una de esas cosas que de entrada son divertidas pero que luego, sin querer, al recordarlas se vuelven horrendas, tan tristes que solo de pensar en ellas te entran ganas de vomitar, son literalmente horribles, espantosamente tristes.

Ni siquiera sé cómo perdonarnos eso.

10

En el coche, de vuelta a casa de Shauna y a sus Niñas, Bernie se sienta delante y se pone a hablar de sus amigos. Le cuenta a Shauna las mismas historias graciosas que tanto le gustan a mamá, y Shauna le dice: Bernadette Madigan, eres divertidísima.

Eso me hace pensar en mi madre y Bernie, en lo bien que encajan. Son como esos adornos que vienen en dos mitades: puedes quitar a Bernie y Bernie seguirá completa, pero a mi madre le quedaría un cráter, un hueco en el costado que debería ocupar Bernie. Apoyo la cabeza en la ventanilla y dejo que se mueva con la vibración del cristal. En lo alto de las colinas creo ver hierba algodonera; es como el vello rubio y fino que cubre un rostro, hebras meciéndose al

viento. Bernie siempre le dice a mi madre: ¡Eres una particionista, Paula! ¡Yo no creo en una frontera británica! Y yo pienso: Pero ¿y si los otros sí que creen? Porque lleva años y años siendo así. Es como si nada de lo que ocurre en el norte fuese real. El dolor solo es real cuando lo sienten otros. Solo importa cuando mueren otras personas, y entonces crean grupos pacifistas y escriben canciones que dicen que todo está en nuestra cabeza, y eso cantan, y eso dicen, como si nada hubiese pasado. Todavía creen que ellos son irlandeses y nosotros no, porque es lo que les dicen los británicos. (Bernie dice que nunca liberaron Irlanda, que solo le cambiaron la definición.)

Ni siquiera estoy diciendo que no lo entienda. Sé que sería más fácil ignorar todas las veces que el ejército británico atropelló y disparó a nuestros niños. No soy tonto.

Cuando las enfermeras venían a ver a Michael Madigan, yo no lo soportaba. Bernie se sentaba en las rodillas de mi madre, ¿era eso justo? Se tenían la una a la otra. Estaban bien porque podían entrelazarse como un nudo celta.

Cuando venía el personal de cuidados paliativos, yo decía que estaba enfermo. Decía que tenía diarrea si hacía falta. Mi madre quería que Bernie y yo hablásemos con el personal a solas para que pudiéramos contar todo lo que pensábamos, pero Bernie tenía la costumbre (creo que se le ha olvidado) de soltar las cosas de golpe: ¿Cuándo se morirá?, dijo con el mismo tono exacto con que diría: ¿Cómo te llamas? ¿Eres enfermera? (Entonces tenía siete, ocho años.)

Yo no quería estar allí. Yo no quería saber nada. No quería sentarme en el sofá mientras Bernie preguntaba cuándo moriría mi padre y la enfermera le daba una pegatina o un caramelo o le cogía la mano (no lo sé, nunca fui).

Conocí cierta paz cuando aún tenía a Michael Madigan. Había cierta calidez en el mundo cuando yo aún tenía padre. A veces lo percibo

con muchísima intensidad: nada de lo que pasó puede haber pasado. Llegará un día en que miraré a mi alrededor y todo habrá vuelto atrás.

Shauna espera con nosotros en la parada del autobús. Habla animadamente con Bernie sobre el colegio y los exámenes (han conectado). La gente cree que no le debe nada a nadie, que no tiene ninguna obligación. Y no entiendo que no les importe. Sé que a mí me importaría. Solo veo las manos de mi madre, cómo cuidaba de Michael Madigan. Lo veo todo junto, atado como en un nudo.

Jackie, te pareces muchísimo a él, dice Shauna. Ya sabes, como El hombre tranquilo.

11

Michael Madigan me lleva a casa en coche después de una fiesta de octavo cumpleaños. Solo estamos él y yo en el coche. Me dice: Jackie, a ver si superas esta prueba.

Estoy emocionado/algo nervioso.

Baja el volumen de la música para que pueda oírlo con claridad.

Si alguien se te acercara y te dijera: Disculpe, señor, me gustaría comprarle su perro. Aquí tiene cien libras. ¿Qué le dirías?

¡No!

¿No venderías a Ash?

Él conduce, y habla, y lo hace todo por mí.

Bien, dice. Y, si alguien no te pidiera dinero, sino que simplemente lo quisiera mucho, lo necesitara incluso, ¿qué dirías entonces?

No digo nada.

¿No lo sabes?

No sé... Creo que no.

¿Necesitas más contexto?, dice él. Eso también está bien.

Deja de mirar al frente. Mira en diagonal, directamente hacia mí.

¿Qué te pasa? ¿Qué mierda es esa de Anatomía?, dice. Por mí que no sea, chico. Sabes que a mí me da igual.

No digo nada.

La gente es rara, dice.

Sí. Puede.

¿Eres feliz?, dice. ¿Estás contento?

Michael Madigan alarga el brazo y me da un codazo. Jackie, dice, ni siquiera recuerdas cómo suena mi voz. Te la estás inventando.

Digo: ¿Y qué?

Digo: No es culpa mía. No perdiste la voz de golpe. Fue tan lento que todos nos fuimos adaptando. Es como eso que dice mamá, lo de las ranas que no se dan cuenta de que están en una olla de agua hirviendo. No recuerdo cómo sonaba tu voz al principio. Ninguno de nosotros se acuerda.

Dice: Yo nunca hablaría tanto.

Lo miro. Observo sus manos en el volante. Papá, le digo, ojalá me dijeras algo.

Michael Madigan grita: ¡Sal del coche, Paula!, y los cristales rotos nos salpican con el ardor de la lluvia ácida.

Amalur

El marido de Berezi pegó a su perro y mi novio dijo después: No soporto cuando hace eso. Estaba muy enfadado. En cuanto ese hombre pegó al perro, supe que yo lo odiaba y que era un acto terrible, pero, dadas las circunstancias, no dije nada. Mi novio y yo estábamos en el lago. Ese hombre era el marido de Berezi: estaba casado con la hermana mayor de mi novio.

Estábamos todos en el lago, íbamos paseando por la orilla en direcciones opuestas. Mi novio vio al hombre primero y lo saludó con la mano. El hombre se detuvo cuando estábamos cerca porque vio que no le quedaba otra. Su perro le ladró a mi novio (que llevaba gorra) y entonces el hombre (el marido de Berezi) empezó a golpearlo hasta que se calló. El hombre acabó jadeando. Tenía las mejillas rojas.

Me parecía imposible que estuviera casado con la hermana de mi novio. Casi siempre que la veía, me daban ganas de gritarle que su marido era horrible. ¿Cómo no se daba cuenta? ¿En qué estaba pensando? Hay millones de hombres en este mundo, el mundo está literalmente lleno de hombres, pero este, este… Sin embargo, dadas las circunstancias, me callaba.

Pese a todo, no decía nada.

Me caía bien la familia de mi novio. Sus padres, es decir, su madre y su padre, eran vascos. Tenía una madrastra, que era muy simpática. Tenía una madrastra porque su madre había fallecido hacía tanto tiempo que apenas quedaba rastro de ella en la casa ni en sus conversaciones. Apenas quedaba rastro de ella, salvo esa vez que, mientras limpiaba la sala, Aitor enrolló la alfombra y una mancha de sangre quedó al descubierto en la cara inferior. Me contó que, cuando su esposa se estaba muriendo, se le cayó todo el pelo y el

cráneo le quedó cubierto nada más que de piel desnuda, desprotegido; que había tropezado al levantarse de la silla y se había abierto la cabeza por la fuerza de la caída, y que, aunque había conseguido quitar la sangre de las fibras de la alfombra, nunca había podido eliminar la mancha de debajo. No quedaba ningún rastro de ella salvo que estaba allí, en mi novio, en sus hermanas, en su hermano mayor… Después de muchos años, la encontré como un científico encuentra un agujero negro: allí estaba, en la ausencia; allí estaba, en el centro. Ella era la razón de que los demás se comportasen como lo hacían.

En la época de la que hablo, la familia de mi novio era así: su hermano mayor se había ido, hacía mucho tiempo, a Estados Unidos; su hermana mayor, Berezi, estaba casada, pero solía estar presente; su hermana pequeña, Lur, tenía catorce años y era pequeña para su edad; su madrastra y su padre eran, diría yo, agradables y afables; él y yo teníamos veinte años y estudiábamos en la universidad, pero seguíamos viviendo en casa de nuestros padres.

Pasábamos mucho tiempo en su casa porque se estaba bien allí. Su familia cenaba como no habría imaginado que cenara nadie: si estaba oscuro, encendían velas; si había luz, comían fuera; colocaban bandejas con cucharas para servir y se pasaban el pan. Después les gustaba sentarse un rato al fresco, en el porche, y decir cosas bonitas de la luna. Era muy relajante.

No digo que mi novio o su familia lo dieran por sentado, pero no creo que supieran lo raro que era que una familia fuese tranquila y se pasara el pan. Un día, Berezi me dijo que llevara a mi madre, pues su hermano y yo ya hacía mucho que salíamos juntos. Pasas aquí mucho tiempo y te conocemos muy bien, eso es lo que dijeron, ¡ya deberíamos conocerla! ¡No es ninguna molestia!

En realidad, se lo pedí a mi madre con la certeza de que se negaría. Le envié un mensaje de texto. Decía: No querrás cenar con la familia

de mi novio, ¿verdad? Redacté el mensaje con cuidado para que le resultara lo más fácil posible responder: No. Lo hice conscientemente; redacté tres borradores antes. Ella respondió al cabo de unos veinte minutos. Dime qué día me tomaré la tarde libre en el trabajo, escribió.

Así que la llevé.

Me dolía que hubiese ido, me dolía que hiciera eso por mí. Se sentó a la mesa, encogida, retorciéndose por el esfuerzo. Fue al baño tres veces. Dudaba al pasar los platos, como si temiese que en cualquier momento alguien fuera a decirle: ¡Deja eso, cómo te atreves a cogerlo! No sabía qué hacer con los platos, así que, poco a poco, la gente dejó de pasarlos y la comida se volvió estática.

Intentaron entablar conversación. No fluía. Cuando Aitor, el padre de mi novio, le preguntó algo, respondió contando que, de niña, encontró una liebre casi muerta y corrió a buscar a los vecinos, quienes llamaron a un veterinario que dijo que solo cabía sacrificarla, y que al ver que los vecinos se negaban a ayudarla, se echó a llorar mientras miraba al pobre animalito agonizante y decidía si era lo bastante valiente para acabar con su sufrimiento.

Se hizo un silencio terrible cuando mi madre terminó de hablar. Estaba a punto de echarse a llorar y se llevaba la mano a la garganta como si fuese a vomitar.

La velada ya no remontó.

Mi madre estaba avergonzada. Se daba cuenta. Lur quitó la mesa y nos sentamos fuera, en el porche. Mi madre intentó irse, pero, como gesto caritativo, Berezi no permitió que se marchara hasta que ella y mi madre hubiesen podido mantener una conversación normal.

Yo conocía a Berezi. Estaba segura de que lo hacía para que, cuando mi madre y yo estuviésemos lejos de su familia, pudiéramos recordar

ese único momento de normalidad y convencernos de que todo había ido bien, de que todos lo habíamos hecho bien.

Pero mi madre estaba desesperada por irse. Su piel tenía una extraña tonalidad gris. Ella y yo nunca comíamos juntas. No paraba de llevarse las manos a la garganta, a la cara. Nunca compartíamos sobremesa ni conversaciones. Aquello era un acto caritativo por parte de Berezi. Vi que mi madre estaba llegando al límite de sus fuerzas. Después de intentarlo con media docena de temas, Berezi empezó a hablar de la lengua vasca. Uno de sus abuelos maternos era monolingüe, solo hablaba euskera, decía. Mi madre apenas parecía consciente más allá de su tez gris. La chiquitina, decía Berezi, se llama Ihintza.

El marido de Berezi apareció en el porche jugueteando con las llaves del coche. Su madrastra empezó a pronunciar una frase de bienvenida, pero él la interrumpió. Hora de irse, dijo.

Me pareció que entonces reparaba en el entusiasmo de Berezi. Sigue, anda, le dijo, con un tono que nos dio a entender que mejor que no siguiera. Eres como un puto disco rayado, Berezi, le dijo su marido. Me pareció que pronunciaba mal su nombre. Intenté no escucharlo. Me senté como mi madre, temblando. Me moví como había hecho su perro cuando él entró: di un respingo, intenté alejarme. Berezi se levantó. Se marcharon.

Volví andando a casa con mi madre, sin nada reconfortante que decirle. En cuanto entramos, vomitó en el fregadero. Estaba tan estresada que creo que se desmayó y no guardó ningún recuerdo, porque después de esa noche, cuando le mencionaba a mi novio, parecía tan ausente como siempre.

Supe que debía mantenerme alejada durante unos días para darle a la familia de mi novio tiempo de recuperarse, pero me hacían falta esas veladas, esas sillas en el porche, las charlas sobre la luna.

A veces me preguntaban por mi madre, no por cortesía, sino con auténtica preocupación. No tenía mucho que contarles. Era un misterio para mí, al igual que lo era para sí misma.

Mi novio nunca preguntaba por ella. Creo que cuando encontraba a alguien cuyas acciones o cuyo comportamiento le resultaban angustiosos, fingía no darse cuenta: nunca preguntaba por mi madre y nunca mencionaba al marido de Berezi, ni una sola vez desde que pegó al perro en el lago.

A veces me parecía que echaba de menos a la madre de mi novio. A saber por qué. No la había conocido. Mi novio no hablaba de ella. Berezi me enseñó fotos un día que la casa estaba tranquila. Ella y su hermano mayor habían nacido antes; mi novio y Lur habían nacido después de mudarse aquí. Vi lo guapa que era su madre. La veía en la cara de mi novio. Creía oírla cuando Berezi hablaba. Berezi echaba de menos el euskera. Leía sobre su folclore. Habló de eso en el porche y Aitor negó con la cabeza. Los vascos se llaman euskaldunak, que significa «hablantes de euskera», dijo Berezi. Viven desde siempre en su tierra, Euskal Herria. El mundo es una diosa llamada Amalur. Todas las mañanas, da a luz al Sol. Todas las noches, el Sol regresa a su vientre atravesando los mares rojos que hay bajo la Tierra. Todas las noches, Amalur da a luz a la Luna. Es un ciclo sin fin. Esto es el mundo.

Me parecía oír a su madre.

A mi novio no le gustaba escuchar. Creo que pensaba mucho en su hermano, el que vivía en Estados Unidos. Es solo una suposición. Él nunca me lo habría dicho. Creo que quizá no le gustaba pensar en cómo eran las cosas antes. A lo mejor no recordaba el idioma tan bien como debería; hacía muchos años que no lo hablaban todos juntos. A veces mi novio estaba presente cuando Aitor contaba historias: el euskera estaba prohibido, era ilegal ponerle a tu hijo un nombre vasco, era ilegal enseñar el idioma o aprenderlo, y nos multaban, decía Aitor, nos multaban por hablarlo, por hablar nuestra

propia lengua en nuestra propia tierra, el Gobierno lo eliminó hasta de las tumbas; a veces mi novio estaba ahí, pero, cuando lo miraba, veía su expresión. Veía reflejada en su cara la luz del móvil que sostenía en la palma de la mano. Sabía que él no quería saber.

Berezi tuvo otra niña, un año después de la primera. Le pusieron Xixili. Cuando el bebé necesitó unas vacunas, Berezi nos dejó a Ihintza. Ihintza nos conocía muy bien. Estaba a gusto con nosotros. Solo teníamos que cuidarla hasta que Berezi volviese a buscarla.

Pero Berezi no vino. El que apareció fue su marido. Entró en la cocina y la pequeña empezó a ponerse nerviosa y a corretear por las baldosas. Mi novio carraspeó. Ihintza corría lo mejor que podía.

¡Ya basta!, le gritó el marido de Berezi a su hija. ¡Para ya! ¡Cállate!

Gritó a pleno pulmón.

Y, luego, el marido de Berezi le gritó al bebé cosas horribles, cosas de adultos.

La pequeña dejó de moverse. Se quedó muy quieta.

Yo odiaba a ese hombre.

Mi novio empezó a hablar con él. Creo que esperaba que así dejara de gritarle al bebé, pero aquello me pareció aborrecible en cualquier caso. Todo me lo parecía. Mi novio y yo nos quedamos allí plantados y nos odié, a los dos, porque sabíamos quién era él, sabíamos lo que pasaría, lo sabíamos desde la primera vez que lo vimos pegar a su perro. Pero, al menos entonces, mi novio había dicho: No soporto cuando hace eso. Esta vez no dijo nada. El marido de Berezi se marchó, nosotros dos nos quedamos en la cocina, y comprendí, supe, que él nunca lo reconocería. Creo que aquello le sobrepasaba.

Hablo de una época en la que yo siempre estaba en casa de mi novio. Era como si lo conociese desde siempre. Una noche, durante la cena, Berezi estaba emocionada porque se había unido a un grupo que quedaba tres veces a la semana por Zoom para hablar en euskera; es una lengua aislada, sin relación con ninguna otra. Mi novio estaba recogiendo los platos y su madrastra ya salía al porche. En aquel entonces éramos algo mayores, pero solo un poco. Berezi tenía dos bebés; Lur tenía quince años y hacía que el perro de Berezi diese vueltas y se levantara sobre las patas traseras para pedir comida; su madrastra llevaba ya cinco cigarrillos de recaída y nosotros intentábamos disuadirla: piensa en las flemas, piensa en la tos. No hacía calor en la parte de atrás. Rara vez lo hacía. Incluso los días cálidos se volvían fríos porque entonces no había nubes que retuvieran el calor. Nos sentamos fuera, había varias mantas y todo estaba en silencio, así que mi novio sacó un altavoz y puso música en el móvil. Su padre dijo: Ese es mi chico, refiriéndose a la música que había elegido, y mi novio se alegró muchísimo. Bajó la vista a sus manos.

En una pausa entre canciones, Aitor dijo que oía búhos.

Yo no me había dado cuenta, pero su hermana pequeña se había sentado a mi lado y, mientras mi novio entraba para buscar un altavoz, me dijo: ¿Puedo añadirte en Snapchat?

Se llamaba Lur. Era menor que él y no hablaba mucho cuando yo estaba en su casa. Llevaba gafas moradas y aparatos morados en los dientes, como una niña de la que yo hacía de canguro. Me dijeron que había estado muy unida a su madre, a la que por lo visto se parecía mucho. Lur era el vivo retrato de su madre cuando era pequeña; se le notaba en la cara y en sus dientecitos. A veces su familia se equivocaba y la llamaban Maritxu en lugar de Lur.

Lur me dijo esa noche: ¿Puedo añadirte en Snapchat?

En realidad dijo: ¿Por favor?

No dije nada. Como estábamos la una al lado de la otra, pero las dos mirábamos hacia delante, me sentí como los espías de esas películas británicas que se sientan espalda contra espalda en un parque. Cuando Aitor los oyó, exclamó algo sobre los búhos. Me había contado que Lur era así de menuda porque Maritxu había muerto. Estaban conectadas. Era algo en lo que él creía de verdad. Berezi tenía a Ihintza en las rodillas. Señalaba la luna, recién nacida.

Vale, dije.

Lur se retiró temprano. Dijo que estaba cansada. Mientras me marchaba fui alejándome de su conexión wifi, pero para entonces tenía ya tres notificaciones de Snapchat esperándome. No las abrí hasta llegar a mi casa, en la cocina, con el hervidor puesto.

Decían así:

Hola soy lur

Igual t parecera raro pero tengo q hablar ctigo

Estoy embarazada podemos hablar

No sé por qué, pero me entraron ganas de llorar sin parar. Quizá tendríais que haberla conocido entonces. Lur era tan chiquita, con sus gafas y su aparato dental… Su madre había muerto y la echaba mucho de menos, era callada incluso con sus hermanos; Berezi tenía hijos, pero su marido les gritaba, y ahí estaba ella, enviándome mensajes por aquella aplicación para que no quedara rastro, para que los mensajes desaparecieran... Me partió el alma, me quedé en la cocina, inmóvil.

Le dije:

Claro que sí Lur, puedes hablar conmigo d lo q sea

Lo sabe tu familia?

Al cabo de tres o cuatro horas, mi madre entró en la cocina. Se sobresaltó al verme. Gritó y casi se cae de espaldas. Luego dijo, con ojos lagrimosos: ¿Qué coño haces aquí? Vivo aquí, le respondí, aunque en realidad sabía a qué se refería. ¿Por qué estás en la cocina a estas horas de la noche? ¿Por qué no estás durmiendo, como siempre?

Le dije que no podía dormir, aunque en realidad ni lo había intentado.

Mi madre puso agua a hervir.

No sé cuánto tiempo llevaba Lur guardando su secreto, pero en cuanto vi a mi madre supe que se lo contaría en cuestión de minutos. No sé muy bien por qué. No teníamos una relación cercana. No hablábamos, no comíamos juntas, no nos dábamos las buenas noches antes de acostarnos. Compartíamos la sensación de haber sobrevivido a personas terribles, pero el alivio no bastaba para crear un vínculo. Vivíamos nuestra vida a una distancia considerable. Le dije: ¿Puedo contarte algo?

A veces mi madre hacía como si fuera sorda. No se volvió.

¿Puedo contarte algo, un secreto?

Se sirvió agua caliente. Dijo: Si quieres.

La hermana pequeña de mi novio me ha dicho que está embarazada.

Mi madre dijo que estaba cansada. Me dijo que debería acostarme.

La siguiente noche que fui a su casa, no vi a Lur. Berezi estaba allí con sus bebés, que comían con las manos. Aitor los adoraba, a veces les hacía preguntas en euskera. Esa noche, en el porche, los

búhos se oían claramente, y su madrastra sacó un vino dulce sin abrir que había encontrado. Dijo que estaría malísimo, pero al menos era vino. Todos lo tomamos en copas diminutas. Era una mezcla de vinagre y miel. Aitor nos contó cosas de los búhos. Yo estaba adormilada, con la espalda apoyada en la silla. Berezi me pasó al bebé que se llamaba Xixili, su cuerpecito pesado por el sueño, y dijo: Chicas, podéis dormir la siesta juntas. Casi me había dormido con la boca abierta; mi novio siempre me hacía muecas cuando me despertaba de golpe. Pero seguía escuchando. Pensé en los dioses: la Tierra, el Sol, la Luna. Xixili respiraba, adentro y afuera, en mi regazo. Las lenguas nativas son valiosas, dijo su madrastra. Sí, dijo Aitor. Yo creo en lo que decía Musa Anter, dijo Berezi: Si mi lengua materna sacude los cimientos de tu Estado, probablemente signifique que has construido tu Estado en mi tierra.

Antes de irme, pregunté: ¿Dónde está Lur?

Mi novio se encogió de hombros. Tiene casi dieciséis años, dijo.

Creo que está arriba, durmiendo, dijo Aitor. Últimamente está cansada. La adolescencia no es fácil.

Cuando volví a casa, mi madre no estaba.

Tenía cuatro mensajes en Snapchat que decían lo siguiente:

No lo sabe nadie

No se lo digas

L siento si t parece raro

Es q pense q tenia q decirselo a alguien y tu siempre

estas

Sonó mi alarma, pero me quedé acostada, durmiendo. Quería soñar algo ligero, esos sueños que se ven como películas en los párpados cuando la habitación está iluminada pero todavía dormimos; de esa forma imprecisa y luminosa soñé que alguien me quería. La sensación tiñó el resto del día.

Mi madre había salido.

Me senté en la cocina.

Me costó responder a los mensajes de Lur. No sabía cómo ser su amiga. Le preguntaba cosas como lo haría una enfermera. No sabía quién era, cómo hablarle. Las pausas entre sus respuestas consumieron mi día.

Lur quería quedar. Quería ir a una cafetería. Me pidió que fuera a la barra a pedir por las dos porque decía que al pedir se le trababa la lengua. Se la veía bien. Llevaba el pelo (oscuro y rizado) recogido con unos clips morados. Se quitó las gafas un momento porque el café estaba tan caliente que se le empañaban.

¿Cómo estás?, le pregunté con voz suave, como una enfermera.

Estoy confundida, dijo Lur. Tengo sueño. Pero no tengo miedo.

Es muy joven, pensé. Ni siquiera había terminado el instituto.

Lur preguntó: ¿Crees que debería contárselo?

Pensé en mi novio. Dije: No lo sé.

Quería saber si Lur recordaba lo que Berezi había dicho, que el mundo es una madre. Me imaginé a su madre, imaginé que tomaba la manita de Lur y le decía: El Sol es el bebé de la Tierra, renace todos los días. Cuando miraba a Lur, pensaba una y otra vez que era pequeña, demasiado pequeña. Sabía que su familia creía que Lur se había atrofiado por la pena.

Vivíamos en un lugar pequeño. Mi novio me llamó por teléfono. Me dijo: ¿Por qué has ido a tomar café con mi hermana pequeña? Tiene quince años.

Mentí. Le dije: Tu hermana y yo, creo que somos amigas.

A veces, en su casa, donde todo era ligero y fácil, a veces las cosas iban tan bien que me sentía como si estuviera flotando, todo iba tan bien que era como un paraíso: eran pequeños detalles, era estar en el porche cuando todos reían llenos de alegría, con una luna reluciente y las plantas en flor, cuando mi novio sacaba su altavoz y ponía música, y yo sentía en el pecho, en el corazón, cuánto me gustaba vivir, cuánto me gustaba estar viva. A veces, en su casa, sentía eso: pura euforia.

Así que quizá ya llevaba un tiempo sabiendo que quería a la familia de mi novio y no a él. Mi novio me gustaba mucho: guapo, tranquilo, nunca levantaba la voz, pero era tan solo una de las piezas de esa familia que adoraba. Era a toda su familia a quien yo quería.

No funcionábamos sin su familia, esa era la verdad.

Mi madre había salido y llamé a mi novio para invitarlo a casa. Le dije que prepararía la cena. Nos sentamos en la cocina y la cagué preparando la pasta, y él fue a poner la mesa pero no había nada, solo unos tenedores y unos platos pequeños. Puso música en el móvil y no sonaba bien. Mientras comíamos, lo vi mirando a su alrededor y parecía una fotocopia de sí mismo: pálido, difuso.

Hablé solo porque el ruido de la música me estaba poniendo nerviosa. Le dije: ¿No te estresa ver lo rápido que crecen Ihintza y Xixili? Crecen tan deprisa que da miedo, no paran de crecer y crecer… Es que he leído que los primeros tres años son cruciales, que marcan a una persona de por vida, que todo se forma en esos primeros treinta y seis meses de vida…, que te condicionan, y creo que es muy triste… Las escuelas de aquí son todo asfalto y los niños se pasan el día entero dentro, sentaos y callad, vestid como os

decimos, cortaos el pelo como os decimos… Y encima, cuando llegan a casa, tienen más tonterías que hacer… Supongo que odio la escuela, al menos las de aquí… ¿Te has leído el enlace que te envié de Forever Chemicals?, decía que acabaremos todos muertos, que la infertilidad podría ser total para 2045, lo digo en serio… ¡El plástico está en el agua, en la comida, en nuestra sangre!

Mi novio dijo que no tenía hambre. Así de mala estaba la comida.

Lur me mandó un mensaje y volvimos a vernos en la cafetería. Fui a pedir las bebidas. Ella dobló una pierna y se sentó encima de la rodilla. Todo va bien, me dijo, estoy ilusionada. Por eso te lo conté. Es que no paro de darle vueltas, y se me ocurrió que tenía que contárselo a alguien y así poder decirlo en voz alta.

Lur quería que fuese niña para llamarla Maritxu. Eso era importante. Se suponía que ella debía estar preocupada y yo tranquilizarla, pero la encontré feliz —preparada, dijo— y sentí que el miedo me brotaba de la boca como saliva. No podía dejar de hablar. Le conté lo que había visto, lo que había leído. Hay gente que muere al dar a luz, le dije. Incluso aquí, incluso ahora, la gente muere al parir. Mi cabeza no paraba, no podía dejar de pensar y pensar. Quienquiera que seas, alguien te parió. Creciste en las oscuras aguas de un vientre, de un cuerpo, fuiste a todas partes con alguien durante casi un año, tu forma estaba cubierta por su piel, sus órganos, su ropa. Recordé lo que había dicho Berezi de su antigua religión, el Sol y la Luna, bebés que nacían cada mañana y cada noche.

Le dije: Lur, ¿duermes bien por la noche?

Ella respondió: Chica, ¿tú sí?

En realidad no.

Solo tenía sueños ligeros y etéreos. No me llenaban.

Me dijo que esperaba que el bebé fuese una niña para llamarla Maritxu. A lo mejor quedaba raro en una recién nacida, dijo, pero ya crecería, como había crecido su madre.

Yo no dejaba de pensar. Seas quien seas, aquí es donde empezaste.

Vi a mi madre, un momento. Se había quedado sin trabajo. Habían pasado varias semanas y no tenía mensajes nuevos de Lur (dejaron de llegar como habían empezado: una noche sí, otra no). Mi madre dijo: He pensado en lo que me contaste de la hermana de tu novio. Mientras estaba dando a luz, no dejaron de decirme: Has esperado demasiado, es muy difícil, deberías haberte quedado embarazada cuando eras mucho mucho más joven.

Le dije: ¿Se les permite decir cosas así?

Mi madre estaba cansada. Dijo: No puse ninguna queja.

No se encontraba bien. No podía dejarla sola. Sabía que todo se estaba desmoronando.

La siguiente vez que vi a mi novio, tomamos algo en una cafetería y luego paseamos por un parque. Me miró y sentí que se preguntaba cómo había llegado a conocerme. Cuando me dijo que tenía que decirme algo pensé que iba a romper conmigo, pero lo que me dijo fue que su hermana pequeña estaba embarazada.

¿Lur?, le pregunté, sorprendida de que lo supiera.

Luego rompió conmigo. Unas horas más tarde. Me di cuenta de que lo había estado pensando, de que intentaba ver si yo estaba bien antes de decírmelo. Me estaba evaluando. No discutimos.

Yo sabía que él sabía que yo quería a toda su familia.

Supe, ya entonces, que los echaría de menos el resto de mi vida.

Me resultó difícil. Me costó un poco vivir. Imaginaos: no más cenas, no más sobremesas. Metida en el piso con mi madre, que no se levantaba de la cama. No había voces, no había comida, no había música. Intenté soñar con las sillas del porche, pero no era algo que estuviera en mi mano. Lo único que tenía era ese piso con mi madre dentro. Me sentaba en la cocina y nunca entraba nadie. Me sentaba sola y reflexionaba al respecto. Quería saber: ¿pensaban en mí? Yo pensaba en Lur. A veces me quedaba mirando el espacio en el que había habitado nuestra conversación, todas nuestras palabras y sus huellas invisibles. Quise enviarle un mensaje, pero no fui capaz.

Vi a Berezi unos cinco meses después. Estaba con Xixili, la niña tenía el pelo oscuro y rizado recogido en dos coletas. Charlamos un buen rato. Por su forma de hablar, por cómo me decía que descansara, que siguiera adelante, pensé que quizá me echaba de menos. Charlamos bastante rato, hasta que mencionó a su marido. Ahí tuve que dejarla, porque su nombre me causaba dolor. Le dije que tenía prisa y volví a casa con mi madre. La encontré en su habitación. Tenía los ojos muy cerrados. Molesta conmigo y con ella, le hablé sin rodeos, pero supe por su respiración que la estaba haciendo sentir peor, así que me fui. Me senté en la cocina hasta la mañana siguiente.

Sí, aquello era un duelo. Un duelo por la persona que podría haber sido.

Echaba de menos a mi madre.

Desde que yo era adolescente, mi madre me daba de sí los zapatos. Insistía en hacerlo. La había visto con los pies sangrando. Se ponía mis zapatos justo hasta que se ablandaban, para que nunca me hicieran daño a mí.

Mary

I

Estás aquí porque Christy es amable. Le dijiste que te habías quedado sin trabajo y él dijo, al momento, que son todos unos cabrones, que no te merecen y que estarán perdidos sin ti, lo que hizo que, por una noche, sintieras que tal vez fuera verdad. Te dice que no pasa nada, que eso es lo bueno de su trabajo: como hace traslados, servicios de taxi y repartos nocturnos de comida a domicilio (en efectivo), puede trabajar tantas horas como quiera, todas las horas que haga falta. Estás aquí porque después, al cabo de cuatro días, te dice que no sales mucho. Y dos días más tarde empieza a hablarte de un tío suyo que hizo un curso de escritura creativa en el salón parroquial presbiteriano. Parece que vuelve a estar en marcha, dice. «Y te hará bien salir de casa, ¿verdad, cariño?» Eso es lo que dice.

Vas a las clases. Vas todos los martes durante tres semanas seguidas, coges un bus de ida y un bus de vuelta. Te sientas en la silla plegable del salón parroquial y no dices nada y lo pasas mal porque los demás ya han hecho juntos ese mismo curso el verano anterior; el primer martes, la persona que imparte las clases se sabe todos los nombres menos el tuyo. Lo pasas mal porque, en los descansos, hablan de gente que es imposible que conozcas y te miran, si es que te miran, como si no fueses más que una desconocida cualquiera, como si no hubieses escuchado sus relatos, como si no recordaras lo que han escrito, lo que significa. Los miras y piensas: ¿cómo podéis ser tan rancios? Me lo habéis contado todo. Ya somos amigos.

Piensas, casi constantemente, en el trabajo que has perdido. Te viene a ráfagas, tanto el pánico aplastante y abrumador como algo más afilado, más bochornoso, algo como resquemor, soledad o pena. Las personas con las que trabajabas te compraron una tarta de cumpleaños. Todas habían firmado una tarjeta de felicitación.

Coges el autobús y, casi todas las semanas, ves a la misma niña. La ves hoy (martes; semana 4). Reparas de forma repentina, violenta: es la misma niña, siempre. Todos saben su nombre. Lo ves así: hay una niña en la parte delantera y la llaman por su nombre. Al llegar a una parada, la niña acompaña a una pareja a la puerta del autobús. «Adiós, Mary», le dice la pareja al apearse. Te das cuenta de que la niña ha estado ahí todas las semanas. «Buenas noches, querida», le dicen.

Quieres escribir sobre ella en tu clase. Es una sensación que casi te desborda. Vas al salón parroquial presbiteriano, te sientas en tu silla plegable y, cuando la persona que imparte las clases (profe, dicen) pregunta: «¿Quién quiere hablarnos de su proyecto?», tú respondes: «Yo». Eso te hace sentir bien. Sientes que los demás vuelven la cabeza para mirarte, que les ha impresionado tu forma de pronunciar esas palabras. Dices:

—Yo. Tengo una idea sobre una niña, en un tren o en un autobús. Que puede que esté ahí siempre.

—¿Qué quieres decir? —pregunta tu profe.

Entonces sientes pánico. El suelo, la silla empiezan a desvanecerse. Te duele la cara. ¿Por qué me odiáis?, piensas. Quieres decirles: Tendríais que verla, aún no puedo expresarlo con palabras. Pero no puedes admitir que la niña es real. Es una clase de escritura creativa. Hay que inventárselo todo. No puedes decir que acabas de verla. No puedes decir: Unas mujeres de mediana edad han subido al autobús y supongo que están acostumbradas a viajar con niños porque han dicho: «Dos billetes de adulto, por favor», y la niña que

estaba allí, justo delante, al oírlas ha soltado: «¡No me digas!», y todos en el bus se han echado a reír; y te has sentido como si hubieras entrado sin permiso, colándote, como si estuvieras en un sitio donde no tenías derecho a estar, y has sentido dolor, casi nostalgia, al escuchar las risas. No puedes decir: Esa niña estaba en mi autobús, acabo de verla. Se ha bajado en la parada más cercana al instituto y ha corrido hasta una freiduría que se llama Taste of Peking y se ha comprado algo en una bolsa de papel que humeaba cuando la ha abierto de vuelta a su asiento, con el papel transparente por la grasa, y el autobús la ha esperado, todos la hemos esperado, todos la hemos visto correr.

Dices, dices:

—Es solo una imagen, por ahora.

Haces los ejercicios que te piden, utilizas una moneda de dos peniques como estímulo creativo. En el descanso, oyes que alguien comenta que su abuela, que en paz descanse, creía con todo su ser que la tierra es el infierno, que esta vida es sufrimiento, que es la condenación.

—Así que me estoy planteando hacer algo con eso —dice.

Echas mucho de menos a Christy. Está muerto de cansancio, los dos lo sabéis. Le gusta dejarte mensajes de voz. A ti te gusta escucharlos. Esta semana te deja uno que dice: Joder, es solo un capítulo, verdad, cariño, y nunca dejarías una película a la mitad y dirías: Hostia, esta película es demasiado bestia, seguirías viéndola, aunque, bueno, algunas personas sí que paran, ya, pero…

Estás aquí por él. Estás aquí para que él te diga: «No hay mal que por bien no venga» sobre el trabajo perdido y para que pueda decir cosas bonitas sobre tu futuro como escritora, sobre lo feliz que le hace que salgas de casa. En la semana 2, antes de empezar la clase,

tu profe te preguntó dónde trabajabas y si estabas casada, y solo respondiste a la segunda pregunta porque hablar de Christy ya hace que sientas una oleada de alivio, de paz, de consuelo, y le cuentas que lo conociste cuando eras muy joven, cuando tenías catorce años, cuando te ponías la ropa de tus amigas para salir y, un día que saliste, ahí, en un jardín, en el jardín de a saber quién, había unos chicos apiñados y uno que estaba de espaldas parecía que se estaba besando con alguien, veías unas manos recorriéndole la espalda, y te quedaste mirando hasta que él se dio la vuelta, bajó las manos y resultó que no había nadie más, y entonces comprendiste que era una broma, que eran sus propias manos las que le acariciaban la espalda. «Christy…», dijo tu amiga, alguien que lo conocía. Y Christy sonrió enseñando los dientes, que brillaron en el crepúsculo astronómico. «Hola, ¿qué hay?», dijo él.

II

En la semana 7, tu profe dice despacio:

—Me parece que no acaba de funcionar. Lo que hay que decidir es: ¿es un personaje, esta niña? Y luego tienes que desarrollarla. ¿O es un símbolo? ¿Es una metáfora? Tienes que decidir qué estás haciendo. Es que… no te noto segura de ti misma.

Ves a Christy el miércoles por la noche. Lo ves y piensas que te encanta hasta el blanco de sus ojos, que reconocerías cada célula de su cuerpo; para ti, todas llevarían su nombre. Te cuenta que ese día ha hecho una carrera estupenda, una carrera increíble; se ha sacado…, y te lo dice: trescientas ochenta y cuatro libras.

Es una locura.

Lo dices, dices: «¿Qué? ¿Cómo?», y él te sonríe.

Dice: «¡Este día vale por mil!».

Te ha comprado cosas de camino a casa: un chocolate que no os podéis permitir desde hace dos meses, vino y carne, carne de la buena. Pone las cosas sobre la mesa, sonriendo sin parar. Tú dices: «No lo entiendo». Él dice: «Es algo bueno, cariño. Todo va bien». Sientes una felicidad que te oprime el pecho. Él canta en broma, con voz temblorosa: «Things can only get better!». Te abraza, con la piel cálida y el vello erizado. Canta ese estribillo cuatro veces en total. Te mece siguiendo el ritmo. Things! Can only get! BETTER! La última vez, da un puñetazo al aire.

Llama a los restaurantes de comida para llevar para los que trabaja y dice que está enfermo, que esa noche no puede ir. Te sonríe al hablar mientras tose. Esa noche cocina él. El olor es tan delicioso que apenas puedes soportarlo. Abres el vino. Abres el chocolate. Te repites a ti misma: no lo entiendo, pero lo dices con felicidad, con asombro. Te descubres enumerando adjetivos para describir esos alimentos; es por la clase de escritura, su ancla ha empezado a hundirse en el limo de tu cerebro. Ligero, piensas. Melódico. El vino, dirías, baila. Él coge un poco de chocolate y vuelve a la sartén. Gime. Dice: «Dios, qué rico». Al comer el chocolate, le dirías a tu profe, te sientes rescatada. Quizá sea una frase mala, piensas; quizá sea mala escritura. Pero no te da vergüenza.

En la mesa, él habla sobre otros días. Le miras la cara, te fijas en el contorno de su persona. Te comes la comida. Te bebes el vino. Llevas dos meses sin beber y se te sube a la cabeza. Piensas en frases de tres palabras una y otra vez, cosas como: Por fin juntos. Cosas como: Tú y yo. Él habla sobre otros días y de pronto caes en la cuenta de que hace mucho que no lo oyes hablar así. Nunca hay tiempo. Y sientes tristeza por las noches que podríais haber pasado juntos pero que no se han dado desde que perdiste el trabajo.

Cuánto te añoro.

Se lo dices. Es como si escociera. Él dice:

—Es un buen día, cariño. Disfrutémoslo.

Habéis acabado de cenar, pero seguís sentados, bebiendo. Christy dice:

—En cuanto a la carrera de hoy, me han llamado a primera hora de la mañana, tempranísimo: ¿puedes llevar a este hombre a la otra punta del país?

Endereza la espalda en la silla.

Quizá se siente como una especie de cazador-recolector, dice el vino. Ha ido lejos, ha vuelto, os lo habéis comido todo juntos. Te das cuenta de que estás borracha.

—La primera sorpresa ha sido que, cuando llego a la dirección de recogida, no hay ningún hombre, sino tres chicas. Son jóvenes, llevan maletas y, literalmente, quieren ir de aquí allá, de punta a punta. —Mueve los dedos en el aire para mostrar la distancia. Imagina el país, da a entender, extendiendo sus manos curtidas. Van a recorrer la mayor distancia posible—. Me indican que sea estricto en cuanto al pago y demás porque es un buen trecho, ¿sabes? Cómo van a pagar, esa es la cuestión. Pues bueno, no te imaginas la cantidad de dinero que llevan encima. Llamo al chico de la centralita porque me habían dicho que recogería a un hombre y le digo: Mira, son unas chicas, unas adolescentes, de veintipocos como mucho, ¿va bien? Y él me dice: Claro, si son ellas las que quieren ir, seguramente su padre o quien sea les haya reservado el trayecto, ¿no? Pues ya está, les digo que suban y nos ponemos en marcha.

Es una historia larga. Es un día largo. El viaje dura unas cinco horas. Paran en dos gasolineras para que ellas puedan ir al baño. Las chicas, las mujeres, hablan entre sí, pero no en un idioma que Christy conozca. Pone música y ellas bailan en la parte de atrás con los típicos movimientos que, según él, hacíamos en los bailes de la

escuela, como el pez grande y el pez pequeño o el de dar de comer a los patos, y le invitan a un café en una de las paradas con parte del dinero que tienen. Al cabo de unas tres horas ocurre algo muy extraño, cuenta Christy. Una de las chicas recibe una llamada y pone el móvil en altavoz para que las otras puedan oírlo.

—¿Dónde coño estáis? —grita un hombre.

Las chicas se ponen tensas. Le preguntan a Christy. Christy les da el nombre de la ciudad más cercana.

—Llegáis tarde, joder —grita el hombre, un hombre mayor que está furioso—. Ya lleváis retraso y llegaréis más tarde aún. Más os vale estar aquí en menos de tres horas o vamos a tener problemas, ¿me entendéis? Problemas muy muy gordos.

El ambiente en el coche se enturbia después de eso.

Christy dice que les preguntó: «¿Quién era ese?». Las chicas se miran entre ellas y una responde: «Amigo». Dice que preguntó: «¿Y para qué vais hasta allí?», y la misma chica responde con firmeza: «Concurso de belleza». Y él: «¿Un concurso de belleza que empieza a esta hora, un miércoles en una ciudad portuaria?». La chica dice: «Concurso de belleza». Y añade: «Rápido, por favor».

Lo repite a intervalos, con un tono que la hace parecer asustada. «Coche, Christy. Rápido, por favor.»

Miras a Christy. Él no te mira. Mira la mesa, la pared. Dice:

—Yo las habría llevado a la comisaría o al aeropuerto, a cualquier lugar que me hubieran pedido. Pero no me lo pidieron.

Te das cuenta de que está confesando.

—Las habría ayudado —repite.

Pero ¿cómo puede decir eso? Porque no las ha ayudado. Siguió conduciendo hasta que paró.

Más tarde, él te dice, te susurra:

—¿Estás enfadada conmigo?

La pregunta te remueve por dentro. Notas la distancia que da la bebida. Estás en un lugar más profundo dentro de tu cuerpo. Sientes su mano sobre tu piel. Dices «te quiero» porque sientes que necesitas decirlo mientras aún puedas, mientras aún sea verdad. Sientes el calor del odio dentro de ti, una quemadura de repugnancia. ¿Cómo es que estás aquí?, piensas. ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Cómo es posible que él no sea bueno?

No duermes. Te levantas y te sientas en el baño con las luces apagadas porque hacen demasiado ruido cuando están encendidas. Pero así son los hombres, dice el vino. Los malos son malos y los buenos son pasivos. Él no les habría hecho daño a esas chicas, lo sabes, eso es cierto, pero ha contribuido a que otros se lo hagan. Él no te haría daño, pero quizá no impediría que otro te lo hiciera. No dice que lo lamenta porque realmente no cree que haya hecho nada malo.

Así que él no puede ser valiente. ¿Debería odiarlo por eso?, te dices.

Ese jueves coges el autobús que pasa por la iglesia presbiteriana, aunque no hay clase. Es jueves, no martes. Te sientas en la parte de atrás y luego decides ir a sentarte arriba para contemplar las calles y las casas desde lo alto. Mary está en la escalera, balanceándose en la barandilla. El autobús avanza deprisa, pero ella se columpia igualmente en cada curva; se cuelga en el aire, con los brazos estirados. No tendrá más de nueve años. Recuerdas tus nueve años: recuerdas creer que tu madre, cuando la veías, podía hacer magia de verdad; recuerdas a la niña que llegó a tu clase desde una escuela de Londres y os dijo que había tenido relaciones sexuales con su novio de diez años; recuerdas la confusión y la negación de

la confusión, y la preocupación, pequeña y dura, que anidó en tu cuerpo, y cómo cada una de vosotras se lo contó a las demás, que era, entendiste, justo lo que buscaba la niña de Londres. De pronto sientes una inmensa tristeza por quien eras de niña. Creías que tu madre podía arrancarse partes del dedo a su antojo.

—Mary, ¿puedo sentarme arriba? —dices.

La niña responde:

—Está lleno.

Te mira. Sabe que todos saben su nombre. Tiene esa confianza que una semana tras otra te cuesta describir. Conoce a la gente, conoce a todos, sabe que la conocen. Está protegida; cuando cualquier persona vinculada a la empresa de autobuses, un revisor o alguien relacionado con el Ayuntamiento, sube al autobús, ella se sienta tranquila y discretamente junto a un adulto, cualquiera, y parece que viaja con él, y los adultos le siguen el juego. Tú incluida. Ahí colgando, te recuerda a las fotografías que has visto de isleños descalzos que bajan por acantilados para recoger huevos de aves.

—¡Siéntate! —grita alguien desde abajo—. ¡Mary, siéntate ahora mismo!

Nunca antes has estado en esa parte del trayecto; te has pasado varias paradas del salón parroquial. Estás acercándote a la autopista, donde el autobús circulará por el lateral a una velocidad distinta.

—¡Mary! —grita el conductor del autobús. La niña sube saltando los escalones hasta la zona de asientos.

Vas a la parte de arriba. Te sientas atrás. Todo pasa ante tus ojos. Hoy has presentado una solicitud para tres trabajos antes de salir de casa. Cada solicitud te ha llevado horas. No piensas en Christy. Piensas en un lugar que siempre te ha relajado, un lugar cálido, oscuro y tranquilo. Ahora te imaginas allí. En la última clase, leíste

en voz alta lo que habías escrito. Mary es, escribiste, como el hijo del director de un colegio: sabe que ese es su lugar. En la última clase, una mujer dijo:

—¿Cómo puedes asociar a esta niña con la libertad? No lo entiendo. Tú misma has dicho que está atrapada en un autobús.

III

Te tomas las clases muy en serio. Cada día, pasas horas atragantándote con las palabras. No te respetan porque no eliges un nuevo proyecto. «Es estupendo que hayas empezado, que hayas empezado a soltarte, pero no tiene por qué ser esta historia, ¿verdad?», dice tu profe. El tono es suplicante. «Todos tenemos comienzos fallidos, todos tenemos cosas que abandonamos y a las que volvemos, tal vez años después. Es una imagen que tenías, una imagen muy fuerte, pero hay otras historias dentro de ti. Solo tenemos que sacarlas a la luz.» Pero es esta. Tienes que contársela.

La sala huele a frío. Cuando la gente habla, sus voces resuenan un poco y tienes la certeza de que no están utilizando sus acentos reales, sino que usan palabras y entonaciones diferentes. Tu profe habla de un nuevo recurso que le gustaría que probaseis: el flashback. «Aporta contexto, aporta antecedentes, nos hace crecer con los personajes», dice. En el descanso, coges dos galletas del plato, luego tres, luego cuatro, y luego vas al baño, que está al final del pasillo a la derecha, para cambiarte el tampón; te sientas en el retrete, con el cuerpo entumecido por los calambres, hasta que oyes que alguien se acerca por el pasillo y se detiene en la puerta del baño, y entonces te apresuras, tienes que darte prisa para dejarle entrar.

Te hacen trabajar durante unos minutos con este nuevo recurso, el flashback, pero lo que en realidad haces es escribir, con una sensación parecida a la furia, sobre el autobús, su aire húmedo, las escaleras empinadas. Te notas concentrada, concentradísima, ves cosas: el sudor en el pasamanos, la bola de pelo que rueda suavemente por el suelo, la marca de grasa en la ventana donde alguien ha apoyado la cabeza mientras dormía; sentada en la silla plegable, notas sus patas metálicas y el tapizado de tela. Sigues escribiendo aunque tu profe anuncia que el ejercicio ha terminado, aunque dice, expectante, que es hora de pasar a otra cosa. La tensión hace que tu cara no parezca tu cara, notas la piel contraída, te duelen los dientes, y sigues escribiendo sobre el sonido de una risa, sigues escribiendo sobre los cochecitos que las madres, con la ayuda de Mary, suben y bajan del autobús, sobre el traqueteo que te mece. Y te das cuenta, lentamente, de que has causado una alteración. La clase está hablando, y está hablando de ti. Hay preguntas, tu profe muestra frustración y enfado porque has entorpecido el ritmo, y permite que te acribillen a preguntas, no ejerce ningún papel mediador. «Ni siquiera la describes, no dices nada sobre su aspecto, es imposible imaginársela», dicen, como si el aspecto de alguien fuera más importante que el qué y el quién es; sientes hartazgo, quizá más que nunca, y entonces un hombre, un hombre sentado al borde de su silla plegable, dice:

—Pero, si esa niña es real, si es un personaje y no un símbolo, ¿no tendrías que informar a las autoridades? Ese podría ser el argumento, podrías utilizarlo, eso es lo que pasa: el narrador contacta con las autoridades. Es decir, ahora no tienes ningún argumento, simplemente estás en el autobús. Pero ese podría ser el relato, eso podría ser lo que ocurre.

Lo odias. Miras a tu profe, la persona que podría hacer que parasen.

—Quizá… —dice— ¿el revisor la descubre?

Todos elogian la sugerencia.

—¡Qué buena idea! —dice el primer hombre—. Quizá el revisor sube un día, nadie deja que la niñita se siente a su lado y él pregunta...

Les dices que entonces la niña se cambia de sitio para esconderse, que se sienta a tu lado.

Le dices al hombre:

—¡Preocúpate de tu puta historia! ¡Preocúpate de tu puta vida! Y, además, ¿qué haces aquí? Siempre escribes sobre un hombre maduro y todas las mujeres que se le echan encima, solo escribes párrafos y más párrafos sobre vestidos ceñidos y el odio que le tienes a tu mujer. Es demencial, y no te atrevas a hablar de Mary, tú no...

Ahí estás: gritando.

Como no parece lo bastante ofendido, le dices:

—Me das asco.

Y es cierto que sientes asco: estás casi a punto de vomitar.

Te pones de pie y reparas, de forma violenta, en cuánto has sangrado. La sangre lo empapa todo, desde los gruesos vaqueros hasta la tela de la silla plegable. Te quedas ahí de pie y los miembros de la clase te miran sin decir palabra, y luego te marchas y sabes que te están observando mientras te alejas, que miran fijamente la silla, y experimentas, aunque quizá sea ilógico, una afilada sensación de traición porque ninguna de esas personas se ha levantado para tratar de ayudarte. Fuera está anocheciendo. Ahí estás, en invierno. Sin coger el autobús ni un taxi, tardas una hora y nueve minutos en volver andando a casa. Hace frío y un dolor agudo te destroza los pulmones. ¿Por qué me odiáis?, piensas. No lo entiendes.

Ya en casa, nunca has visto nada igual: coágulos y grumos y un montón de sangre.

Hay tanta que piensas: pasa algo. Pero hay palabras que nunca dirás, ni siquiera en susurros. ¿De qué sirve saber lo que son las cosas, lo que subyace a su apariencia? No es nada hasta que se dice. No es nada si no se nombra. Es solo sangre como nunca has visto.

Recibes una advertencia de tu profe. Está ahí, a la mañana siguiente. Es una última advertencia. Tienes que ser capaz de aceptar las críticas. Tienes que ser capaz de escuchar. No tienes que tomártelo como algo personal. Debo informarte de que solo se te brinda esta oportunidad en consideración a tus aparentes problemas de salud en la última clase.

A la ida habías cogido el autobús de Mary. Ya estabas cansada entonces, pero creías que sería algo pasajero. Escuchaste un mensaje de voz de Christy: «Estaremos bien, ¿verdad, cariño? Todo irá bien, ya verás, nosotros…».

El autobús estaba más silencioso de lo habitual. Solo había otras cuatro personas sentadas cerca de ti. Mary se acercó por detrás. «Una pregunta», dijo. Te cogió el collar que llevas al cuello, el medallón. Quería ver qué había dentro. Se lo abriste y le mostraste las caras. Está lleno de imágenes diminutas, de gente riendo, riendo, riendo. «¿Quiénes son?», te preguntó, señalando a las personas.

No lo sabes. Ya venía así cuando lo compraste.

IV

Te permites llorar una vez. Dios mío, joder, gritas. Ves a las chicas en la parte trasera del coche de Christy, a él al volante. Se vuelve en su asiento y dice: «¿Adónde vais?». Las lleva hasta el hombre, las lleva todo el puto camino hasta allí. Vuelve a casa contigo.

«Yo las habría ayudado», dice Christy. No dice que lo lamenta. No dice que ha hecho algo malo. Y te mira, y por la forma en que te mira sabes lo que está diciendo: lo ha hecho por ti. ¿Quién más necesita el dinero? ¿Quién más se ha quedado sin trabajo?

Te convierte en cómplice.

Eres como todo el mundo, piensas. Se acerca para abrazarte. Tú aún se lo permites. ¿No es cierto que todos hacemos cosas terribles? Somos como todo el mundo. Lo consideras una vez y luego ya nunca más. Después dices: ¡Una vez mi novio llevó a unas chicas cinco horas en coche para ir a un concurso de belleza! Una carrera de trescientas ochenta libras. ¿No es de locos lo que hace la gente?

Hay cosas que tienen que verse, no estudiarse.

—Por ejemplo, el nombre —dice una mujer—. ¿La historia transcurre en una época en la que ese nombre estaba muy extendido? ¿En los años setenta, en los ochenta? ¿Se trata de un nombre muy común y, por tanto, ella representa a la infancia en general? ¿O la historia está ambientada en una época en la que ese nombre se volvió inusual, en la que llamaría la atención?

Tu profe dice que es una gran observación, que los nombres contienen una multitud de significados ocultos, de profundidades ocultas. Tras hacer una pausa, te pregunta:

—¿Todavía…, todavía sigues pensando?

Así que soy yo, te dices. Sigo siendo yo la que tiene que entender. ¿Y por qué ibas a saber la respuesta? ¿Qué año es, qué hora es, qué época es esta? ¿La mejor que ha habido nunca? ¿Estamos a salvo? ¿Quién te lo preguntaría? ¿Cómo ibas a saberlo?

No todo puede sentirse. Algunas cosas solo se pueden mirar. Se trata de una práctica deliberada que hay que cultivar. Es el acto de no ver. Es el trabajo de fingir. Para ver la verdad de las cosas, la

gente las analiza. Eso es lo que tú rechazas. Solo quieres ver la superficie de las cosas. Dejar que el mundo te envuelva.

Por supuesto que entiendes el razonamiento del resto de la clase: la niña no hace los deberes, no juega con sus amigos; por supuesto que entiendes que, si lo analizas, en algún momento esa niña se convertirá en una persona adulta, habrá consecuencias, esa adulta tendrá problemas, sufrirá dolor o soledad o tristeza, pero eso es algo que te resulta insoportable.

—¿No os podéis limitar a mirar lo que os muestro? —gritaste en clase esa noche—. ¡No siempre es algo triste! ¡No siempre debe significar algo! Hay una niña que, a saber por qué, siempre está en el autobús. El jueves pasado fue su cumpleaños, y hoy es martes y todavía lleva puesta la gran insignia plateada que venía con una felicitación: ¡Hip, hip, hurra! ¡Hoy cumplo nueve años!

Cada vez que el autobús se detiene, la niña se desplaza un asiento atrás para contarle a otra persona el chiste que ha aprendido, y todos se ríen o sonríen o lo intentan, aunque estén oyendo el mismo chiste una y otra vez. Se desplaza otro asiento y cuenta el chiste por novena vez.

—¡Es muy gracioso! —decimos—. ¡Ja, ja! ¡Qué bueno, Mary!

Sonreímos, reímos, la oímos contar el chiste.

Cuéntalo otra vez, Mary. Cuéntalo otra vez.

Rusia

NO SÉ DÓNDE ESTOY

Va de camino a un centro de videncia en Bloomfield Avenue. Ha pedido cita por recomendación de una vecina, la que se dedica a cuidar niños en el piso de al lado.

La vecina lo ve un día en la escalera y, por la forma en que lo mira, se ve obligado a decir: ¿Qué tal?, y ella responde: Bueno, ya sabes que no me he duchado en la vida, es algo que me hace temblar, llorar y vomitar, y como comprenderás es difícil, es limitante necesitar una bañera para poder bañarme; pues bien, una persona que es vidente me ha dicho que para nada es culpa mía, que es culpa de mi madre, que nos daba duchas frías como castigo cuando hacíamos algo mal, aunque ni siquiera hubiéramos hecho nada malo, ya sabes, es que estaba loca y era horrible y me alegro de que esté muerta.

Él pregunta: ¿Y esa persona lo sabía? Y la vecina dice: En cuanto lo dijo, en ese mismo instante, en ese momento preciso, lo recordé y supe que era cierto. Era verdad, nos metía bajo la ducha fría y nosotros gritábamos, y en invierno, joder, la muy cabrona.

¿Y quién es esa persona?, dice él. Y ella se lo queda mirando, preguntándose si le está tomando el pelo. Nunca han hablado antes, salvo para decirse: Cómo va, y: Bien, bien. Él la ve en la escalera lidiando con varios niños. Está en Bloomfield Avenue, dice la vecina. Pasa consulta ahí.

Es un pequeño local ubicado encima de una ferretería con escobas y macetas de plástico expuestas en la acera. Pulsa el timbre, sube la

escalera angosta y enmoquetada, se sienta en una de las tres sillas de oficina colocadas a modo de sala de espera y bebe agua del dispensador en un vaso de plástico. Percibe un antiguo olor a incienso, el clic intermitente de un ambientador automático, el pálido sonido de una música de arpa que suena por un altavoz bluetooth y los coches que pasan salpicando la lluvia estancada de los charcos. En las paredes hay pósteres sobre círculos sanadores y meditación y sesiones sagradas, la discreta promesa de ayahuasca, de drogas. Le preocupa ver a algún conocido, pasar vergüenza, pero el vacío también le inquieta: aquí está él, piensa, el único gilipollas lo bastante tonto como para haberse presentado.

La persona vidente dice: ¿Qué te trae por aquí?

Él le dice: ¿No se supone que debes saberlo?

Todo el mundo, y no exagero, todo el mundo dice lo mismo, le responde. No tenéis, ninguno, ni la menor idea de cómo funciona esto.

Se quedan mirándose.

¿Cómo te llamas?, pregunta él.

Ursa.

¿Es ese tu verdadero nombre?

No creo que preguntarlo sea de buena educación, responde Ursa. Él oye el clic del ambientador. Además, no hay una respuesta buena, añade. ¿Con lo de verdadero te refieres a si lo elegí yo o a si alguien lo eligió por mí? ¿Qué más te da? ¿Qué cambiaría eso?

No sé cómo funciona esto, dice él.

No, desde luego. Eso sí que lo veo, joder.

¿Cómo funciona?, pregunta él por fin.

Depende. Depende de la persona. Depende de lo abierta que esté, de si tiene claro lo que quiere. Tú…, no creo que lo tengas nada claro. Tú no… O sea, hay gente que viene con una pregunta clara. ¿Me casaré con él? ¿Se curará ella? Incluso preguntas más importantes, como «¿Qué debo hacer?». Es algo importante e impreciso, pero es algo, es una pregunta. Tú no tienes una pregunta, tú tienes miles. Tal y como eres, en ti todo es una pregunta.

Sí, dice él.

No era una pregunta, dice Ursa. No te lo estaba preguntando, eso ya lo veo. Oye, no puedes jugar a ¿Dónde está Wally? si no sabes cómo es Wally, añade, suspirando. Pero podemos intentar echar un vistazo, a ver qué hay. Puede que al final, un día, digas: Vaya por Dios, ahí está. Si ya lo conocía. Ese de ahí es Wally.

No hace falta que me lo expliques con ejemplitos, dice él.

Ursa mira al techo. Oye, nos acabamos de conocer, dice. No esperes demasiado. Quiero que me digas una cosa. Quiero que pienses en… Esto no es agradable, pero todos nos sentimos culpables por algo, y todos tenemos alguna imagen que nos estremece, que nos duele, ¿sabes? Sé que mientras te digo esto hay una imagen en tu cabeza. Y quiero que me hables de ella.

A él le sorprende el pánico que siente, el picor en la garganta. No quiero, quiere decir, pero no puede. Dice: Creía que ibas a contarme cosas, no sabía que era yo quien te las tendría que contar a ti.

Ya. Como he dicho, todos sois iguales, todos venís aquí sin tener ni idea de cómo funciona esto. Oye, estabas pensando en algo. Dilo y ya está. Te sentirás mejor.

Y es verdad que la palabra culpable le ha evocado una imagen. Él tiene una hermana, piensa.

Mira detrás de Ursa, a la pared pintada.

Tiene una hermana y odia verla cepillarse el pelo. Se peina de tal forma que con cada pasada crea más enredos. Su hermana lleva el pelo largo, muy largo; tanto que la gente hace suposiciones al respecto, sobre su propósito o su significado, y la forma en que se lo cepilla hace que se le enrede y se le enmarañe en otros sitios, se le hacen unos nudos brutales, y a él le frustra, le exaspera verla, ver cómo lo empeora, y a veces le parece que su hermana lleva haciendo lo mismo toda la vida, todo, que lo ha vuelto todo doloroso, difícil, insoportable.

Nunca te has ofrecido a cepillárselo, dice Ursa.

Esto le sorprende.

Nunca me habría dejado, responde él. Yo era su hermano, habría sido raro, no podía hacer algo así.

Sin embargo, piensas que ojalá la hubieses ayudado, le insiste.

Hay un radiador eléctrico en la esquina y un cubo para recoger las goteras del techo.

No sé a qué te refieres, dice él.

Esto va a llevar un tiempo. Y, francamente, amigo, lo necesitas. Solo te cobraré cada dos sesiones. Hay un calendario en el pasillo, escribe tu nombre el día que te venga bien. Dentro de dos semanas iré a Edimburgo por el puente, no pongas tu nombre en los días marcados con una X.

De acuerdo, dice él. Se levanta para irse. Adiós, le dice. Gracias.

ENTIERRA A TUS MUERTOS

No encuentra las primeras flores. Encuentra lo que cree que son las primeras flores: hay un cráneo vikingo, con la fractura mortal aún dolorosamente visible, en la tercera planta, y en el suelo, en un círculo alrededor de la vitrina, encuentra matas de aliaga y flores silvestres de esas que crecen al borde de la carretera: perifollo, adelfilla, hierba cana. Hay un pedacito de papel, doblado en forma de tarjeta, con una vela dibujada en el anverso. Dentro pone: entierra a tus muertos. No se lo cuenta a nadie más que a Sinéad, a quien ve mientras recoge los tallos arrancados, y Sinéad le dice: Esto ya ha pasado antes, ¿lo sabías? Él no lo sabía, pero ella se lo cuenta.

Las primeras flores las encuentra Sinéad, que llama a Brian, de Seguridad. Las primeras flores son blancas y forman, en letras mayúsculas, la palabra m-a-m-á, y están junto a la exposición egipcia, encima de la caja transparente donde se conserva el cuerpo embalsamado de una mujer de veintiséis años. Sinéad se toma un té con azúcar en la sala del personal, pero está más enfadada que sorprendida. Repite varias veces: ¿Qué coño significa eso? Su jefe, Yusuf, baja y le pide a Sinéad una descripción detallada de lo que ha ocurrido esa mañana. He doblado la esquina, dice Sinéad con la voz tensa por la frustración, y he visto unas flores de las que se usan en los funerales, de las que se ponen en los coches fúnebres y en las tumbas, y las flores formaban, con cuatro letras, la palabra m-a-m-á.

Yusuf dice: Nosotros somos los únicos que lo sabemos, ¿verdad? ¿Brian, tú y yo? No diremos nada. No hace falta que lo sepa nadie más.

Al cabo de quince días, les avisan de que se está congregando una multitud en la exposición del Mesolítico y el Neolítico. En esta exposición hay pedernales y cuchillas, así como pequeñas maquetas

de las casas, construidas con sauce y mierda, que salpicaban el paisaje del Neolítico, e incluso maquetas más pequeñas de las cabañas redondas de épocas anteriores. Hay réplicas de plástico de algunos de los peces que nadaban en esas aguas, así como de las avellanas y las semillas de flor de loto que recolectaban y comían. Hay algunos huesos secos y fragmentados de una mujer, etiquetada como de entre dieciocho y veinte años, enterrada con numerosos objetos que se muestran a su alrededor y con su bebé de unos tres a cinco meses, y hay, por primera vez, flores encima de la vitrina donde se exponen: un gran ramo de rosas rojas, al que le han retirado el envoltorio de plástico con el nombre de la floristería, y luego otro ramo más pequeño, de rosas blancas y gipsófila, que da la impresión de haberse comprado por separado. El público está ahí plantado mirando las flores, mirando al personal, esperando a que alguien les explique qué hacen ahí. Sinéad coge los ramos y dice algo absurdo como: Pero ¡qué olvidadiza es la gente hoy en día, ya volverán a por ellos!

Él se abochorna. Aunque tampoco se le ocurre nada mejor que decir.

Yusuf convoca una reunión. Se coloca en la parte delantera de la sala, junto a una gran pizarra blanca, y habla durante unos noventa segundos, resumiendo con increíble brevedad los dos descubrimientos que conoce: m-a-m-á y los ramos de flores. Yusuf se vuelve hacia la pizarra y dibuja, con tinta verde, un enorme signo de interrogación.

No necesitamos este tipo de publicidad, dice Yusuf. Voy a reforzar la seguridad en las puertas. Nadie entrará con flores. Nadie entrará con nada que no pueda explicar. Brian revisará las cámaras de seguridad. Brian encontrará al culpable, que ya sabemos que ha actuado, y vamos a pensar detenidamente en conceptos como daños y perjuicios o delito de daños.

Yusuf es tan ingenuo que no menciona la publicidad que, inevitablemente, ya se ha generado. Los visitantes han fotografiado

los ramos y el museo ha recibido dos tuits en los que se le piden explicaciones. Naomi, responsable de las redes sociales del museo, responde diciendo que ¡es estupendo que el público haya pasado un rato memorable en el museo! ¡Gracias por compartir las imágenes!

Y después se pone en contacto con Yusuf.

Sí, sienten pánico. Se sienten vigilados, sutilmente perseguidos. Los guardias de seguridad de la entrada comienzan a registrar los bolsos, algo que quienes viven en la zona se toman mal. En privado, cuando va a ver a Brian con un café para comprobar si ha identificado a alguien en las imágenes de las cámaras de seguridad, Yusuf admite sentir una gran inquietud. Va a pasar algo, le dice. Brian finge no oírlo.

Cuando abren el museo, los guardias de seguridad encuentran claveles y un osito blanco de peluche en la sección del Neolítico. Hay girasoles en la exposición egipcia y hay más palabras, más notas, pegadas a los lados de la vitrina donde yace expuesto el pequeño rostro de la mujer. Los paneles de la sala indican a cualquiera capaz de leer que se trata del cuerpo de una joven de veintiséis años que, según las investigaciones del personal del museo, vivió en el norte de África, dio a luz al menos una vez y murió en la agonía de la tuberculosis. Las hojas de papel, pegadas a la vitrina con una washi tape de Vincent van Gogh, dicen, por un lado: me habéis separado de mi bebé, y por el otro: soy la hija de alguien.

DEJADLOS DESCANSAR

Le dice a Ursa: Desde que vengo a verte me siento peor, no mejor.

Ya, le responde Ursa.

Después le pregunta por sentimientos de vergüenza: Contigo estamos lejísimos del punto de partida, amigo, le ha dicho. Estamos tratando de trepar como podemos para alcanzar la pregunta. Lo que tú quieres está cubierto por un montón de cosas oscuras.

Bien, dice él. Se esfuerza por calmarse. Dice cosas como: A ver, veamos; cosas como: Déjame pensar. No le gusta admitir que con esa palabra, vergüenza, es suficiente, que le brotarían cosas de los ojos si no los tuviera cerrados. Eso hace que se sienta peor, quiere decirle, pero no puede.

Está en la boda de un familiar en Cavan. Lleva un traje azul marino. El hotel tiene jardines llanos y alargados con parterres circulares y jardineros que, incluso durante la boda, siguen plantando en la tierra seca y pálida. Observa a los invitados y a la novia, que se desplazan por el jardín entre los hombres con palas, entre los hombres arrodillados. Se une a un grupo en el bar, se une a la conversación de sus primos más cercanos; hablan de sus hipotecas, de sus matrimonios, y una prima suya, Anna, que lleva unos preciosos pendientes de oro prendidos de las orejas, le dice que ella y su marido, bueno, ya sabes, han pasado casi cinco años y, como todos, como es natural, quieren tener hijos, pero no, las cosas no están saliendo según lo previsto. Tiene la carita de un anuncio de crema hidratante. Otra prima la coge de la mano. Llevamos ya dos ciclos de fecundación in vitro, dice Anna, y es que, bueno, no sabemos qué hacer. En el silencio, él carraspea y sugiere la adopción, se da cuenta de que nadie pronunciará esa palabra si está él delante.

Bueno, dice Anna. Ella y los demás primos se miran entre sí. Obviamente, para ti, contigo, ha sido diferente, pero supongo que nosotros no…, o sea, después de todo el tema con tu hermana, no querríamos…

Anna lo mira con los ojos muy abiertos y una expresión suplicante. No me hagas decirlo, dice su cara. Así que él levanta las manos, en

un gesto de «qué me vas a contar». No digas más, le dice a Anna; te entiendo.

El rostro de Anna se ilumina de alivio. Ella lo adora, él lo ve, lo adora por haberlo entendido, por no dejar que se produzca una situación incómoda. Los primos vuelven a hablar de sus familias, con frases rápidas y cargadas de intención, y él sabe que lo incluyen como nunca antes. En cierto sentido, sabe que de eso se trata: es la aceptación real y verdadera, por fin ha entrado en el círculo íntimo que siempre ha sabido que existía, por fin ha oído lo que ellos piensan desde siempre. Así es como hablan de su hermana. Oírlos es lo que marca la diferencia: él es uno de ellos; su hermana, no. Habéis sido siempre tan distintos, dicen los primos. Lo dicen deprisa, lo insinúan con un tono implícito: tú saliste bien; ella, no.

Después de la comida, va fuera y se sienta en un banco de una zona pavimentada.

Sus padres están en alguna parte del gran comedor y él solo les habla al llegar. En cuanto puede irse, planta un beso rápido en la mejilla empolvada y seca de su madre.

Mi hermana se ha cambiado el nombre, le dice a Ursa. Se hace llamar Opal. Me dijo: Todas las historias que he escrito son sobre alguien que se llama Opal. Y yo le dije: ¿De qué coño estás hablando, historias? ¿Qué has escrito tú?

Consigue trabajo en el museo y, como se siente orgulloso, queda con su hermana para tomar un té en la cafetería de la planta baja, donde hay ventanales que van del suelo al techo. Ella es cinco años menor que él. Tiene dieciséis. Él está orgulloso del edificio, de la luz, de los asientos que ha reservado con un enchufe para que ella cargue su móvil, con vistas a los árboles y a las esculturas del exterior. Compra bollos y café, los lleva a la mesa, corta los dos bollos para dejarlos listos para comer y ve que las explosiones de color que él pensaba que eran frambuesas y arándanos, explosiones

de granate-rosa, de morado-negro, son solo puntos donde la masa se ha manchado de colorante alimentario. Eso lo enfurece. Está tan enfadado que casi se echa a llorar. Se acerca al mostrador y dice: ¿Habéis sido vosotros? ¿Por qué hacéis estas cosas? Hablaré con el director del museo. Porque esto es mentir, esto es estafar a la gente, míralo, mira qué puto desastre. En ese momento se siente bien, se siente legitimado. Está hasta impresionado consigo mismo por el volumen de su voz, por la confianza que siente al desafiar al empleado, al desafiar al sistema. Sin embargo, lo que recuerda ahora es la espalda encorvada de su hermana cuando por fin vuelve a la mesa, con el pelo largo y oscuro cayéndole por un lado y la cara escondida entre los codos. Su hermana ha apoyado la cabeza sobre la mesa esperando, esperando, esperando a que él regrese.

CUANDO ESTA PERSONA MURIÓ,

LA GENTE LLORÓ SIN PARAR

Lo convocan a las reuniones de Yusuf cada vez más a menudo. El ambiente en la sala es malo. Han encontrado velas encendidas junto a los restos de la cabeza vikinga y una tarjeta conmemorativa aconfesional. Han encontrado flores y notas en cada una de las tres exposiciones. En las exposiciones del Mesolítico y el Neolítico, una tarjeta ha causado malestar hasta entre algunos de los miembros del personal, una tarjeta que decía: esto es un bebé muerto.

Cuando entrevistan a Sinéad para las noticias locales, con instrucciones de que muestre confusión y auténtica inquietud por lo sucedido, ella dice, en referencia a la nota: Eso solo demuestra la mentalidad de quienquiera que esté haciendo esto; su intención es ser desagradable, tratar de escandalizar y perturbar.

Sin embargo, ¿no es cierto que en la vitrina sí que hay un bebé muerto?, dice la entrevistadora.

Toda la conversación se retransmite en las noticias de las seis. En la reunión, Yusuf dice que va a cederle la palabra a Naomi. Es probable que muchos empleados ya estén al corriente, pero esto es para los que no. Naomi comienza con un resumen general de lo difícil que le ha resultado su trabajo últimamente, de la cantidad de publicidad y mensajes que han estado recibiendo las redes sociales del museo. Me está costando, dice con la voz quebrada, ¡como si por trabajar aquí estuviéramos haciendo algo malo! Recibe unos pocos aplausos.

Yusuf le indica con la cabeza que hay que acelerar el ritmo.

Hace veintisiete horas se ha publicado una petición, dice Naomi. Me parece increíble estar diciendo esto, pero es una petición para que el personal del museo se comprometa a donar su cuerpo al morir. La petición dice que las personas que trabajan en un museo que exhibe cadáveres deben comprometerse a donar el suyo para su exhibición. Y que, si nos negamos a hacerlo, no tenemos derecho a exhibir el de otras personas.

El ambiente en la sala se vuelve nauseabundo.

Naomi añade: Lamento mucho decir que creo que esto irá a más. Lleva veintisiete horas en línea y ya suma trescientas cincuenta y siete firmas. No es mucho, no a gran escala, pero, dados el tiempo transcurrido y las protestas, lo siento, Yusuf, sé que dijiste que no usáramos esa palabra, me refiero a las flores y las notas y todo lo demás, creo que podemos contar con que la iniciativa cobre fuerza. Y creo que podemos contar también con que aparezca otra vez en las noticias y que debemos pensar en cómo estar, lo siento, Sinéad, más preparados para cuando eso ocurra.

Yusuf le pide a Naomi que repita lo último y luego escribe, con un rotulador verde, el número 357 en la pizarra móvil. En cierto modo, ¡esto es una buena noticia, colegas!, dice Yusuf. Le he preguntado a

Brian si podemos averiguar quién inició la petición. Este es su primer error. Siempre se han escondido, no hemos podido rastrearlos por las imágenes de las cámaras de seguridad, pero gracias a la página web tendremos detalles, tendremos una dirección de correo electrónico. Podremos dirigirnos a alguien y decirle: Oye, ¿esto no es acoso?

Quizá Yusuf también espere unos pocos aplausos, pero no es el caso.

En la sala egipcia hay un sudario blanco que cubre casi por completo la vitrina de la momia. Hay unos enormes lirios blancos esparcidos por el suelo de la sala, de manera que el público se queda mirando desde el arco del umbral, sin entrar. Se envía al personal de limpieza a despejar el espacio y sus miembros informan de que algunas personas los abuchean. Algunas personas los abuchean y otras empiezan a aplaudir con pesadez, de forma sarcástica, mientras los limpiadores se agachan a recoger las flores. Vuelven para contárselo a Yusuf con todo el uniforme manchado del polen de los lirios. Es de color naranja y les impregna los dedos y las mejillas, de irse colocando el pelo detrás de las orejas.

ESTOY MUY CANSADO

Conoce a su hermana cuando él tiene siete años y ella, tres. Son diferentes: él es moreno de ojos oscuros, pero los ojos de ella lo son aún más, tiene el pelo completamente negro y su piel solo es más clara en las palmas de las manos y en las plantas de los pies. ¿De dónde vienes?, le pregunta Ursa. Es una pregunta con la que suele animar a dar respuestas poéticas. Vengo de quitar el moho de la mermelada de mi abuela, dice la gente. Vengo de quedarme dormido en la húmeda calidez de un aula. Vengo del río que cruza la parte baja de la ciudad, en el que mi tío se cayó y se ahogó en una

despedida de soltero. Al principio, él también lo intenta. Viene de sentarse con su hermana y tratar de descifrar las expresiones de sus padres. Viene de pesadillas recurrentes en las que es un animal que no es que viva, sino que es cautivo de un cuerpo, un animal como un conejo que alguien retiene como mascota en un lugar frío y solitario durante años, hasta que muere; pesadillas recurrentes en las que es uno de esos animales que se fecundan y nacen solo para que los descuarticen y sirvan de alimento a otros animales más queridos y apreciados.

Pero finalmente dice: Nos adoptaron en Rusia. Le parece que esas palabras no pueden transmitir en modo alguno la magnitud de lo sucedido. Le cuenta a Ursa que a los quince años sufrió una pequeña crisis nerviosa, una especie de bloqueo, al enterarse de la cantidad de grupos étnicos que hay en Rusia, de que Rusia no era una respuesta, sino solo el inicio de una pregunta, de que tiene una población de ciento cuarenta y siete millones de habitantes, ciento noventa grupos étnicos, millones de indígenas, todas sus culturas, todas sus religiones, todas sus historias. Sufre esta pequeña crisis nerviosa, empieza, dice, sueña, ¿cómo me encontrarán?

Él viene de sus padres. En Navidad envían cartas, incluso ahora, en las que cuentan sus escapadas de fin de semana o sus viajes más largos. Las envían durante todos los años de su infancia, envían fotos de su hermana con una leyenda en cursiva: ¡es como una muñequita! ¡en serio! Dicen: hoyuelos como los de papá. Dicen: ¡nuestra pequeña barbie! Ella crece en las fotos, tiene siete, diez, trece años. Aquí está, ganando premios. ¡qué monada!

Crees que no os veían como personas, dice Ursa.

Solo la quieren cuando es pequeña, cuando tiene el aspecto que ellos quieren que tenga. Después no la quieren, la abandonan, porque resulta que es una persona, no solo esa imagen; porque quiere cosas y sabe cosas y le gustan cosas, y ellos nunca han querido eso. Nunca piensan en cómo es ser nosotros, dice él. Solo

piensan que quieren un bebé y consiguen un bebé. Yo ni siquiera sabía que la mitad de Rusia está en Asia, dice. ¿Cómo es posible? Ni siquiera sabíamos que somos asiáticos.

No recuerda el momento en que la conoció, pero hay una fotografía de su hermana vestida con un pelele rojo y un gorro ruso con una aureola de pelo sintético. Y no sabe, ni siquiera ahora, si sus padres lo compraron en broma o si creyeron que bastaba como muestra cultural. Viene de ese día, viene de verse en la oscuridad de los ojos de su hermana.

Quiero decir algo, dice Ursa. Por supuesto, aquí hay dolor. Evidentemente hay tristeza. Naciste y no sabes exactamente dónde ni de quién. Pero me gustaría sugerir que tal vez siempre has sido así. Tal vez esto es quien eres. Quizá siempre has sido una persona ansiosa. Quizá siempre has sido una persona inquisitiva. Quizá siempre has sentido la necesidad de reprimirte, de hacer lo que tienes que hacer para complacer a los demás. Puede que haya una tendencia a dar excesivo peso a tus orígenes. La gente recurre a mí, Dios, muchísimas personas vienen a verme y han vivido toda su vida con sus familias biológicas, han pasado por algún momento extraño, pero no tienen traumas increíbles, y estas personas vienen, se sientan y dicen: Necesito ayuda. No sé quién soy. No hay ninguna razón para que no lo sepan, ¿sabes? Pero se sientan ahí y esa es su pregunta, eso es lo que dicen: ¿Quién soy?

¿Y qué les dices?, pregunta él.

Bueno, depende, le responde Ursa. La verdad es que depende de la persona.

RESPETEN A SUS MAYORES

Él mismo ve el vídeo, antes de la reunión con Yusuf y su pizarra y su recuento intermitente de las firmas que ha recogido la petición sobre el personal del museo, antes de que Brian se levante y anuncie las Cinco nuevas reglas fundamentales para detectar a un alborotador en el recinto, antes del debate sobre el cierre de las exposiciones, antes de que se anuncie que Naomi está de baja por enfermedad.

La reportera no muestra la cara de la persona entrevistada y solo se le identifica como residente local, pero, aun así, reconoce su voz de inmediato, reconoce el ritmo de sus pausas para respirar. Tras un pase de imágenes, un montaje de lo que los visitantes del museo fotografían y comparten en internet y de los vídeos que los propios reporteros han conseguido filmar, en los que aparecen los cojines colocados en los tres puntos donde se exponen restos humanos con las palabras siempre en nuestros corazones, aparecen fragmentos de entrevistas con gente de la calle.

¿Ha visto las protestas?, pregunta la reportera.

Sí. Francamente, he visitado ese museo cientos de veces. Me llevaban de pequeño y he seguido viniendo de mayor. Hasta que empezó todo esto, nunca me había parado a pensar en lo que había aquí. Ha sido, cómo decirlo, una especie de despertar. He visto algunos comentarios en Twitter procedentes de la izquierda, gente que dice: ¿Por qué tanto alboroto por los muertos? ¡Centrémonos en los vivos! He visto comentarios en este sentido: ¿Dónde están las protestas por esta persona viva? ¿Dónde están las protestas por este ser vivo? Porque hoy en día hay, ya se sabe, una gran falta de respeto hacia los seres humanos vivos. Sin embargo, me gustaría decir que, en primer lugar, no sabemos quién está detrás de esta protesta, por lo que no podemos afirmar que no estén defendiendo ambas ideas. Eso para empezar. Pero, incluso si toda su atención está ahora mismo centrada en este asunto, las dos cosas se retroalimentan, ¿no? Eso en segundo lugar. Estas cosas, todas estas cosas…, estamos todos conectados. No podemos asegurar que la exhibición de los restos de, seamos sinceros, personas

predominantemente de color en instituciones dirigidas en su mayoría por personas blancas, al menos en este país, no contribuya al maltrato de las personas de color. Creo que es de justicia suponer que sí contribuye, incluso de forma subconsciente, a nuestra deshumanización, a la falta de respeto que solemos experimentar. Y, como sabrá, hay una palabra que ha surgido una y otra vez en esta protesta: respeto. Creo que debemos preguntarnos: ¿Qué estamos haciendo cuando mandamos a nuestros hijos a ver a estas personas, a estas personas muertas, sin ritos funerarios, sin oraciones, sin canciones, sin rituales? ¿Es esto lo que queremos? No tenemos por qué compartir religión, no tenemos por qué tenerla siquiera, ni un dios, creo que lo principal es que estamos olvidando, estamos matando los principios más básicos. Que rezamos, que respetamos, que la vida es sagrada, que el cuerpo es sagrado, que sus restos son sagrados. La muerte es sagrada. Un niño entra con su iPad y se pone a hacer fotos de una mujer norteafricana muerta. ¿Qué estamos matando en los niños? No querríamos, no pondríamos a nuestra tía en una exposición, y me puedes responder que eso es algo demasiado reciente, que no es lo mismo, pero en realidad no importa, no querríamos que se exhibiera a ningún ser querido nuestro, nos opondríamos, de eso no cabe duda. Entonces, si es una cuestión de querer a alguien, ¿por qué no queremos a estas personas? Como no las conocemos, ¿no se merecen tener los mismos derechos? Estas personas vivieron, murieron, la gente las enterró y rezó para que descansaran en paz.

Bien, dice la reportera. Melanie McAreavy ha informado para…

No se han ido a ninguna parte, dice la persona entrevistada. Todos siguen aquí.

Alguien sube el vídeo a Twitter. Tiene mucho éxito. En la reunión, Brian lo describe como «la última novedad». En algunos momentos, Yusuf parece a punto de echarse a llorar. Los abogados de un gran museo londinense se han puesto en contacto con ellos y se han

ofrecido a ayudarlos a redactar un comunicado y a elaborar un plan de acción de cara a las próximas semanas.

DESTRUISTEIS SU TUMBA

La ve cuando su hermana tiene diecinueve años; viene de visita y se supone que se quedará dos noches en su piso. Él tiene muchas ganas de salir por ahí con ella, invitarla a comer, mostrarle lo que ha conseguido con su buen empleo en el museo, portarse bien, demostrarle que respeta la distancia que ella ha puesto con sus padres, que ellos dos pueden ser hermanos, que no necesitan a los demás. Su hermana tiene unos tatuajes en los hombros que siguen vendados, aún en proceso de curación. Van a un restaurante y, antes incluso de que el camarero les traiga el menú, ella sugiere jugar a las cartas, y eso le duele, a saber por qué, le duele verse incapaz de mantener su atención y reacciona, reacciona de forma exagerada, le dice: Joder, ¿no puedes darme ni cinco minutos?, y ella se incomoda y él lo siente, lo siente mucho, pero no lo dice. Piden los platos y él se lo come todo, toma postre y luego un café, porque se niega a admitir que la ha cagado, que la noche va mal, y le propone coger un taxi para volver a casa, pero ella dice que prefiere caminar. Pasan por delante del parque que hay detrás del museo donde él trabaja, son casi de la misma altura. Ella está callada, hace frío. Él le pregunta: ¿Qué piensas?

Ha recordado algo, le dice ella. Está muy sepultado en su memoria, enterrado bajo el peso de todos los días que han pasado desde entonces, de todo lo que hicieron sus padres, de todo, absolutamente todo, y solo lo ve cuando está adormecida, tumbada, mirándose el interior de los párpados, solo cuando hay suficiente silencio, solo cuando todo está bien. Van en coche, pero ella no está sentada en una silla para bebés, no lleva puesto el cinturón de

seguridad; está envuelta en algo y abrazada al cuerpo de una mujer en el asiento del copiloto mientras otra persona conduce, y la mujer inclina la cabeza para decirle cosas en una lengua que no es inglés, y ella, ella finge dormir aunque no está durmiendo, está escuchando, y se detienen en un lugar donde hay agua, y al otro lado del agua, a lo lejos, hay fuego, hay un incendio.

Él se acuerda, le dice. Eso pasó aquí. Era un primo de su madre que estaba de visita, un primo que se había mudado a Portugal y que le parece que aún vive allí, que vino con su pareja y los cuidaron una noche, ella tenía tres años y él ocho, y ese primo vio en las noticias que había un incendio en las colinas, en las montañas, que los granjeros habían estado quemando malas hierbas y el fuego se había descontrolado, y, como el primo quería verlo, los metió a todos en el coche y allá fueron y vieron parte del incendio.

Él no se da cuenta, no comprende lo que está haciendo hasta que lo ha hecho. No hay nada, nada que pueda remediar. No puede desdecirse, no puede arreglarlo, y caminan, caminan, caminan de vuelta a su piso, y lo que ha hecho no lo puede cambiar, no lo puede deshacer, y ella se queda, se queda un día, se queda una noche, y luego se despiden y él le dice: Oye, siempre eres bienvenida aquí, ya lo sabes, puedes quedarte cuando quieras.

Ursa le dice: Ya tienes tu pregunta.

Sí.

Él pregunta: ¿Es ella?

Así no es como funciona, le responde. La protesta del museo no es cosa de una sola persona, sino de varias; no está organizada, es espontánea, el museo no puede identificar a nadie porque nunca son los mismos. La letra, los bolígrafos, el papel no se pueden rastrear, porque los autores son siempre personas distintas.

Te preocupa que ella sea la responsable, continúa Ursa. Te preocupa que esté enfadada, que esté intentando vengarse de ti de alguna manera. Pero te preocupa más que no sea ella.

¿Dónde está?, pregunta él.

¿Está viva?, pregunta él.

Ursa levanta las manos, con los dedos extendidos. No me dedico a buscar personas desaparecidas, amigo. Debería habértelo dicho desde el principio.

REZA UNA ORACIÓN

Los que formamos el equipo del museo deseamos asegurar al público que somos, ante todo, un recurso para la comunidad. Nuestro objetivo principal siempre es educar mediante la restauración y el cuidado de nuestras piezas. Con el paso del tiempo, revisamos continuamente cuáles de los objetos que se nos han confiado se exhiben activamente y también retiramos otros para su almacenamiento. Somos conscientes del nivel actual de preocupación que suscitan algunas de nuestras exposiciones, en particular la de la momia egipcia, nuestra exposición de los restos encontrados en un yacimiento neolítico en Westmeath y otras piezas procedentes de diversos lugares, entre ellas un cráneo hallado en las afueras de Bergen, en Noruega. En la actualidad, el equipo del museo está revisando las exposiciones con vistas a modificarlas para el próximo año y es posible que algunas de ellas se retiren. Sin embargo, el museo se reserva en todo momento el derecho a volver a exponer estas piezas en una fecha posterior, algo que sigue siendo, y siempre será, a discreción del equipo del museo.

La novena

I

Hay hormigas voladoras por todas partes. A cierta hora del día, en cierta época del año, ahí están cuando él abre la puerta de la furgoneta, aterrizando sobre el asiento. Felix tiene un cuñado que ha comido esas hormigas. El cuñado las atrapa con las manos o con una red y, esa misma mañana, Felix ha recibido un mensaje suyo: Te espera un día difícil, tío; malas noticias. No le ha respondido. El mensaje es de su hermana, en realidad. Felix ve hormigas voladoras caminando por el salpicadero. Es esa época del año.

En cuanto termina de montar su puesto, va al mercado a desayunar. Le gusta. Le gusta comprar un bollo, un café, sentarse en su puesto y decir: «Esto no está tan mal, ¿verdad?». Le gusta la sensación que le transmite: pasear, conocer gente. Cuando se enteró de que dos hombres, un matrimonio, iban a abrir una panadería en el mercadillo, pensó detenidamente qué les diría para presentarse. Al final, se decidió por: «Lo vuestro es pan comido, ¿no?». Y luego añadió: «Ja, ja, seguro que estáis hartos de oír la misma broma». Y después: «Soy Felix, tengo el puesto de antigüedades». Lo llamaba antigüedades, aunque lo decía en un sentido muy amplio; vendía cosas que parecían antiguas. «Un mercadillo entero en un solo puesto», había dicho su mujer cuando aún lo quería.

Pide un café en la caseta de Tara, que le dice que Moll se lo lleva. Eso le gusta: que lo conozcan. Vende candelabros de latón, pisapapeles, una pieza de oro falso presentada como si fuera valiosa. La chica se acerca con el café. La tapa es compostable; al menos eso es lo que pone.

—Gracias —dice Felix. Le pide que espere un momento—. Oye, ¿qué te parece cómo he colocado la mercancía? —Es temprano, pero Felix siempre es así, una persona sociable—. En cuanto a los objetos, ¿hay alguno que te llame la atención?

La chica mira los pisapapeles. Mira una imagen del Sagrado Corazón. Mira a Felix y se encoge de hombros con una incomodidad que él no capta.

—¿Qué te parecen las pinturas? —pregunta él. Señala una serie de acuarelas: paisajes desérticos, extensiones de arena y cielo—. ¿Conoces esa parte del mundo?

Hay algo que no encaja en su tono al preguntarlo. En cuanto lo dice, se arrepiente.

Moll lo mira.

—Soy de aquí —dice ella.

Felix se siente abochornado.

—Lo sé. No me refería a eso.

Se sienta cuando ella se marcha. Quita la tapa del café. Entonces ve un mensaje de su hermana en el móvil: Espero que B esté bien.

El mensaje lo cabrea muchísimo. A su hermana le encantan los dramas, por eso le envía mensajes. No hay otra razón.

Déjame en paz.

Quiere responderle.

Estoy en el trabajo. No puedo hablar de eso.

Lo escribe, pero no lo envía. Es sábado por la mañana y el mercadillo se está llenando. Lee lo que ella le ha enviado una y otra vez.

¿Cómo coño voy a saberlo?, escribe. Ni siquiera sé dónde está.

II

Tara pasa muchas horas de su vida mirando el móvil. Como le inquieta pensar cuántas horas le dedica, no lo piensa. Si alguien le cogiera el teléfono, sabría de ella más que nadie. El móvil no es algo separado de Tara, es una extensión de su persona. Recuerda las cosas mejor que ella, le sugiere palabras según los patrones que utiliza, conoce sus pensamientos. Tara está ahí, en las capturas de pantalla que hace, en las notas que toma.

Tiene dos cuentas de Instagram: una con su nombre, con la que la siguen y sigue a personas del instituto y de varios trabajos. Publica historias relacionadas con su puesto en el mercadillo y las horas que pasa allí y, solo ocasionalmente, quizá una vez cada tres meses, cuando se ve muy feliz, publica fotos de sí misma. Tiene una segunda cuenta en la que sigue las cuentas que realmente le interesan. Cuentas inofensivas, pero da lo mismo: sigue temiendo que otras personas lo vean. En esta cuenta, Tara sigue a muchas mujeres mormonas, personas maravillosas con siete u ocho hijos a los que les cosen la ropa y les hacen pan de masa madre desde cero.

Las cosas están divididas. Tara trabaja en un centro de atención telefónica, pero por un lado está su vida y, por otro, está la imagen de su vida; ella no revela nada del centro de atención telefónica en

su cuenta de Instagram. Todas las semanas, en el mercado, toma una foto del puesto ya montado, con sus vasos desechables de colores pastel, y la comparte. Escribe cosas como: ¿Ya te has tomado tu dosis diaria de café? Comparte publicaciones a lo largo de la semana, lo que hace que parezca que trabaja allí todos los días. Cuando conoce a alguien, le habla de su puesto en el mercadillo. Le sacan el tema, porque lo han visto. Queda bien. Da buena impresión. Ahí está ella, veintiséis años y con una adolescente que la ayuda porque el negocio va muy bien. No es que mienta; no directamente.

Moll trabaja los fines de semana; consiguió el empleo de tal forma que Tara fue la última en enterarse. Un día Tara llegó a casa y su madre le contó la conversación que había mantenido con Rita, la abuela de Moll, con la seguridad de alguien que ya ha confirmado el asunto, y Tara comprendió que no le preguntaba, sino que la informaba; que, en realidad, el acuerdo estaba cerrado. Le paga a Moll veinte libras al día. No necesita la ayuda y nota la falta de ese dinero, pero a veces le encanta decir que se escapa a fumar un cigarrillo. Tara no fuma, pero eso le permite centrarse en el móvil.

Ahora está fuera. En su móvil, una mormona ordeña una vaca manualmente. Se oye el sonido de la leche al caer en el cubo, las palabras chiquitas y cálidas de los niños entremezcladas a su alrededor. Hay un perro enorme y un niñito aferrado a su pelaje amarillo.

Hay muchas familias como esa.

Tara pasa meses, pasa años de su vida así: mirando. Estas mormonas, estas mujeres alimentan a sus hijos con leche cruda. Graban a sus hijos galopando a caballo sin casco, sin silla; los dejan correr, sin vigilancia, por granjas y campos enormes. No siguen ninguna de las reglas en las que cree Tara, pero nunca les pasa nada malo. No sabe muy bien cuándo, pero en algún momento se dio

cuenta de que el mundo funciona así: algunas personas tienen siete hijos y los siete están vivos.

III

La madre de Moll le dice a la gente que su madre vive con ellas, pero eso no es cierto: son ellas las que viven con la abuela de Moll. La madre de Moll es trabajadora social. Trabaja demasiadas horas en condiciones muy estresantes. Moll dice que su madre lo transforma todo en algo negativo. «¿No es bonito?», le dirá alguien, feliz de haberse visto. «Tendríamos que haberlo hecho antes», responderá la madre de Moll.

Su padre está en Derry. Moll lo ve a menudo, pero nunca ha vivido allí. Los padres de su padre lo trajeron a Dungannon desde Timor Oriental cuando era un bebé, en algún momento entre que empezó a andar y empezó la escuela, y vive en Derry desde la universidad. Antes Moll pasaba todos los fines de semana con él, pero ahora siguen un régimen de visitas menos estricto, más bien cuando le apetece a ella. Moll le cuenta a la gente que de niña se creía graciosa —participaba en todos los concursos de talentos, en todas las clases de teatro, siempre estaba allí, intentándolo— y que tardó años en darse cuenta de que su padre se partía de risa solo porque la quería. Lo recuerda con los ojos cerrados, las rodillas temblorosas, riéndose a carcajadas.

Para despertarla, la abuela de Moll entra en su habitación, descorre las cortinas, le aparta el edredón y siempre le dice «¿Molly?» con el mismo tono: expectante. Moll coge una mochila pequeña y sale a la calle. Está aprendiendo a conducir, algo que le pagan su abuela y su madre. La han añadido como asegurada del coche y le regalaron unas placas con la letra L por su cumpleaños. Cuando está en Derry, su padre la lleva a un aparcamiento y practican el estacionamiento

en batería. En casa, tiene una clase a la semana. La gente está muy interesada en que aprenda. «Tendrás mucha libertad», le dicen. Parecen muy convencidos.

Moll echó un vistazo a la cuenta de Instagram de Tara antes de empezar a trabajar para ella en el puesto. Era un poco bochornosa. Tara dice, sin ironía: ¡Reencuentro mágico!, y usa emoticonos que ríen-lloran. Le enseña a Moll las fotos que piensa publicar antes de hacerlo. «¡Las he subido todas para que todo el mundo sepa lo bien que me lo paso!», dice, como si supiera que es raro, como si fuera consciente de lo que hace pero le resultara inevitable seguir haciéndolo para dar envidia a los demás.

Cuesta creer que una persona no haya sido siempre exactamente igual que cuando la conocemos. Como Tara, piensa Moll: alguien que siempre ha fingido fumar, alguien que siempre se ha teñido el pelo oscuro de rubio, alguien que siempre ha guardado su tarjeta bancaria, el efectivo y el documento de identidad en la funda rota de plástico rosa del móvil.

El primer día que trabajó en el mercadillo, Moll volvió andando a casa con Tara, y de camino las adelantó un grupo de chicos en bicicleta.

—Ay, Dios —dijo Tara—. Espero que no nos metan en un lío.

Lo decía en serio y empezó a andar a un ritmo que, evidentemente, le costaría mantener.

—Ahí va mi primo —dijo Moll. Lo saludó con la mano—. ¡Si tendrán unos trece años!

A veces, Moll miente y le dice que tiene que irse un poco antes o quedarse un poco más para no tener que volver con ella. La deprime escucharla.

Una mujer compra un collar de ámbar. Felix no sabe si el ámbar es auténtico; lo ha puesto a la venta como si lo fuera y la mujer no pregunta. Ella regatea; él deja que se crea que le ha bajado el precio cinco libras. Se lo guarda en una bolsita de regalo. La mujer está encantada con la compra.

—Hay buen café en ese puesto de ahí —dice Felix. Señala a Tara. Tara lo ve y le saluda con la mano.

El día transcurre con lentitud. Cuando sopla la brisa, ve algunas hormigas voladoras. En el baño, escucha los titulares de las noticias locales en la radio del personal de limpieza y eso le perturba. Se tambalea delante del urinario. El programa documental que se emitirá esta noche es inequívoco en sus conclusiones: la clínica de fertilidad con sede en la ciudad ha estafado miles de libras a un número desconocido de pacientes. La investigación ha descubierto que…

Unas estadounidenses han venido para una competición de baile irlandés. Llevan sudaderas con cruces celtas y espirales.

—¿Tienes algo con leprechauns? —preguntan dos mujeres.

Sin sonrojarse.

—No —dice Felix—. Solo tengo lo que veis.

—Llevamos toda la mañana buscando —dice una—. No entiendo por qué nadie tiene leprechauns.

Felix se encoge de hombros.

—Así es la vida —dice. Es absurdo.

Recuerda a su esposa con un gotero intravenoso en aquella clínica de fertilidad. Le dieron esteroides. Le recetaron medicamentos. Esa

mujer, de cabello pálido y uñas rosadas, le garantizó a su esposa un bebé. Dijo que nada era imposible. Que todo se puede lograr.

Pidieron dinero prestado a todo el mundo.

Se rasca la nuca. Se levanta junto a su puesto, saca el móvil y mira el mensaje de su hermana. Para ser justos, su hermana y su cuñado le prestaron miles de libras. Pidieron dinero prestado a todo el mundo, a la familia de su mujer, a algunos de sus amigos. Todos tuvieron que hacer un esfuerzo.

Al ver esos titulares, piensa en todas las personas a las que los estafadores sacaron dinero.

Era una estafa. La clínica era falsa.

Tuvieron a su mujer conectada a goteros, le dieron esteroides y medicamentos, y ni una sola persona de la clínica tenía formación médica. Un médico inglés les enviaba recetas en blanco firmadas: así consiguieron lo que querían. Su mujer se podría haber muerto. En la clínica no tenían ni puta idea de lo que estaban haciendo.

Él quiso dejarlo años antes que ella. Le dolía que no hubiese funcionado, pero seguía confiando en que lo superarían. Formaban una familia, ellos dos, pasara lo que pasara; se bastaban tal y como estaban. Él llevaba años diciendo esas cosas. Y luego le dijo a su mujer que se iría, meses antes de cumplirlo. Se lo advirtió, le dijo que lo haría. Habían pasado siete años. Le parecía que no tenían más vida que eso. Tenía que acabarse. Se lo repitió una y otra vez, pero ella no escuchaba. Estaba obsesionada. A él le parecía una especie de adicción. Le parecía una especie de enfermedad. Cuando se separaron, fue solo porque él necesitaba tiempo, necesitaba espacio. Quería a su mujer, pero la mujer con la que se había casado solo quería un bebé. Felix empezó a salir con otras mujeres de forma ocasional. Solo lo hacía para demostrarle a su esposa que iba en serio: si ella no paraba, él se iría, se marcharía de verdad, encontraría a otra persona; eso era lo único que pretendía. Y Felix

salía, veía a otras personas, y entonces pensaba, pensaba que iba en serio y que tenía que ir en serio para que todo terminara pronto y pudiese recuperar a su esposa.

Y, entonces, una mujer con la que se había visto se puso en contacto con él.

Estaba embarazada. Iba a tener un hijo suyo.

IV

Tara está sirviendo a la pareja que, según Moll, le ha pedido un tipo especial de edulcorante que no tienen. En persona, los americanos son distintos de los que Tara ve en la televisión; en persona, se siente incómoda.

—Dicen cosas genocidas —dice Moll.

—¡En Estados Unidos esto costaría el doble! —dice una turista a los demás, levantando su vaso desechable.

—¡Ja, ja! —se ríe Tara. No le queda otra.

Cuando los turistas se marchan, Moll limpia el extremo de la encimera donde Tara ha dejado un bote de canela y otro de cacao en polvo y dice:

—Todo el mundo habla de esa clínica de fertilidad.

Tara no sabe a qué se refiere. Moll repite lo que ha dicho. Es una clínica grande. La gente va allí desde hace muchos años y ha pagado miles y miles de libras. Y resulta que era un fraude. Una estafa.

Tara le dice:

—Voy a salir a fumar.

Moll asiente. Tara se detiene junto a los contenedores, allí donde le da el sol. Saca el móvil y entorna los ojos para ver bien la pantalla. Entra en Instagram. Ve con dificultad a una de las mormonas tendiendo ropa en un tendedero. Tara se relaja. Su respiración se ralentiza. Observa. La luz atraviesa la tela que se mece en el tendedero. Hay un bebé en el capazo, mirando a su madre y levantando las manos. La mujer lleva un vestido que se mueve con la brisa. Rodea el capazo y sigue colgando la ropa. Otros niños entran y salen corriendo; es imposible saber cuántos hay.

Cuando piensa en ello, Tara siente pavor ante la idea de terminar la jornada en el mercado y tener que volver a casa. Vive con sus padres. Ha pintado de blanco las paredes de su dormitorio, que antes eran de color rosa intenso, pero la habitación sigue siendo absolutamente reconocible: duerme en la misma cama, ve las mismas casas cuando mira por la ventana. Es el mismo asfalto, las mismas torres de alta tensión.

En su móvil, la cocina de la mormona es de madera y la mesa está cubierta de harina. La mujer saca la masa de pan y empieza a amasar.

Sus padres etiquetan algunas cosas en la nevera: guardar para una receta. por favor no tocar. Sus padres cocinan juntos, van siguiendo los libros de cocina página a página. Llegan juntos, salen juntos de casa. Se conocieron cuando eran guardias de tráfico a cargo de la misma esquina. Tara se tumba boca arriba, boca abajo, pasa horas mirando en el móvil la vida de otras personas. Trabaja y trabaja. Pisa el agua sucia acumulada en los charcos de la acera cuando se dirige a la parada del autobús; siempre vuelve por el mismo camino. Ha intentado acordarse de quién era de niña. Tiene recuerdos fugaces. Recuerda vagamente pasiones, creencias ardientes; su colegio tenía un póster en las aulas de religión que decía: entrégate al servicio de los demás, y Tara creía sin dudarlo que eso era lo que haría. Se

imaginaba noble, buena y agotada. Realizaría operaciones quirúrgicas. Enseñaría. Daría todo lo que tenía y luego recogería las migajas para regalarlas también. Y eso experimenta al dormir en la habitación de su infancia: cierta sensación de aislamiento, cierta sensación de culpa.

Recuerda que siempre ha sido consciente de la existencia de otros niños, de otros bebés. Una vez leyó en una revista que, en otra época, los cementerios eran lugares donde la gente iba a merendar, lugares, en ocasiones, de felicidad e inspiración, y deseó con fervor, con una sensación de malestar, haber podido tener eso. Porque los otros niños tienen presencia, aunque no se les tenga en cuenta. Y tal vez así habría sido más fácil. Lo que recuerda, lo que recuerda muy bien, es que era algo público. Sus padres hablaban de intentarlo y de tratamientos. Su madre tomaba vitaminas prenatales, levantaba la mano para rechazar cualquier ofrecimiento de alcohol y la gente lo sabía, la gente estaba animada, y luego, cuando las cosas salían mal, seguía una angustia constante y anonadada. Durante los meses siguientes, se cruzaban con gente que les decía: Ay, Dios, no lo sabían, qué pena, qué pena. Pasaba en todos lados. ¡Ay, no!, decía la gente. Se les llenaban los ojos de lágrimas. Sus padres se quedaban ahí, juntos. Así fue. Es muy fácil anunciar un embarazo, decía su madre, pero no hay forma de retractarse. Sus padres se quedaron ahí. Siempre albergaron esa esperanza. Siempre sufrieron esa intensa devastación. Tara era solo una niña. Estaba allí, pero no estaba. Sus padres estaban en otra parte.

Tara no podía nombrarlo. No podía expresarlo con palabras. ¿Cómo habría sido nuestra relación si no hubierais necesitado más? Para ellos era una tragedia tener solo a Tara. En cierto modo, ese era su dolor definitorio.

Recuerda estar entre sus padres, o detrás. Recuerda caminar delante, mientras los dos la seguían al mismo paso. ¿Acaso no soy un bebé? Podría haberlo dicho.

Guarda el teléfono cuando oye que se acerca gente: voces, conversaciones. «Joder, ese café está superamargo», dice uno de ellos.

V

Moll está intentando ser más directa. Se ha dado cuenta de que su forma de hablar se centra, excesivamente, en que la persona con la que habla se sienta cómoda. Ahora trata de decir lo que ella quiere. Trata de pedir la comida sin decir disculpe, podría, por favor, si no le importa, gracias, si no es molestia. Cuando la veía interactuar en un restaurante, su padre le decía: «Se trata de pedir lo que quieres, cariño; no tienes que suplicar».

Tara ha preparado unos moca para las dos; las cosas se están calmando. Los turistas se han ido y la gente que ahora deambula por la zona no pide café. Entonces Moll pregunta: «¿Puedo irme antes?». Tara se sorprende, pero responde de inmediato: «Claro». Antes de que Moll se vaya, le pide que la ayude a hacer un vídeo bumerán con el brindis de dos tazas de café color pastel. Lo publica en Instagram. Sobre la imagen, en letras brillantes, escribe: ¡Livin' la vida moca!

Mientras vuelve andando a casa, Moll recibe una llamada de su profesor de autoescuela: quiere cambiar su clase del martes al jueves. Además, le dice, ha subido la tarifa. Tiene que ajustarla al precio de la gasolina, le dice.

—Bueno, tendré que pensarlo —dice Moll. Se produce un silencio en la línea. Pero ella está contenta consigo misma por haberlo dicho—. Soy una adolescente, Richard. Tengo un límite de gastos.

Cuando vuelve a casa después de las clases de conducir, su madre y su abuela le preguntan cómo le ha ido. Al principio, Moll respondía con sinceridad, pero eso solo las inquietaba. Quieren oír que está progresando, aunque no sea el caso. Son así de incomprensibles.

Bueno, ese día está satisfecha consigo misma. Se imagina contándole a su padre la conversación. «Y entonces, papá, le digo: "Richard, soy una adolescente"». Sabe que él se pondrá contento. Se nota un poco sudada cuando llega a casa. Su madre está en la cocina, sentada a la mesa. Su abuela está en el fregadero. Hay silencio. Su madre se pellizca las manos. Hace un comentario sobre alguien de su trabajo, una familia a la que visitaba a menudo: la mujer le insistía siempre en que le vendiera el pelo, pero ahora solo queda el hombre, un hombre que le ruega que le diga quién es él.

Eso perturba a Moll. La imagen la ataca con violencia.

—Está sentado ahí —cuenta su madre—, y lo único que dice es: dinos, dinos quién soy.

Moll le suelta:

—¡Creía que eso era confidencial!

Aunque la ha oído, su madre pregunta:

—¿Qué?

—Que se supone que eso es confidencial —dice Moll—. ¡Que no puedes hablar de la gente!

—¿Crees que me hace falta esto? —dice su madre. Se pone en pie —. Ya estoy harta de chorradas, Molly. ¡Estoy harta de tener que andarme con pies de plomo contigo!

La abuela de Moll dice:

—¡Chicas!

—¡Como si pasaras mucho tiempo por aquí! —dice Moll—. ¡Como si estuvieras conmigo!

Su abuela se interpone entre ambas.

—¡Chicas! ¡Chicas!

En sus clases de conducir, Richard, el profesor, la obliga a parar a menudo.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunta a Moll.

Moll responde:

—¿El qué?

Richard tiene las manos secas por la psoriasis y las uñas muy cortas.

—Haces lo que en nuestra profesión llamamos cosas inexplicables. Haces cosas que no puedo..., no sé qué estás haciendo. —Extiende las manos hacia el salpicadero—. ¿Por qué haces eso, Molly? Yo no… Oye, ha sido peligroso. Necesito saber en qué estás pensando. Tendrías que hacerlo mejor.

Moll dice:

—¡No sé qué estoy haciendo! ¡Hago lo que puedo!

Y el profesor:

—¡Estás mirando al lado equivocado de la calle!

A veces se pone tan nervioso que se equivoca con su nombre: «¡Por Dios, Milly!», le ha gritado antes. «¿Hola? ¿Hay alguien ahí, Mel?», le dice.

VI

Felix y su mujer siguen casados. No sabe dónde está ella.

Los familiares de su mujer, que al principio se mostraron destrozados pero comprensivos con la separación, le dijeron que les asqueaba su comportamiento cuando les contó, tenía que contárselo, que iba a ser padre. No sabe nada de ellos desde hace años. Felix publica fotos de su puesto y del mercadillo en Facebook.

Sería bonito que alguno de ellos le enviara un mensaje. Los conocía tan bien…

¿Estás bien?

O algo así.

Nació su hija. Estaba sana. Él y la madre nunca fueron pareja, pero Felix intentó estar ahí, intentó ser útil. Ella encontró un nuevo novio. No quiso que él la visitara. Le dijo que podía ver al bebé una vez al mes.

Él fue consciente, y sigue siéndolo, de que no es un acuerdo justo, pero en cierto modo siente, y siempre ha sentido, que de todos modos no se merece a la niña.

Ahora tiene siete años. Felix y la madre de su hija son diferentes, y eso se nota en los detalles; cuando él la ve, hay cositas que le molestan. Una vez, cuando su hija tenía tres años, al recogerla reparó en que llevaba las uñas pintadas y le habían alisado el pelo rizado. Hasta le pareció ver rímel.

—¿Has sido tú? —le preguntó a la madre.

Era para una fiesta familiar, le explicó ella. Algo relacionado con la familia de su pareja.

Una vez vinieron al mercado. Fue idea de Felix; pensó que estaría bien que su hija viese dónde trabajaba. Fue por Halloween. Su hija vino con su madre y la pareja de su madre. Llevaba un disfraz de Grease. Cuando la vio, Felix pensó: Empezamos bien.

—¿Por qué va vestida así? —le preguntó a la madre. Vio que ella se sonrojaba—. Tiene seis años, ¿qué hace, por qué va vestida así?

—¡Le encanta! —respondió la madre—. Está obsesionada con Grease. Nunca pensé que aguantaría la película entera, pero ahí se quedó hasta el final, sin moverse. Está obsesionada.

—¡No me digas que le has dejado ver Grease! —dijo Felix con voz aguda y temblorosa—. ¿Tiene seis años y le has dejado ver Grease?

Estaba enfadando a la madre. Ella soltó la mano de la niña.

—Si tienes algo que decirme, Felix, dilo.

Pero él no dijo nada. Le dio a la niña un cárdigan vintage que le había estado guardando, uno de ganchillo de lana auténtica. La niña se lo pasó a su madre. Su madre lo metió en el bolso.

El mercado está cerrando. La gente recoge y cubre sus puestos con telas blancas que son como mortajas. Ve a Tara, la mujer del puesto de café, con el móvil, toqueteando la pantalla. La llama sin pensar, con las llaves de la furgoneta en la mano.

—¿Te llevo? —le dice.

Tara asiente.

Ha sido un impulso. En realidad, él tiene la cabeza en otra parte. Está pensando que tiene que grabar ese documental. Sabe lo que

han descubierto, lleva todo el día escuchando los titulares en las noticias locales, pero debe verlo. Debe verlo todo. Quizá haya alguna página web sobre el asunto. Quizá haya algún tipo de apoyo.

Ya en la furgoneta, ve que algunas hormigas están muertas. Felix se siente mal. Le sorprende lo mucho que lo lamenta. Tendría que haber dejado la ventana abierta. Podría haberla dejado abierta, no le costaba nada.

Hubo un largo periodo de tiempo en que la tristeza de Felix hizo que su mundo fuera casi inhabitable. Todo lo que leía —habían torturado a un gato, habían encontrado su cadáver; Mike Tyson se dedicó al boxeo porque de niño lo acosaban, porque de niño tuvo que quedarse mirando mientras alguien le arrancaba la cabeza a su mascota—, todo, en todas partes, eran cosas horribles. Cuando el dolor pasó, su hija ya tenía unos trece meses. Había pronunciado su primera palabra. Mamá.

VII

A las cinco en punto, la abuela de Moll empieza a prepararse para salir de casa e ir a misa. Comprueba el bolso. Se cambia de ropa. A las cinco y media, la madre de Moll dice que las llevará a la iglesia en coche. Hace calor. Dice que así será más fácil.

Moll se sienta detrás.

La abuela de Moll siempre se pone a la defensiva cuando ve los pocos coches que ocupan el aparcamiento de la iglesia. Siempre siente la necesidad de decirle algo a Moll, como: «Se llenará, ya lo verás», o bien: «Hoy en día la gente camina; viene andando, ya no van en coche».

A Moll no le importa. Le da lo mismo.

—Creo que es por las hormonas —está diciendo su abuela—. Creo que es por las hormonas y que las dos estáis estresadas. Sois como gatos.

—Gracias —dice Moll.

Su madre para el coche en el aparcamiento. Cuando ella y su abuela salen, su madre la llama.

—Dame un minuto —le dice—. Moll, por favor.

Moll mira a su abuela, que asiente en dirección al coche. Moll vuelve a entrar. Se sienta en la parte de atrás. Su madre tiene las manos en el regazo. Al principio no habla. Moll observa a su abuela, que sube los peldaños de la iglesia.

—Más le vale que me guarde un sitio —dice Moll, aunque la iglesia estará casi vacía: no quiere que su madre lo sepa.

—No sé por qué las cosas son así —dice su madre. Pronuncia las palabras lentamente—. No sé si es… Quiero decir, no sé, es como… Tienes a mi madre y tienes a tu padre. No me necesitas.

—Esto no es justo —dice Moll. Se inclina hacia delante entre los asientos. Dice exactamente lo que quiere decir—. Estás intentando hacerme sentir culpable. Siempre haces lo mismo. Quieres que me sienta mal.

—No —dice su madre, con un pánico creciente en la voz—. No, no, no, no es eso. Mira, ahora te estás enfadando, eso no es lo que quiero, Molly, yo no quería esto. Quiero que seamos amigas, no sé por qué es tan difícil. Quiero que seamos amigas. Quiero que nos conozcamos.

Hace calor en el coche y no se mueve ni pizca de aire.

—Voy a llegar tarde —dice Moll. Se dispone a abrir la puerta. Su madre la bloquea—. ¿Qué coño pasa? —dice Moll. Tira de la manilla del coche—. ¡Abre la puerta!

—Molly —dice su madre, mientras Moll le grita que abra la puerta—. Escúchame, Molly. Molly, necesito que me escuches —le grita. Baja la cabeza y la apoya en el volante—. Tuve un trabajo. Acababa de salir del colegio. Hacía tonterías. Por ejemplo, hacía masajes de pies y manos, y chorradas así, y me dijeron que, si preguntaban, teníamos que decir que ayudaba, que aumentaba el flujo sanguíneo y reducía el estrés y que así no sufrirían ningún aborto espontáneo, ya sabes que pagaban una fortuna por esa mierda, nos pagaban a mí y a otros estudiantes estúpidos, y todos les mintieron, todos les mentimos.

—¿En la clínica? —dice Moll.

—Yo sabía que no estaba bien. Pero tú eras solo un bebé.

—Así que otra vez es culpa mía —dice Moll.

—¡No! —dice su madre, su voz enrojecida, quebrada—. Fue mi madre. Se lo conté. Yo sabía lo que estábamos haciendo. Pero ella me dijo que no contara nada. Me lo dijo. Me dijo que me pondrían en la lista negra y no volvería a trabajar. ¡Yo estaba preocupadísima! Me dijo todo eso, Molly. Me dijo: ¿Y si se llevan a Moll?

Moll siente opresión en el pecho, en el torso.

—Eres trabajadora social —dice—. Sabes que nadie me habría apartado de ti por eso. ¿Por qué, por denunciar la situación, joder?

—En aquel entonces yo no era trabajadora social —dice su madre—. Todavía no lo era. No lo sabía. La creí. Yo no sabía nada. —Respira pesadamente, con la cabeza todavía apoyada en el volante—. Y luego lo dejé. No sé. No hice nada, ni siquiera cuando ya lo sabía todo. Podría haber cambiado las cosas. Pensé que cambiarían. —La

madre de Moll no la mira—. No puedo sacármelo de la cabeza. Es..., no sé ni cómo expresarlo. Hay algo maligno, Molly.

—Tienes que dejarme salir del coche —dice Moll. Oye el clic de las puertas al desbloquearse—. No entiendo por qué me cuentas esto. No tiene nada que ver conmigo.

Nota que su madre la está mirando con una expresión tensa y desesperada, pero Moll solo mira su propia mano, que se acerca a la manilla y abre la puerta.

—Tú me pusiste en el buen camino, Molly —dice su madre.

La iglesia está en silencio. El sermón es largo. Los niños de la congregación llaman la atención por su escasez. La hoja parroquial afirma que, en el futuro, quizá no haya suficientes sacerdotes para celebrar funerales individuales. En su homilía, el cura dice que lo fundamental de la Misericordia es que no se merece. Si se concede el perdón de forma merecida, entonces no es Misericordia, sino Justicia. Por eso la Misericordia es tan poderosa. Por eso suplicamos por ella. Perdónanos, siente Moll que dice el sacerdote. Por favor.

Después de la comunión, se sientan a escuchar un CD de himnos que suena por los altavoces; no hay coro. La cabeza de su abuela le cae encima del hombro.

Está roncando.

VIII

Su cuñado las capturó hace cinco o seis años. Felix fue al jardín trasero y allí se lo encontró, recogiéndolas del muro del jardín y barriendo el aire con una red para atrapar las que volaban. Las

llamaba alúas. Un día al año, las reinas aladas se elevan en el aire. Es algo habitual en muchas clases de hormigas y también en las termitas. Felix se quedó allí mirando. Su hermana todavía estaba trabajando; tardaría un rato en volver a casa. No llegó hasta que las hormigas voladoras estaban fritas, con el gordo abdomen rayado. Su cuñado dijo que sabían a limón.

—Pues qué bien —dijo Felix. Lo estaba pasando mal. El bebé tenía seis, quizá siete meses.

—Lo llaman la Gran Mortandad, Felix —dijo su cuñado—. No soy… No soy catastrofista ni preparacionista ni nada por el estilo, pero creo que tenemos que aprender todo lo que podamos antes de que desaparezca internet.

La hermana de Felix llegó a casa, sirvió unas copas y se sentó con ellos vestida con la ropa del trabajo: los pantalones de cintura alta y la blusa.

El cielo tardó horas y horas en oscurecer.

Cuando anocheció, su hermana dijo:

—No has hecho nada malo, Felix.

Ya llevaban unas copas encima. El bebé tenía seis, quizá siete meses.

Desde entonces, él ha oído historias terribles, historias sórdidas de hombres que dejan embarazadas a otras mujeres mientras sus esposas están en pleno ciclo de fecundación in vitro o incluso cuando han sufrido un aborto espontáneo. Ha oído historias terribles, pero la suya ya es bastante mala, piensa. Sabe lo que diría su esposa: al final él sí ha tenido un bebé.

A Felix le cae bien su cuñado. Habla con calma. No es religioso. Sabe muchas cosas. Felix cree que su hermana es buena para su cuñado

y viceversa, lo que le parece estupendo. No conoce muchas parejas así. Nunca han querido tener hijos, era algo que siempre habían dicho los dos, y siempre se portaron muy bien con Felix y su mujer, durante todos los años en que lo intentaron.

Su cuñado atrapó algunas hormigas simplemente dejando que le treparan por las manos.

Cuando se detiene en la calle que Tara le ha indicado, Felix abre su puerta mientras ella sale por el lado del copiloto. Recoge los insectos muertos del salpicadero con la palma de la mano. Los sostiene. Tara lo observa. Él no la conoce. Felix deja la puerta abierta, se dirige a la pequeña extensión de césped que hay delante de la casa de Tara y los suelta allí. Entonces se siente un poco mejor: volverán a la tierra. Quizá algo se los coma. Alguna especie de pájaro.

En el coche, Tara se ha dado cuenta de que sonaba un CD, aunque el volumen estaba al mínimo y no se oía. Pero veía que los números de las canciones iban cambiando. Se ha planteado hablarle. Se lo ha planteado durante todo el trayecto. Pero las palabras se le solidificaban en la boca y se lo impedían. Yo creía que iba a ser una persona brillante. Casi lo ha dicho. Creía que tendría muchísima energía. Y creía, sabía, que mis padres no eran felices, pero creía saber por qué y pensaba que yo sería capaz de librarme, pero no he podido y quizá nunca pueda. Siempre me ha parecido que la gente hablaba de hacerse mayor de una forma muy deprimente y pensaba que yo nunca hablaría así, pero me estoy haciendo mayor y eso hago, no puedo evitarlo, porque es, es como, soy yo la que está agotada, soy yo la que hace estos turnos, pero creía, creía que sería diferente para mi generación. Creía que seríamos personas brillantes. Creía que los adultos que conocíamos eran infelices, pero solo porque, supongo, no hacían bien las cosas. Creí que, como no queríamos hacer lo mismo, encontraríamos la forma de no tener que hacerlo, pero ahora pienso: Joder, nadie tiene la más mínima opción. Y creí que mi vida sería maravillosa, pero la verdad es que estoy

siempre cansada. Hasta cuando acabo de despertarme, creo que incluso cuando duermo, sueño que estoy cansada.

Creo que hasta lo sueño.

Es así todo el camino. Tara está a punto de decirlo.

—Gracias por traerme —dice por fin, al salir de la furgoneta—. Normalmente voy andando con Molly, así que no te preocupes, no te voy a pedir que me acompañes todas las semanas.

—No es nada —dice Felix. Está mirando la casa. Carraspea—. Estoy hecho polvo. Qué te voy a contar. El puesto apenas da beneficios. —Y añade, con torpeza—: Hasta la próxima, muchacha.

Tara le dice adiós con la mano.

No se atreve a entrar en casa.

Se sienta en el escalón de la entrada. El día es cálido y el sol brilla con fuerza. Hay pequeños insectos volando aquí y allá. Sus padres estarán dentro. Estira las piernas. Oye un zumbido en la cabeza, un sonido que le empieza en el oído y se le extiende por todo el cráneo, que la deja sin fuerzas, que siempre la tiene al borde del desmayo.

Salió varios años con un gemelo idéntico. En las discusiones, ella siempre le acababa gritando:

—¡Nunca entenderás lo sola que me siento!

Eso los perturbaba a ambos.

—¿De qué coño estás hablando? —decía él—. Lo siento, ¿vale? Tendría que haber sacado la basura.

Oyó ese zumbido en la cabeza todo el tiempo que estuvo con él.

Se separaron porque ella se obsesionó con la convicción, con la certeza, de que otra persona lo haría más feliz, de que había un amor mejor para él en algún otro sitio. Tara lo estaba privando de ese amor, eso era lo que creía, y se volvió desagradable, hasta que él vio lo que ella siempre había sabido; hasta que se fue.

Felix, ha pensado decirle en el coche. Nunca tuve ninguna duda de que yo no era lo que ellos querían. Este no era su plan. Siempre tuvieron muy claro que yo no les bastaba.

El zumbido le retumba en la cabeza.

Estoy enfadada, dice.

IX

Antes de casarse, la abuela de Moll viajó a Dublín para rezar ante los restos de san Valentín. Guíame, le suplicó a ese cuerpo. Mantenme en el buen camino.

Las cosas no tienen sentido, pero ella no les pide que lo tengan. Compra tarjetas en la tienda de la iglesia, tarjetas religiosas, tarjetas con bendiciones: Recé por ti en la novena. Envía tarjetas así a todas partes. Tu ser querido será recordado en nuestras oraciones, dicen las tarjetas. Ella escribe: Con cariño, Rita; siempre en mi pensamiento.

En realidad, Rita cree lo que le dijo su madre cuando ella era una niña, sentada en una escalera alfombrada: Esta vida es el infierno y al morir vamos al cielo. «Ah, sí —dice Rita—, mi madre era una creyente convencida. Una devota.» Que estas no sean creencias cristianas no le preocupa. Son cristianas porque ellas dicen que lo son; Rita cree a su madre, no cuestiona a ningún cura.

Moll lo ve, a veces. Una tarde, Rita se pone furiosa cuando un grupo de mujeres discuten en la televisión si deben o no tener hijos, las consideraciones que hay que pararse a sopesar.

—Eso no se puede hacer —dice Rita. Ve la tele sin moverse—. Si hubiera pensado en tener hijos, nunca los habría tenido.

Moll la mira y hace un ruidito.

—Nos llevaría un buen rato aclarar eso —dice.

Rita se da la vuelta. Moll lo ve, a veces: esa negativa a cuestionarse las cosas; cómo vive Rita.

Sube la escalera y le dice a Moll que quite el póster de Black Lives Matter que ha colgado en la ventana de su dormitorio. Le trae tiras de verdura rebozada y zumo, del concentrado que se diluye; ni siquiera se esfuerza en darle una razón. Moll, que está acostada con la cara vuelta hacia la pared, le dice: «Pues mucha prisa te diste en que los chicos pintaran carteles con arcoíris en apoyo a los médicos cuando todo el mundo lo hacía». No dice: ¿Te avergüenzo? No discuten, porque Rita no discute. Rita responde: «Esto no es una democracia». Quita el cartel al salir.

Ahí está: chupando los huesos de un pollo asado, poniéndose las joyas de oro para salir de casa, sujetando la cabeza de cualquier nieto con hemorragia nasal, pellizcándole la nariz, inclinándolo hacia atrás. Compra cestas colgantes con geranios rojos trepadores. Escupe a una mujer que llama a la puerta para ofrecer servicios de aborto. Plancha todas las prendas de Moll, hasta los calcetines. En la cola de la farmacia, oye que alguien dice: «Cría a tus hijos y podrás mimar a tus nietos; mima a tus hijos y acabarás criando a tus nietos». Se le queda grabado. Mira a su hija, que acaba de llegar y está trabajando con el portátil, con los hombros encorvados y la luz blanca del ordenador reflejada en su frente arrugada. Escribe esas tarjetas: Con cariño, Rita. Escucha a Moll, que cuenta su excursión de Geografía: han recogido muestras de agua del río para identificar

a los insectos, pero sin suerte; no había ni uno. La madre de Moll llega a casa del trabajo y se tumba en el sofá. Ha habido un incidente con una navaja. Hay dificultades. Hay dolor. Lo único que Rita ha dicho desde que nació su hija es: «No hagas ninguna tontería». ¿Y qué más se puede decir?

A veces, a Rita le molesta cómo se recuerdan las cosas. En una cena, menciona que enseñó a sus hijos a nadar y la madre de Moll suelta una risita falsa. «Nos empujaste al agua», dice. «Nos dijiste: Por el amor de Dios, ¿ni siquiera sabéis flotar?» A Rita le duele que la recuerden así. Ahí están, en casa de Rita. Ahí están, a la mesa, comiendo la comida de Rita.

Casi acabáis conmigo. Sí, eso piensa Rita. Cada uno de vosotros… Casi me muero. Perdió dientes durante sus embarazos. Le carcomieron los huesos. ¿Dónde estaba su silueta? Tenía que estar en alguna parte, había estado en alguna parte… La madre de Moll le rompió el coxis al salir: la columna vertebral. Rita lo recuerda a menudo. Me partiste la puta espalda. La gente no la veía entonces. Pero así eran las cosas. Las cosas no tienen sentido. Ella no les pide que lo tengan. Yo tuve que hacerlo, piensa. ¿Por qué no ibais a hacerlo vosotras?

Los quiere. Cuando no están juntos, les envía mensajes de texto a sus hijos y a sus nietos. Acabo de encender una vela, les escribe. O: He rezado una oración especial. Deberíais notarlo en cuestión de minutos.

Le envía un mensaje a Moll que dice algo así: Deberías sentir que empieza a hacer efecto. Moll no sabe si su abuela habla en serio. Le pregunta: ¿Cómo sabré cuándo me ha llegado?

Rita le responde: Creo que todo te parecerá más ligero.

Daisy Hill

LA PERRA

John se lleva el animal al veterinario porque respira mal, porque se caga en el pálido suelo laminado del piso, porque le han salido bultos nuevos. Quizá necesite, reconoce, que la operen. El veterinario examina a la perra, le abre la boca, le palpa la piel y dice: Sí, no le queda mucho. Recomienda, tiene que recomendar, la eutanasia.

No, dice John.

Es la única respuesta amable; no hay nada que hacer.

No, dice John. No consigue decir nada más. Se apoya pesadamente en la mesa de exploración del veterinario con la boca entreabierta. El veterinario no se vuelve. Sigue recorriendo con los dedos el lomo de la perra, las metástasis. Así morirá en paz, dice el veterinario: sin miedo, sin dolor. Hay que ofrecerle cierta dignidad.

¿Cuánto tiempo le queda?, le pregunta John. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Esa noche, John llama a Rowan por Messenger. Antes de que la llamada se conecte, se le eriza la piel de pura vergüenza y cuelga. Se sienta con el móvil en la mano, consciente de su propia respiración.

Por la mañana, el móvil le avisa de que Rowan le ha enviado un mensaje. John se sorprende. El mensaje de Rowan dice: ¿estás libre el sábado? igual me paso

John dice: como quieras.

Luego dice: sí, claro. Por aquí andaré

Cuando el autobús procedente de la ciudad llega a la estación, Rowan va a los aseos y luego sale al aparcamiento con su mochila, buscando a John. Un coche está tocando el claxon, pero a Rowan no se le ocurre que lo estén tocando por él, ni siquiera cuando le suena el móvil: Shane Hughes le está llamando por WhatsApp.

¿Qué tal, Shane?, dice Rowan.

¿Eres tonto o qué?, dice Shane. Vuelve a tocar el claxon.

Rowan se acerca, algo avergonzado. Shane parece tenso, incluso de lejos, incluso a través del parabrisas, con las manos en el volante y los ojos comprobando los retrovisores. Su coche es grande y blanco, y está lo bastante sucio como para que se vean claramente unas huellas de manos en la superficie.

Has tardado, dice Shane. John me ha pedido que te recoja. Se pone en marcha antes de que Rowan se haya abrochado el cinturón de seguridad.

Shane tiene veintisiete años. No es mucho mayor que Rowan, que tiene veintitrés, pero se siente adulto en aspectos que supone que Rowan ni siquiera alcanza a comprender: Shane está casado, su mujer está embarazada; habla de aumentar masa muscular y de definir, consume kilos de proteína en polvo, está siempre preparando unos espesos batidos grises que le dan náuseas. Trabaja para su padre, Máirtín, constructor, ya desde antes de terminar los estudios. Su móvil reproduce una lista de Spotify titulada «This is Coldplay» y, ya en marcha, Rowan se fija en una pequeña insignia con la cruz de santa Brígida pegada en el salpicadero. La madre de Shane, Michelle, siempre lleva cosas así en su coche. Tiene una pluma, que encontró y considera una señal de sus padres, metida en el parasol.

Rowan se ablanda.

Oye, Shane, dice. Gracias por venir a buscarme.

Shane asiente. Tienes que comprarte un coche.

Ya. Pero los autobuses van bien.

En la ciudad, puede. Aquí no hay nada.

Yo vivo en la ciudad, Shane, dice Rowan.

En el móvil de Shane suena «Viva La Vida».

Rowan le pregunta a Shane por su mujer, una maestra que, como actividad extracurricular, ayuda a formar monaguillos entre los alumnos de sexto y séptimo curso, y por su hermana, la solista de diecinueve años que cantó «As I Kneel Before You (Ave Maria)» en la boda de Shane. Evidentemente, a Shane le extraña que le pregunte por la hermana de su mujer. Le va muy bien, dice. Está de Erasmus en Madrid.

Ojalá él también lo hubiese hecho, dice Shane. Ojalá hubiese pasado unos años en España o en Portugal. En cuestión de minutos, empieza a hablar de Australia y de que, pese a las noticias de la gente que muere carbonizada en sus coches y de las inundaciones, tan destructivas que su propio Gobierno las llama «bombas de lluvia», se vive mejor allí. Lo repite dos veces: allí se vive de fábula.

Entonces, ¿es eso lo que quieres?, le dice Rowan. ¿Estás pensando en mudarte?

Shane niega con la cabeza. Eso hay que hacerlo cuando eres joven.

Rowan no sabe adónde se dirigen. John vive en un piso que Rowan no ha visto, el piso que compraron menos de un año antes de que Zita falleciera. Como es diminuto, celebraron el velatorio de Zita en

casa del padre de Shane, a las afueras de la ciudad. Hace tiempo que Rowan tiene intención de visitar a su tío; no le apetece, pero sabe que ya tendría que haberlo hecho.

John suele hacer una broma, algo así como: ¡Tendría que haberla visto venir! Conoce a Zita en un concierto público en Ormeau Park; ella echa a andar directa hacia él. John bromea con lo de «tendría que haberla visto venir» como si así hubiera podido hacer algo al respecto, pero lo cierto es que sí la ve venir: la ve andando y se pone tenso, pues ni siquiera se atreve a imaginar que esa mujer, que quizá ella, será posible, esté acercándose a él.

Se pone enferma y la enfermedad se la traga. Cuando se recupera, los dos dejan el trabajo, compran una casita en ruinas con suelo adoquinado y ella pega una tarjeta en la puerta de la alacena, la tarjeta que sus colegas del trabajo le han dado en su despedida: Zita McVeigh, tu vida es una película, dice. A Zita le encanta esa frase.

Zita es la primera persona a la que Rowan dice que quiere ser escritor. Siempre que la ve quiere hablarle de la lista, pero no lo hace. En el aniversario de la muerte del padre de Rowan, Zita le escribe: aún parece tan vivo.

Eso significa mucho para Rowan.

Zita vuelve a enfermar. Siente una obligación: sabe lo que tiene que hacer. John vivirá en un altar dedicado a ella si no lo empuja a seguir adelante. John lo guardará todo si ella no lo tira. De modo que, incluso enferma, eso es lo que hace. Venden todo. Compran y se mudan a un piso pequeño en la ciudad natal de John. En ese nuevo lugar, Zita se imagina a John andando para encontrarse con sus amigos. Sí, puede imaginarlo llevando a la perra al parque, silbando de camino a casa después de tomarse una pinta. Eso es. En el pub celebrarán concursos, piensa. Él ganará. Así son las cosas: ella está sentada en el hospital. El médico empieza preguntándole si

la acompaña alguien hoy. No, dice Zita. Quiere que John lo oiga de ella. Lo siento mucho, Zita, le dice el médico. Ella tiene una preocupación singular: debe hacer que su muerte sea algo que John pueda superar.

Shane dobla por una calle con un edificio de apartamentos en la esquina. John está en la acera, esperando. El coche sube al bordillo para aparcar y, mientras John cruza, Shane levanta un dedo del volante como saludo. Baja la ventanilla cuando su tío se acerca a ellos.

Tengo que irme, John, dice Shane.

Sí, claro, dice John.

Rowan y él se quedan mirando mientras Shane se aleja, el coche blanco lleno de palmas marcadas vuelve a subir la calle y, por un instante, la imagen le recuerda a Rowan a esas cuevas que tienen huellas de manos. Le parece conmovedor y luego le resulta bochornoso. Me alegro de verte, John, dice, con los largos brazos colgándole a los costados.

Perdona que no haya podido ir a buscarte en persona, dice John. Pero el coche tiene un problema, para variar; el embrague está estropeado.

No te preocupes, dice Rowan. Ha estado bien ver a Shane. Sigue a John a la otra acera, en dirección al edificio de apartamentos. ¿Cómo va todo?, pregunta.

Ante las puertas cerradas del ascensor, cada uno espera a que el otro pulse el pequeño botón cuadrado. Es horrible, dice John. Esa es la verdad.

Ah, dice Rowan. Dice: Dios, John, lo siento.

La pobre sufre sin parar, dice John. A Rowan le sorprende oír emoción real. La miras y piensas que está bien, dice John. Pero yo la miro y lo sé.

Rowan pulsa el botón del ascensor. El ruido del mecanismo es como el crujido de huesos en las articulaciones.

Han dicho que no la tratarán porque no servirá de nada, simplemente no serviría de nada. Le dan analgésicos, pero no es lo mismo.

El ascensor llega y se abren las puertas. John no se mueve. A veces pienso, dice, cuando veo fotos de ella, a veces pienso que, si cuando mirases a alguien supieras lo que va a pasar, ¿lo harías? ¿Querrías...? ¿Querrías…?, dice sin terminar la frase, balanceándose, su cuerpo meciéndose suavemente con el movimiento de alguien que no puede permanecer mucho tiempo en pie. Ella podría, dice John, yo podría, nosotros, nosotros podríamos haber muerto al nacer.

Rowan no establece contacto visual.

Entra en el ascensor, que tiene un espejo, un cuadro con seis botones y un teléfono en caso de avería; junto al teléfono hay una nota pegada con cinta adhesiva que dice que el teléfono no funciona y que se ha informado al fabricante. La nota tiene fecha de hace dos años.

Y piensas, dice John, piensas: John, es una perra.

¡No!, dice Rowan, demasiado rápido.

John está de pie con los ojos cerrados, balanceándose. Me oigo a mí mismo, dice. Oigo lo que digo. Es una perra, dice John y, cuando se frota la frente, Rowan le ve la piel seca de las manos, agrietada en las articulaciones. Al coche no le pasa nada, dice John. No he podido

ir a buscarte porque no puedo, no puedo dejarla sola. El ascensor sube con dificultad, con movimientos bruscos y viscosos.

La puerta del piso de John, en la segunda planta, está abierta.

Dentro hay una perra tumbada en una cama junto a un ordenador portátil, colocado sobre el suelo gris del piso, que reproduce un vídeo de YouTube de tres horas de duración en el que aparece una chimenea crepitante.

John ve que Rowan lo está mirando. Se dirige a la cocina del fondo de la sala, donde están el fregadero y el microondas.

Coge un hervidor, forcejea con el grifo y pregunta: ¿Té?

Sí, gracias, John, dice Rowan. Siente auténtico alivio. Se acuclilla junto a la perra. No tiene tan mal aspecto, piensa. Conserva todo el pelo, pero tiene bultos en el cuerpo, líneas de bultos voluminosos en la cara, como implantes de pómulo. Extiende una mano para acariciarla, pero luego se lo piensa mejor: no sabe dónde le duele. Qué grande es, dice. Es una perra de caza, ¿verdad?

Es mezcla, dice John. Como son los perros de verdad. Todos los perros grandes en uno.

Sigue de pie junto al fregadero. Rowan está sentado en el suelo. El agua bulle y el hervidor se apaga con un clic. John sigue de pie, con la piel curtida y fina de los brazos al descubierto, la camiseta subida de forma que se le ve la tripa con la marca de un cinturón ceñido, el único piercing olvidado de su oreja se ha cerrado como un túnel ferroviario. Rowan ve la ausencia de Zita en el cuerpo de John, en su forma, en el pelo, espeso en las orejas y la nariz, que crece de forma desigual, a mechones, a ausencias, desde la coronilla. Zita estaría allí para darle forma, y, aunque lleva años llamando a John por su nombre de pila, se muere por llamarlo tío, por devolver un poco de orden a las cosas, por ver la cantidad de dolor que imagina que se le permite a un sobrino.

Ahí está, su tío John: frente a un fregadero lleno de platos sucios, tazas mugrientas, un cuenco rebosante de bolsitas de té usadas; ahí está, ahí está todo él, tambaleándose, tambaleándose.

Joder, dice Rowan.

EL PISO

John ha tomado algo, pero Rowan no sabe qué, y ahora que por fin lo ha visto no entiende cómo no se ha dado cuenta antes. John le habla de la mujer mormona del piso de abajo, que se mudó ahí porque Dios se lo dijo. Me ha contado que Dios la llamó aquí, dice John, y luego se ríe, un sonido que sale lentamente de su boca, a pedazos, y añade: Lo que nos faltaba, ja, ja, Rowan, eso le digo yo, lo que nos faltaba, joder. Está en el suelo, con la mano apoyada en la cama de la perra. La voz le sale pesada de la boca, suena familiar y terrible. Ha tardado una hora en admitir que ha tomado algo, pero no ha soltado prenda sobre qué, cuánto ni dónde lo ha conseguido.

John habla de la perra. Le ha pedido a Rowan que le ayude a encontrar vídeos; dice que la tranquilizan. Dice que él lo nota. Le ponen un vídeo de una carrera de galgos, una recopilación de vídeos de gatos con juguetes que hacen ruido y dos vídeos de lobos aullando en diferentes parques nacionales. La perra está tumbada boca abajo. No reacciona.

John dice: Rowan, ¿ves esas fotos junto al televisor? Tráelas. Hay dos marcos en el mueble de la tele. Uno contiene una foto de Zita; el otro muestra una de John, Dónal, Michelle y su madre delante de la tienda de su padre en Hill Street. Tráelas, dice John.

Rowan no quiere. No se mueve.

En el instituto, cuando el padre de Rowan muere, su tutor lo llama al aula para darle una hoja impresa con una serie de emociones dispuestas en círculo. Cada emoción está vinculada a palabras más descriptivas; la ira, por ejemplo, se divide en: frustración, celos, decepción, resentimiento. Es importante, dice el hombre, que Rowan se mantenga en contacto con sus emociones, que experimente de verdad sus sentimientos. Los demás profesores lo consideran algo muy progresista por parte del tutor, lo que le da mucho prestigio entre el resto del claustro. Pero Rowan sabe allí, en el piso de su tío, que sus emociones son incognoscibles. Siempre ha sido así. Lo que le pasa: está consumido por la ausencia de sentimientos. Le desborda la ausencia de personas.

Cuando Rowan se levanta de pronto, John alarga la mano hacia las fotos, expectante.

Voy al baño, dice Rowan.

Cierra la puerta del baño. Le satisface el sonido compacto del picaporte. No hay jabón ni toalla. Se moja la cara. Respira conscientemente. Se mira las manos con atención. Su piel está intacta.

Cuando va y vuelve del baño, Rowan pasa por delante del dormitorio de John, que tiene la puerta abierta. Hay grandes manchas oscuras de moho en los rincones y una cama tan llena de ropa y cosas que es imposible dormir en ella, y ve que John no duerme allí y no sabe qué hacer con esa información; después siente oleadas de las que solo puede extraer dolor y pánico. No estás durmiendo en tu cama, Rowan se imagina diciéndole en un mundo en el que es más valiente. John, le dice en ese mundo, no eres un anciano. Flota un olor en el pasillo: rancio, húmedo. El suelo de lamas está desnivelado.

El tío de Rowan sigue donde lo ha dejado, con una mano apoyada en la cama de la perra y los ojos abiertos.

Rowan mira a John como si nunca lo hubiese visto y luego le dice, aunque le cuesta, aunque decirlo hace que el cambio sea real: ¿Qué coño te pasa en la cara?

Y John no responde, aunque quizá esos ojos abiertos se agranden mientras Rowan lo mira a la cara, en el suelo, la respiración lenta, el lado caído de la boca, el charco de saliva.

Levántate, dice Rowan. ¡Levántate! Está gritando.

¿Qué?, dice John. O hace un sonido similar, un sonido espeso, un sonido pesado que quizá sea esa palabra. Pareces mi padre, le dice Rowan en un mundo en el que puede decir cosas. Tienes la cara hundida, flácida y vacía, y, como no hay nada en ella, ninguna expresión, no puedes moverla ni es tuya, igual que mi padre, igual que mi padre cuando estaba muerto. No puedes hacerme esto, le dice a John en ese otro mundo. ¿Cómo puedes hacerme esto?

Rowan dice: Levanta los brazos, John. Tienes que levantarte, levántate, vamos, y le coge las manos e intenta moverlas. Dios mío, dice Rowan. Dios mío. Dios mío.

Solo existe el miedo, el pánico, el dolor de sus brazos, mientras le grita: Levántate, levántate, ¿por qué no puedes?, ¿por qué no puedes?, pesas demasiado, John, muévete, por favor, John, grita, John, John, y piensa: las personas mueren y mueren y mueren y mueren.

Levántate, le dice Rowan.

Pero John no puede.

Sé que sabes que esto es grave, dice Rowan. Sin embargo, en el mismo momento en que pronuncia esas palabras, Rowan tiene que luchar contra un torbellino que le dice que tal vez no lo sea. Es el mismo torbellino que le dice que nada de esto es real.

Esto no puede estar pasando, dice el torbellino. Por lo tanto, no está pasando. Le abruma la sensación de no estar vivo. Se sienta al borde del sofá. Ahí está John, en el suelo. Las personas mueren y mueren y mueren y mueren.

En la boda de Shane, Zita encuentra a Rowan llorando detrás del piano de cola, en la recepción del hotel. Lo lleva a los aseos para personas con movilidad reducida y le hace quitarse la corbata, le desabrocha el botón superior y le frota la espalda mientras Rowan vomita una y otra vez.

Zita le dice: ¿Sabes por qué tu padre quiso ponerte Rowan? Porque rowan significa «serbal», y los serbales son árboles sagrados. Ahuyentan el mal. Y esto tú no lo sabes, pero a veces usamos tu nombre para nuestras contraseñas.

Habla en voz baja. Tiene la mano en su espalda.

Rowan se acerca adonde está John tirado en el suelo. Voy a llamar a una ambulancia, le dice.

John se pone a gritar con un sonido que sube y baja como una sirena hasta que se queda sin aire y se detiene, jadeando despacio. ¿Quién coño te crees que eres?, está diciendo, mientras el palpitar del corazón le martillea en las sienes, no me voy a ningún sitio, joder, no me voy a ningún sitio, léeme los labios, grita sin mover la boca, a ninguna parte, a ninguna, en el suelo, los ojos desorbitados, la boca abierta, los pulmones desesperados por coger aire, pero llenándose lentamente, gritando, gritando, y Rowan siente como si se desangrara, su visión periférica se desdibuja, y John está desesperado, desesperado por quedarse, no pienso ir, de aquí no me muevo, no me muevo, joder, y golpea con los brazos, golpea, grita, grita, me voy a morir, grita, déjame morir.

Rowan llama cuatro veces a Shane Hugues. Shane no dice nada cuando la línea se conecta, como esperando que Rowan lo haya llamado sin querer. Llega al piso en veintitrés minutos.

¿Qué pasa, Johnny?, dice Shane cuando ve a John en el suelo.

Déjame morir, joder, grita John.

Shane mira a Rowan. Necesita una puta ambulancia, le dice.

No pueden obligarlo, dice Rowan, no podemos obligarlo, y yo, no sé, ¿se lo pueden llevar así? ¿Se lo llevarán?

Luego se pone a la defensiva: Yo qué coño sé, Shane, yo qué sé.

Shane niega con la cabeza. ¿Puedes levantarte, John?, le dice, y luego grita, por encima de los bramidos de John: ¡John! ¡John, soy Shane, soy Shane! ¿Te puedes levantar?

Extiende las manos y Rowan dice: No, no se levantará, y Shane mira a Rowan de una forma que Rowan interpreta como aversión, casi repugnancia, mientras John las sujeta, mientras coge las manos de Shane. Shane tira y John gime y Shane lo levanta hasta casi ponerlo en pie. Necesito que te quedes ahí quieto, dice Shane mientras John se tambalea, mientras casi vuelve a desplomarse. Y entonces Shane dice: Aparta, Rowan, y se inclina para cargarse a John a hombros. John grita los sonidos que forman el nombre de la perra, consigue pronunciar alguno. El animal lo entiende. Cuando ese cuerpo al fin se mueve, muerde.

LA MÁQUINA EXPENDEDORA

Están sentados en fila en el hospital de Daisy Hill: Shane, Rowan y el padre de Shane, Máirtín. A John se lo han llevado por unas puertas dobles después de clasificarlo como paciente prioritario en el triaje. Ha tomado algo, suplica Rowan, ha tomado algo, no sé qué.

¿Es adicto?, pregunta alguien del personal con frialdad. Rowan y Shane intercambian miradas. Chicos, ¿hace esto a menudo?, dice la enfermera. Pero ellos no lo saben.

La televisión de la sala de Urgencias está emitiendo Crime Stoppers. La policía solicita ayuda para identificar a un hombre captado por las cámaras de seguridad de un supermercado en Fermanagh mientras robaba dos botes de leche de fórmula. Muestran un primer plano de su cara. Si tienen alguna información, pónganse en contacto con el programa, dice el presentador.

Así que se les contacta de forma anónima, ¿no?, dice Máirtín mientras come. Seguro que la gente solo denuncia a personas que no le caen bien. Eso me preocupa.

Cuando Michelle muere, Máirtín se aficiona al ciclismo. Ahora tiene buen aspecto, el torso y las piernas firmes bajo la ropa, pero no hay duda de que su capacidad para charlar ha empeorado. Llega justo antes de que se lleven a John por las puertas dobles. Cuando lo ve, le dice: ¡Hola! ¿Cómo vamos?

Ay, chicos, dice Máirtín sentándose. Trae sándwiches de la gasolinera veinticuatro horas. Le pasa a Rowan uno de pollo piri-piri. Deberías haberme llamado, chico, le dice. Shane me ha dicho que estabas tú solo. Rowan asiente. No tiene el número de Máirtín.

Shane y él trasladan a John al coche, al hospital, caminando con John entre ellos, apoyándose con los brazos sobre sus hombros. Hay un momento en el que tienen que llevarlo en volandas. Babea, la saliva fluye a chorros y sus ojos desorbitados rezuman furia, alarma. Dejadme morir, sigue diciendo, aunque más débilmente.

Shane conduce con la mano mordida sobre el volante, la piel perforada en algunos sitios y arañada en otros, donde los dientes de la perra no le han desgarrado la carne. Esa mano perturba a John. Ve lo débil que está la perra. Eso es lo que te decía, Rowan; la perra no puede masticar, no puede tragar, piensa John, angustiado. Solo

consigue pronunciar algunas de estas palabras. La mayoría son gemidos atormentados, pero Shane, que oye «perra», que oye «débil», golpea con la mano dolorida el volante y grita: ¿Te da pena la puta perra, John?

Ahora Shane espera una inyección antitetánica. Cuando le llama su mujer de veinticinco años, deambula por la sala de espera y se apoya en una de las máquinas expendedoras.

La televisión emite dos noticias sobre la crisis del fondo sanitario al que pertenece el hospital, que impide que se realicen las cirugías de urgencia. Máirtín dice: Por el amor de Dios.

Hay mucho ruido, pero Rowan no está realmente ahí, no lo oye. Mi padre tenía una manía, dice Rowan, era incapaz de animarte a hacer nada porque, si luego te pasaba algo, sería culpa suya. ¿Os fijasteis? Lo hablaba con mi madre, y era consciente de su comportamiento. Pensaba: no puedo decirle a Rowan que le convendría nadar, porque ¿y si va a nadar y se ahoga, y he sido yo quien le ha dicho que vaya? ¿Y si le digo que le iría bien salir y al salir, por ejemplo, lo aplasta una multitud?

Máirtín se ha puesto tenso. Mira al frente. Justo delante ve a su hijo en la máquina expendedora. ¿Cómo puede ser culpa mía?, dice Shane al móvil. Ya te he oído, y te pregunto que cómo puede ser culpa mía.

Las cosas se han complicado un poco entre ellos, dice Máirtín señalando en esa dirección: Shane y su mujer. Ella insiste en celebrar su embarazo con un fiestón, recibir regalos, elegir un nombre y demás, y nuestro Shane no quiere. Shane dice que trae mala suerte hacer todo eso antes de que nazca el bebé. El cuento de la lechera. Pero ella no lo ve así. Dicen que son supersticiones de mierda, que es un supersticioso. Bueno, dice Máirtín. Ya conoces a nuestro Shane. Igualito a Michelle. Lo ha heredado de su madre.

¡Shane!, grita Máirtín de pronto. Señala la máquina expendedora con el pulgar. ¿Nos traes una bolsa de patatas sabor cóctel de gambas?

Shane levanta una mano. La mano dice: silencio.

He leído un poema, dice Rowan. Se llama «Sin explosiones», es de Naomi Shihab Nye. Dice así: «Para disfrutar / de los fuegos artificiales / tendrías que haber vivido / una vida distinta».

Máirtín dice, por fin: ¿Lo has escrito tú?

No, no, dice Rowan. No lo he escrito yo.

Pero tú haces eso, ¿verdad? Libros y demás.

Sí. Lo intento, a veces. Intento escribir.

Rowan cierra los ojos. Cuando lo leí, pensé en todos vosotros. En esas cosas que decís. Hay tantas cosas que eran normales…

Tu padre, dice Máirtín algo incómodo; Rowan, ¿sabías que yo conocía a Dónal desde que tenía, qué, catorce años? Resopla con fuerza por la nariz. Levanta las manos. Éramos, Dios, siempre fuimos, es, es terrible todo lo que pasó, no creas que no me lo parece, que no lo veo así. Pero pienso que estas cosas son las que nos hacen ser quienes somos. Te harán ser quien eres. Un día, mirarás atrás y todo tendrá sentido. Fijo, mira a nuestro Shane.

Rowan se plantea mencionar que entre Shane y él solo hay cuatro años de diferencia.

No lo hace.

Todo se arreglará, dice Máirtín.

Te lo agradezco, dice Rowan.

Tu padre fue mi padrino de boda, dice Máirtín. Por Dios, su discurso. Nunca lo olvidaré. Los puso a todos en pie. Nunca has oído nada igual. Dijo, dijo, ay, Dios, dijo…

Entonces se produce una pausa. La pausa se estira, se alarga, se convierte en una pausa tan prolongada que Rowan sabe que Máirtín no volverá a hablar.

No pasa nada, dice Rowan entre el murmullo de la sala de espera.

Máirtín carraspea. Está en alguna parte, grabado en vídeo, dice.

Cuando John vuelve a la sala de espera, lo acompaña una doctora. Les dice que hay que ingresarlo, pero no hay camas disponibles. Han descartado una hemorragia, pero estamos, entiéndanlo, muy saturados, explica la doctora. Aunque usted es nuestra prioridad, tardaremos un buen rato. Volverá con noticias cuando las tenga.

John se sienta pesadamente en una silla y abre las piernas, como si le faltara tono muscular para mantenerlas juntas. La cabeza se le balancea como si pesara demasiado para el cuello. John, grita Máirtín, y este le responde con un pulgar hacia arriba.

Shane regresa de la máquina expendedora con el móvil en el bolsillo.

Bueno, dice Máirtín, dándose una palmada en las rodillas. Yo voy yendo. Se levanta con el abrigo doblado sobre el brazo. Se le ve una cara tan lampiña que Rowan se pregunta si se estaba afeitando cuando Shane lo ha llamado, justo antes de salir. A ver si te vemos más el pelo, le dice Máirtín a Rowan, pasando del apretón de manos a un abrazo comedido, breve y eficaz.

Mándanos un mensaje de vez en cuando, le dice.

No le ha dado a Rowan su número.

Máirtín dice a la cabeza gacha: ¿Todo bien, John?

John levanta una mano.

Te pondrás bien, dice Máirtín.

No, dice John.

¡Te pondrás bien!, dice Máirtín en voz más alta.

Al cabo de una hora, un médico llama a Shane para ponerle la vacuna del tétanos.

Rowan está sentado junto a John, viendo la tele a medias. No está cómodo en la silla. Lo siento, dice John, aunque Rowan no entiende los ruidos que hace. Te he dicho que lo siento.

Cuando echa un vistazo al móvil, Rowan ve que tiene un mensaje de su madre, Deirdre. La llama y ella responde, lo que lo alivia de inmediato. Al oír su voz, Rowan se imagina sus mechas rubias; se la imagina sentada en la mecedora que compró en una ONG, lijada y pintada con un bote de aerosol; ve sus uñas, lisas y pálidas, y los grandes surcos bajo los ojos. Rowan le cuenta que John se ha desmayado, porque tiene que ponerlo en palabras y John sigue sentado a su lado. Le dice que están en el hospital.

Ay, John lo está pasando mal, dice su madre y, en cuanto lo oye, Rowan recuerda que es cierto. Pide hablar con él y Rowan acerca el teléfono al oído de John. Oye algo de lo que su madre le dice sobre comer, sobre dormir. John no hace ninguna de las dos cosas.

Estás triste, dice la madre de Rowan.

Por Dios, Deirdre, balbucea John. Es triste. Es triste.

Ingresan a John. Le encuentran una cama en un pasillo. Una cama es una cama, dice una enfermera.

Intentan abrazarlo antes de que se lo lleven. Lo cogen de los hombros. Tiene los brazos débiles, son un peso muerto. Tiene los ojos muy abiertos. Mamá vendrá a verte mañana, dice Rowan. Me lo ha dicho por teléfono. John, me refiero a Deirdre, le dice. Deirdre vendrá a verte mañana.

Buena suerte, dice Shane. Buena suerte, tío.

Rowan vuelve a sentarse después de que John desaparezca por las puertas dobles. Shane se queda de pie. Oye, tengo que irme a casa, le dice. Pero puedo llevarte a la estación de autobuses. No sé cuándo sale el próximo bus, pero puedes esperar ahí sin problema, ¿verdad?

Sí, dice Rowan. Gracias.

Está oscuro y en el coche hace frío. El trayecto resulta agotador aunque solo vaya a durar unos minutos, aunque solo lleven unos segundos de camino. Ahora hay entre ellos una sensación de algo compartido, pero, aun así, está todo, todo impregnado de silencio, y Rowan, que mira la carretera negra que se ilumina, se ilumina y se ilumina con los faros de Shane, todavía oye, sigue oyendo, los gritos, todavía percibe su resonancia, recuerda cada palabra, cada aullido, podría escribirlo todo; puede ver todas las caras que ha visto en el hospital, puede ver a John en el suelo, sentir su peso, el insoportable peso de John sobre los hombros, sobre la espalda.

Observa la mano de Shane, tatuada con los dientes de la perra agonizante, que gira y gira y gira el volante, y piensa: las personas mueren y mueren y mueren y mueren. Le dice a Shane que tendría que haber sabido enseguida que algo iba mal. Tendría que haberlo sabido por la voz de John y por cómo se tambaleaba y por lo que había dicho esa mañana, por la forma en que lo había dicho, tendría que haber sabido que estaba jodido y tendría que haber llamado antes, y lo lamenta, es culpa suya, tendría que habérselo llevado al hospital, tendría que haberlo sabido en cuanto John le pidió la foto

de él y los demás, la foto de los hermanos antes de que se llevaran a su padre. Mientras habla se le llena la boca de saliva, esa saliva cálida y líquida que precede al vómito, y dice: Él es el único que queda.

Sigue un silencio.

El ambientador de Shane se balancea.

Tienes que volver a conducir, le dice Shane. No digo que sea fácil, pero llega un día en que vuelves a pillarlo. Todo vuelve. De pronto, un día lo controlas.

Luego se produce un momento incómodo.

Rowan está sentado con las manos entrelazadas y se las frota en las rodillas. ¿Nunca piensas en que todos han enfermado?, dice.

Shane sigue con la vista al frente. Son cosas diferentes, responde.

No, no lo son.

Shane guarda silencio. Adelanta en una curva.

Es mala suerte, dice por fin. Lo investigué con mamá. Pero ella no tenía ningún factor de riesgo. Fumaba poco, no bebía demasiado, no llevaba una vida estresante…

¿Te estás quedando conmigo, Shane?, dice Rowan, genuinamente sorprendido. ¿Cómo puedes decir que no llevaban una vida estresante?

No me jodas, dice Shane. Tú ya me entiendes.

¿No crees que haya ninguna relación?

Estoy harto de este tema, ¿vale, Rowan? Estoy harto. No quiero hablar de eso. No quiero hablar contigo, estoy harto, ¿comprendes?

No estabas allí, no recuerdas nada de nada, tú solo, tú estás obsesionado con la historia.

¿Cómo coño puedes llamarlo historia?

¿Qué quieres, Rowan? Pasó, ¿vale? Pasó, dos bandos, uno y otro, pasó y se acabó.

No lo aguanto, dice Rowan. Aquí no hay dos bandos, aquí no hay el uno y el otro, lo que hay es un puto Ejército enorme, un puto Estado enorme, un Gobierno que hace lo que le da la gana, que puede matarnos y nos mata.

No sé por qué te pones así, te juro que no lo sé, dice Shane. Es política. Es historia.

Pero es mi vida. A Rowan le sudan las manos, tiene las manos húmedas y se ha vuelto hacia Shane, pero Shane no lo mira: tiene los ojos clavados en la calzada, sus manos giran y giran el volante, su furia es un fenómeno que ni siquiera quiere admitir.

No es que me importe un carajo, chico, porque no me importa una puta mierda, dice Shane sin mover la cabeza, pero tienes que aprender que en esta vida a veces pasan cosas chungas, ¿entiendes? No es una gran conspiración. No sé qué coño decirte, tío, tienes la cabeza hecha un lío y llevo tiempo diciéndolo, no creas que no lo he dicho, lo sabía, tío, lo veo, joder.

Le pasó a tu madre, Shane, dice Rowan. Le pasó a tu madre y a mi padre, y entonces Shane se pone a gritar, sorprendido de su propia ira: ¡Era mi madre, la mía! ¿Te crees muy listo? ¿Crees que lo sabes todo? Pues bien, ¡no puedes haberla conocido porque era mi madre y a ella le daban igual esas cosas! ¿Me estás escuchando, Rowan? ¡Le daban igual! ¡Mi madre pasó página, joder! Y Dónal, sí, tu padre estaba jodido, estaba como una puta cabra, pero él, bueno, podría haberse controlado un poco.

¿Cómo es que no sabes el daño que les hizo?, dice Rowan gritando, y de pronto cae en la cuenta: Dios mío, piensa, no lo sabe.

Shane da un frenazo.

Para el coche echando el freno de mano, de manera que todo y todos salen disparados hacia delante, e inicia un giro brusco y letal. El ambientador corta el aire, espeso y enrarecido.

Dice: La perra. Tenemos que volver.

LA EXPOSICIÓN

Gearóid Mac Lochlainn describe cómo lo registraron los soldados británicos cuando era niño.

Thug sé cic beag do mo shála / le mo chosa a oscailt níos leithne / mhothaigh mé méar i mo dhroim / nó b'fhéidir a ghunna. Una patadita en los talones / me separó las piernas / sentí un pulgar o su pistola / apuntándome en la espalda.

Mhothaigh mé lámha garbha / ag cuimilt mo choirp / méara gasta ag priocadh i mo stocaí / ransú lámh i mo phócaí / bosa strainséartha / ag dul suas mo bhríste. Sentí que unas manos ásperas / me restregaban el cuerpo. Manos que rebuscaban en mis bolsillos / y subían por mis pantalones.

Ba mhian liom éalú ó na lámha seo / ar mo chorpsa / dá dtiocfadh liom rith chun an bhaile / dá dtiocfadh liom arís a bheith i mo ghasúr scoile. Yo quería escapar de esas manos / sobre mi cuerpo / ojalá pudiera correr a casa / ojalá pudiera volver a ser un colegial.

Necesitaba desaparecer, escribe. Nadie dijo que sería así. An chéad uair a mhothaigh mé / snáthaid ghéar náire. La primera vez sentí / un aguijonazo de vergüenza.

Dónal es el padre de Rowan. Nunca le cuenta nada específico a su hijo. Sus emociones son silenciosas, sin procesar. Ve boxeo. Le encanta Riverdance. Se autolesiona de formas que no dejan cicatrices. Cuando Rowan es un bebé, Dónal lo llama Encías. En sus álbumes de fotos abundan las imágenes de Dónal y Rowan durmiendo juntos: los brazos hacia atrás, la boca abierta.

Rowan empieza a hacer preguntas a sus padres en la adolescencia. Lee al respecto, le molesta, le enfada, dice que hay una rama del Ejército británico llamada Fuerza de Reacción Militar cuyos miembros han recorrido Belfast de paisano en coches sin distintivos para atacar a civiles. Uno de ellos llama a su unidad «escuadrón de la muerte legalizado». Otro miembro dice que la función de la unidad era «la represión mediante el miedo, el terror y la violencia».

Dónal no lo soporta. Está siempre diciendo: ¡Lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Lo viví, Rowan!

Grita: ¡No puedes decirme nada que yo no sepa!

Dónal dice «no puedes decirme nada que yo no sepa» hasta para cosas que no sabe, cosas que no puede saber, cosas que solo han salido a la luz en los últimos años, porque lo que en realidad quiere decir es «no hay nada que puedas decirme que me sorprenda». Lo que quiere decir es «deja de contarme esas cosas».

Dónal nunca le habla a su hijo de nada en concreto de lo que vio. Es algo que Rowan solo comprende tras la muerte de su padre. Las cosas duelen y no pueden explicarse. Además, ¿qué ibas a saber tú? No estabas allí.

Dónal le cuenta a Michelle que ha ido con Rowan al Museo del Úlster, que Rowan se ha quedado boquiabierto ante la exposición

sobre el conflicto y que ha fotografiado las fotos de la exposición con el móvil. Parece, le dice Dónal a Michelle, como si hubiera emigrado a otro lugar. Lo intenta, pero a veces, cuando mira a su alrededor, no sabe dónde está.

En el velatorio de Dónal, Máirtín dice: ¿No es típico de Dónal estar ahí en medio sentado, escuchando a todo el mundo sin meterse? La gente se ríe. Quieren a Dónal.

Es una forma de vivir que tienen los hombres, escribe Rowan, con los ojos enrojecidosporeldolor.

Él nace. Hay una brecha: una generación. Él tiene una lista. Nada es obvio. Nada se explica. Una vez oye a Michelle hablar sobre un movimiento por los derechos civiles: lo que lo inició todo. Rowan se lo cuenta a Dónal, y Dónal lo mira. Lo mira y lo mira.

Intenta escribir. Dónal dice que hay demasiados libros que empiezan con citas de otras personas. Te pones a leer el libro de un tío y aparece otro ahí. Y piensas: ¿este quién es? ¿Yo no había venido aquí a escucharte a ti?

Tiene una lista. Aydiosmío. Rowan tiene su lista. Lo que dicen de nosotros —atrasados, sectarios, feos, violentos— nunca lo dicen de ellos y, sin embargo, su lista: esto es el Estado británico. Interrogatorios con simulacros de ahogamiento, violaciones, tortura de inocentes. Soldados británicos vestidos de paisano que patrullan en coche disparando a civiles. Estas son las noticias, donde oímos lo que dicen de nosotros: a los soldados británicos veteranos les están destrozando la vida con «denuncias vejatorias»; ah, es estresante para los soldados, se sienten «acosados»: nos han torturado, nos han asesinado, y, sin embargo, ellos son las víctimas. Son personas, dicen las noticias, esos soldados son personas, pero sus víctimas, no. Rowan tiene una lista. Tiene una página de emociones que se disparan sin cesar. Intenta escribir, pero solo escribe lo mismo, una y otra vez: A mí me importaría si os lo hicieran a vosotros.

Intenta escribir. En una protesta pacífica de civiles desarmados contra la reclusión en campos de internamiento, sin pruebas ni cargos, de cientos de personas por parte del Ejército, los soldados británicos disparan a veintiséis personas y asesinan a catorce, de las que casi la mitad son niños; disparan a civiles desarmados que corren, que se esconden, que intentan ayudar a los demás heridos y agonizantes. A estos civiles los soldados los hieren con metralla, les disparan con balas de goma, los golpean con porras, los atropellan con vehículos del Ejército. Y estas son las noticias: los soldados británicos que asesinaron a estas personas no serán juzgados. Un político británico defiende a uno de ellos en la televisión y dice que estos soldados «merecen» vivir el resto de su vida «en paz».

Estas son las noticias: el secretario para Irlanda del Norte nombrado por los británicos dice que los militares y los policías británicos que llevaron a cabo asesinatos en el norte «cumplían con su deber de forma digna y adecuada». Matan con impunidad. Esto es el Estado británico. En las noticias, en la televisión, muestran unos disturbios: este lugar es sectario, atrasado, violento, dicen en la tele, así es el norte de Irlanda: no sabemos por qué es así —el Estado británico mata y mata y mata y mata—, él solo escribe, una y otra vez: ¿adónde se supone que va a parar todo esto?

En el instituto, en las asambleas, el tutor de Rowan habla de pasar página. Los demás profesores consideran que eso es muy progresista por parte del tutor. Le da mucho prestigio en el claustro. Aquí cualquiera podría recopilar las atrocidades de los otros, dice el profesor, pero ¿de qué serviría en realidad?

Rowan encuentra un papel que Dónal guardaba en el cajón de su escritorio, parte de una nota que la madre de Rowan le escribió a Dónal en el bloc de post-its que solían tener junto al teléfono fijo: Ojalá este fuera un mundo en el que pudieras vivir.

En el velatorio, Shane se acerca a Rowan. Ha bebido, aunque en el velatorio no se sirve alcohol. Le dice: Tengo que contarte algo. Le

cuenta: Recuerdo que un día el tío Dónal está en casa, damos un paseo y me empieza a hablar de las margaritas. Dice que una historia cuenta que la primera apareció tras la muerte de un bebé y que por eso son del color que son, blancas y rosas, como la piel de ese bebé, y dice que de niño le encantaba esa historia, pero que de adulto ¿por qué seguía pensando tanto en ella?

Shane sujeta a Rowan por el hombro. Le mira a la cara. No supe qué decir, reconoce. Rowan capta la expresión: se siente culpable. Se siente avergonzado. Quizá piensa que podría haber cambiado las cosas. Recuerdo que Dónal me dijo: Míralos, Shane, hay millones. Es imposible no verlos, a todos esos niños, por todas partes.

Esta es la lista: soldados británicos asesinan a civiles en un ataque que el forense califica de «frenético». Inmovilizan y apuñalan al menos trece veces al civil Andrew Murray, de veintitrés años. Inmovilizan y apuñalan al menos diecisiete veces al civil Michael Naan, de treinta y un años, en el corazón y en el pecho. Esto es un tormento. Es un asesinato salvaje e inconcebible. Son inocentes masacrados por el Estado británico. Terrorismo. Pero, oye, estas son las noticias: los políticos británicos dicen que los soldados británicos son «víctimas de una persecución».

Rowan oye que un hombre, de pie junto al ataúd de su padre, dice: Y, claro, Dónal siempre se tomaba las cosas muy a pecho, nunca se perdonó que al cura se le olvidara el nombre de su madre en su funeral.

El Ejército británico, lee Rowan, sostiene que siempre ha sido y sigue siendo una fuerza neutral.

Ahí está Máirtín, inclinado hacia delante en su asiento, con las manos cruzadas entre las rodillas. Tiene la cabeza gacha, no ve a Rowan, tiene la cabeza gacha, no ve, respira de forma entrecortada.

Nuestros impuestos pagan sus armas, sus botas, sus salarios, sus pensiones, cincuenta millones de expedientes sellados hasta que

todos hayamos muerto; lo aceptas hasta que ya nada es, en sí mismo, inaceptable.

Rowan le dice a Dónal, cuando Dónal está vivo: ¿Por qué no me hablas de eso? ¿No sabes lo que hicieron?

Está vomitando en el baño, en la boda de Shane, y Zita le pone la mano, su cálida mano, en la espalda. Le dice: ¿Sabes por qué tu padre quiso ponerte Rowan? Porque rowan significa «serbal», y los serbales son árboles sagrados. Ahuyentan el mal. Le dice: Te contaré algo que no sabes: a tu padre le encantaba todo ese folclore. Lo recuerdo hablando de cosas ancestrales. Hacía todo eso para mantenernos a salvo. Zita le frota la espalda y su mano hace ruido al rozar la tela. Quizá no le oíste hablar mucho de esos temas, le dice. A medida que se hacía mayor, creo que le entristecía más pensar en todo lo que se estaba perdiendo.

Me importaría si os lo hicieran a vosotros.

Ay, chicos, dice Máirtín. Ay, chicos.

LA VERDAD

James Wray tiene veintidós años. Le han disparado, está paralizado en el suelo, sangrando. Se acerca un soldado británico. Le dispara por la espalda a quemarropa.

Michael Kelly, John Young, William Nash y Michael McDaid tienen diecisiete, diecisiete, diecinueve y veinte años. Michael Kelly muere en cuestión de minutos. A John le disparan en la cabeza. A William le disparan en el pecho. A Michael McDaid le disparan en la cara.

Son asesinados por soldados británicos. El Ejército británico llama a estos jóvenes «pistoleros», pero no lo son. Son civiles y van desarmados. El padre de William ve claramente la cara de su hijo. Corre hacia él. Los soldados británicos le disparan. Le disparan en el brazo y le alcanzan en las costillas. Se desploma junto a su hijo. Le pone la mano en la espalda y le llama por su nombre. Willie, le dice. El chico tiene los ojos muy abiertos, pero está muerto.

Jack Duddy está corriendo. Hugh Gilmour está corriendo. Kevin McElhinny se arrastra a gatas. Son civiles desarmados. Son solo chiquillos de diecisiete años. Los asesinan soldados británicos que les disparan por la espalda, por la espalda y por la espalda.

A Daniel Hegarty le encantan los animales. Tiene la casa llena de perros callejeros y ranas rescatadas. Es un niño que se cuelga medallas milagrosas y que dice que ninguna bala alcanzará su casa. Él y sus primos están de espaldas al soldado británico cuando este empieza a disparar. El soldado dispara al primo de Daniel, Christopher. El soldado mata a Daniel: le dispara dos veces en la cabeza. El Gobierno británico califica al niño asesinado de terrorista.

John McKerr es carpintero. Está trabajando en una capilla. Sale al exterior cuando comienza el funeral de un niño de la localidad. Le disparan en la cabeza. Los vecinos se congregan. Los soldados británicos los amenazan. Una mujer llamada Maureen Heath acuna la cabeza de John entre sus brazos. Cuando llega la ambulancia, los soldados no permiten que los paramédicos se lo lleven. Un soldado británico apunta con su arma a Maureen, que está sentada junto a John, y amenaza con dispararle. Adelante, dispara, le dice ella. Finalmente trasladan a John McKerr al hospital. No se informa a su familia, que se entera de que le han disparado por las noticias. John

muere a causa de las heridas al cabo de nueve días. Maureen Heath, la mujer que acunó su cabeza entre las manos, habla antes de morir del momento en que el soldado británico amenazó con dispararle. Mi vida no valía mucho, dice. Habían disparado a nuestro sacerdote, así que ¿qué valor tenía mi vida?

James Brown y Gary English son unos adolescentes que mueren aplastados cuando soldados británicos arrollan con sus Land Rover militares a una multitud de civiles. Daniel McCooey recibe una paliza tan brutal por parte de una patrulla de soldados británicos que muere a la edad de veinte años. Eamon McDevitt es discapacitado, sordo y no puede hablar. Se comunica gesticulando con las manos. Los soldados británicos lo matan a tiros.

Daniel Teggart vuelve andando de casa de su hermano. Es un civil desarmado. Los soldados británicos le disparan catorce veces. Siguen disparando incluso cuando ya está en el suelo, incluso cuando ya está muerto.

Peter McBride tiene dieciocho años. Anda cerca de su casa cuando unos soldados británicos lo detienen y lo registran. Los soldados comprueban que Peter, un civil, no lleva ningún arma. Luego le disparan por la espalda.

Sin motivo alguno y sin previo aviso, los soldados británicos entran en la granja familiar de Patrick McElhone y le disparan en el corazón. Patrick tiene veinticuatro años. Es un civil. No está armado. Su hermano ve que los soldados que han asesinado a su hermano lanzan vítores y lo celebran.

Los soldados británicos matan a un niño que se llama Stephen Geddis cuando tiene diez años. Le disparan en la cabeza. Los soldados británicos matan a un niño que se llama Brian Stewart. Le disparan en la cara. Los soldados británicos matan a una viuda de setenta y seis años, Elizabeth McGregor, disparándole en la cabeza y en el cuerpo mientras vuelve andando a casa. Los soldados británicos matan a un niño llamado John Mooney. Los soldados británicos matan a un niño llamado Stephen McConomy. Los soldados británicos matan a un niño llamado Leo McGuigan. Los soldados británicos matan a un niño llamado Danny Barrett que está sentado en el jardín de su casa. Francis McGuigan muere a los veintitrés meses de edad después de que los soldados británicos lancen gas lacrimógeno dentro de su casa y él lo inhale.

Hablemos del toque de queda de Falls Road. El Ejército británico anuncia un toque de queda indefinido en una parte de la ciudad. Sobrevuelan las casas en helicóptero a baja altura y lo anuncian mediante altavoces. Designan una zona de toque de queda. Comienzan a acordonarla con alambre de espino: alrededor de tres mil pequeñas viviendas y callejuelas estrechas. Miles de soldados se desplazan a la zona. Llevan helicópteros y vehículos blindados del Ejército británico. Detienen a los periodistas. Detienen al diputado local Paddy Devlin. Amenazan con dispararle. Inician un registro. Saquean las casas. Arrancan los suelos, derriban los techos, destruyen los muebles. Atacan a civiles. Disparan. Lanzan mil seiscientos botes de gas lacrimógeno. Utilizan catapultas. El gas asfixiante lo invade todo. Registran las mismas casas una y otra vez. Solo termina, al cabo de dos días, cuando las mujeres y los niños de otra zona, Andersonstown, llegan andando hasta las líneas británicas con comida y provisiones. Los soldados intentan resistirse, pero al final tienen que dejar pasar a la multitud. En esos dos días, los soldados británicos disparan a sesenta y tres civiles desarmados.

Matan a cuatro. Zbigniew Uglik es asesinado por un francotirador del Ejército británico. Los soldados británicos vejan su cuerpo, le dan patadas y le insultan. Tiene veintitrés años. Charles O'Neill es asesinado por el ejército británico. Acaba de volver a casa después de pasar varios años en Inglaterra; lleva consigo su identificación de la RAF. Los soldados británicos lo atropellan. Al identificar su cuerpo, la familia de Charles recibe su ropa en una bolsa de papel. Nunca les devuelven la identificación de la RAF. William Burns está en la puerta de su casa. Un soldado británico le dispara en el pecho. Patrick Elliman tiene sesenta y dos años y va en pijama. Un soldado británico le dispara en la cabeza. Cuando llega la ambulancia para llevarlo al hospital, a dos minutos en coche, los soldados insisten en registrarla y cambiarle la ruta. El trayecto se prolonga treinta minutos. Patrick muere. La noche en que le disparan, los soldados irrumpen en su casa. El secretario de Estado británico Robert Lindsay, lord Balniel, afirma estar «profundamente impresionado» por la «imparcialidad» con la que los soldados están llevando a cabo una «tarea extremadamente difícil».

El ejército británico detiene a Martin Corr y a otro niño y los lleva a sus cuarteles. Martin, de doce años, interrogado y golpeado, vuelve a casa, pero muere en su cama.

Aidan McAnespie es asesinado por el ejército británico. Es un civil desarmado. Tiene veinticuatro años. Thomas Reilly es asesinado por el ejército británico. Es un civil desarmado. Tiene veintidós años. Martin Malone es asesinado por el ejército británico. Es un civil desarmado. Tiene dieciocho años.

Harry Duffy silba cuando vuelve andando a casa. Su hija dice que siempre lo oye llegar. Harry, de duelo por su difunta esposa, está

criando a sus hijos. Sale a buscar a su hija de once años, que se ha retrasado. Es un civil desarmado. Un soldado británico le dispara en la cabeza.

Esta es la verdad: el hombre al mando de los soldados británicos en Belfast se llama Frank Kitson. Dos semanas después del Domingo Sangriento, la reina Isabel II nombra a Frank Kitson caballero por sus «valientes y distinguidos servicios» en Irlanda del Norte.

Billy McGreanery es un civil desarmado. Es asesinado por un soldado británico. Angela D'Arcy es una civil desarmada. Es asesinada por un soldado británico. Patrick McVeigh es un civil desarmado. Es asesinado por soldados británicos vestidos de paisano que dicen: «Estábamos allí para actuar como un grupo terrorista». Annette McGavigan es asesinada por un soldado británico que le dispara en la cabeza. El Ejército británico informa de que ha abatido a un hombre armado, pero Annette es una niña desarmada, asesinada con su uniforme escolar. Los soldados británicos matan a Majella O'Hare. Es una niña de doce años a la que disparan por la espalda con una ametralladora. Los soldados británicos matan a una niña llamada Carol Ann Kelly delante de su hermano y sus amigos. En la investigación judicial, un año después, los soldados lanzan besos y se burlan de las hermanas de la niña asesinada. Cuando la familia de Carol Ann protesta, el juez amenaza con acusarlos a ellos, a la familia de la víctima, de desacato al tribunal. Los soldados británicos matan a Leo Norney y dicen que es un pistolero, pero Leo es un niño y está desarmado. Los soldados británicos matan a Kevin Heatley, de doce años. Recuerdo que mi madre tuvo que pedir dinero prestado para pagar el funeral de Kevin, dice su hermano. Un año después encuentran a su padre, que se ha suicidado.

El secretario para Irlanda del Norte del Gobierno británico afirma que el Ejército y la Policía británicos «han cumplido con su deber de forma digna y adecuada». El Gobierno británico anuncia el fin de la «persecución» de soldados británicos. La reina británica pronuncia un discurso en el que expone las medidas tomadas para «hacer frente a las reclamaciones vejatorias que socavan nuestras Fuerzas Armadas». Se concederá inmunidad judicial a los soldados británicos por lo que hicieron en Irlanda del Norte.

En una sola noche, el ejército británico mata a tres niños, un sacerdote y un civil desarmado que intentaba llegar hasta los heridos. El Ejército británico informa de que ha abatido a seis hombres armados. Una de las niñas es Margaret Gargan. La asesinan mientras habla con sus amigos. Tiene una hermana gemela y un hermano menor, y este recuerda que, tras el asesinato de su hermana, lanza una piedra a un coche blindado del Ejército británico. Los soldados lo atrapan, lo arrojan a la parte trasera del vehículo y le dan una paliza. Lo llaman escoria irlandesa. Lo patean, lo abofetean y lo abandonan en una zona en la que saben que corre peligro. Gritan: ¡Aquí hay un taig! El niño recibe otra paliza terrible y escapa por los pelos. Tiene doce años.

Seamus Duffy muere por una bala de plástico que le aplasta el corazón y le lacera el pulmón. La Policía dice que ha abatido a un lanzador de cócteles molotov. La hermana de Seamus dice que, en el hospital, la policía amenaza a su padre, que lo empujan contra la pared, diciéndole: Sigue así y acabarás como tu hijo. La Policía y el Ejército acosan a su familia durante años. Paran a la hermana de Seamus, de diez años, y le preguntan: «¿Seamus no sale a jugar?».

Liam Holden tiene diecinueve años cuando los soldados británicos lo detienen y lo torturan para que confiese un delito que no ha cometido. Lo condenan a la horca. Pasa diecisiete años encerrado. Las torturas son reales, afirma en una entrevista. Yo soy real.

Dessie Healey es asesinado por el ejército británico. Tiene catorce años. Su amigo Martin está delante. Queman la casa de la familia de Martin cuando los niños son pequeños. Los reubican. Los soldados británicos registran la casa constantemente. Siempre están entrando, subiendo la escalera. La hermana pequeña de Martin, Julie, vive toda la vida aterrorizada por los soldados. Cuando tiene catorce años, la matan también.

En el congreso de su partido, el primer ministro británico se queja de que los abogados activistas y de izquierdas defensores de los derechos humanos persiguen a los más valientes entre los valientes y promete defender a los soldados británicos de las «demandas vejatorias». En las noticias, los políticos británicos hablan de poner fin a «la persecución implacable de quienes sirvieron a su país en Irlanda del Norte».

¿Adónde se supone que va a parar todo esto?

Billy McKavanagh tiene veintiún años. Él, su hermano Patrick y su primo Teddy están andando cerca de su casa. Cuando ven a los soldados británicos, echan a correr. Los soldados matan a Billy. Le disparan por la espalda, entre los omóplatos, a quemarropa. Su hermano y su primo se sientan junto a su cuerpo sin vida. Llega un vehículo blindado del Ejército. Llevan al hermano y al primo de Billy

a la parte trasera, los encapuchan y los torturan, los golpean con las culatas de sus rifles, los apalean y los golpean con porras. Un soldado dice que ha visto a Patrick y a Teddy justo después del asesinato de Billy y que, cuando los soldados finalmente los llevan a comisaría, están tan horriblemente malheridos que no los habría reconocido si no los hubieran identificado.

A los soldados británicos les están destrozando la vida, según las noticias.

Bobby Clarke es un civil desarmado. Está ayudando a familias con niños a ponerse a salvo. Acaba de llevar a un niño a una calle cercana donde pueda refugiarse y está regresando por un descampado. Los soldados británicos le disparan por la espalda. La bala le atraviesa la columna vertebral.

El padre Hugh Mullan ve que disparan a Bobby. Es un civil desarmado. Avanza hacia Bobby agitando un pañuelo blanco. Cuando está a su lado, le administra la extremaunción. Los soldados británicos disparan al sacerdote por la espalda. Muere entre quejidos.

Francis Quinn ve que los soldados británicos disparan al sacerdote. Angustiado, acude en su ayuda. Es un civil desarmado de diecinueve años. Los soldados británicos le disparan en la cabeza.

Noel Phillips tiene diecinueve años. Acaba de terminar su jornada laboral. Los soldados británicos le disparan. En el suelo, herido, grita pidiendo ayuda, y Joan Connolly, madre de ocho hijos, lo oye. Le dice: «Tranquilo, hijo, voy hacia ti». Muchos testigos repiten eso. «Tranquilo, hijo, voy hacia ti.» Los soldados británicos disparan a Joan Connolly en la cara. Tarda horas en morir. Más tarde, los testigos ven que un soldado británico sale de un vehículo del Ejército británico y se acerca a Noel Phillips, de diecinueve años, herido en el suelo. El soldado ejecuta al adolescente disparándole detrás de cada oreja con una escopeta.

Dejan a Joan Connolly donde yace, junto al cadáver de Noel. Joan tiene ocho hijos, el más pequeño, de dos años. Su hija cuenta que Joan solía preparar bocadillos para los soldados británicos. Cuenta que Joan decía: «Que Dios los ayude, son hijos de alguien». Joan se desangra en un campo. Tres soldados británicos admiten haberle disparado. Esta es la verdad: nunca se acusó a nadie.

Agradecimientos

Todas las personas que aparecen mencionadas en la última sección del último relato, «Daisy Hill», son personas reales asesinadas por las fuerzas del Estado británico.

Me gustaría agradecer aquí la labor de quienes me ayudaron a forjar una visión propia, en particular la obra de Gearóid Mac Lochlainn, la de United Campaign Against Plastic Bullets, Relatives For Justice, Ballymurphy Massacre Group, The Museum of Free Derry y el libro Children of the Troubles, así como a los hombres, mujeres y niños que he mencionado, y también a todos aquellos a los que no he podido nombrar. Estarán siempre en nuestro recuerdo.

Por mi parte, doy las gracias a Thomas Morris, Tracy Bohan, Declan Meade y Danny Denton.

Caithfidh mé buíochas a thabhairt do mo ghrá geal, do mo dheartháireacha is do mo thuistí:

Siúd ar mo mháthair

a thóg mé ar a brollach

agus le m'athair

a thóg mé le saothar a chnámha.

Publicado por Feltrinelli Editores

www.feltrinelli.es

Título original:

Every One Still Here

Granta Books

© Liadan Ní Chuinn, 2025

© de la traducción:

Magdalena Palmer, 2026

© de esta edición:

Editorial Anagrama, S. A. U., 2026



Este volumen de relatos es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia. Únicamente «La verdad», en «Daisy Hill», está basada en hechos reales e incluye el verdadero nombre de las personas que participaron en ellos.

Primera edición: junio 2026

Este libro se ha publicado con la ayuda de Literature Ireland

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U, 2026

Pau Claris, 172

08037 Barcelona

ISBN: 9791388111136

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es